

NADANDO A CASA

Deborah Levy

Nuevos Tiempos **Siruela**



Deborah Levy

Nadando a casa

Traducción del inglés de
Susana de la Higuera Glynn-Jones

 Siruela

Nuevos Tiempos

Créditos

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.



Edición en formato digital: mayo de 2015

Título original: *Swimming Home*

En cubierta: fotografía de ©Ferdinando Scianna/Magnum Photos/ Contacto

© Deborah Levy, 2011

© De la traducción, Susana de la Higuera Glynne-Jones, 2015

© Ediciones Siruela, S. A., 2015

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16396-82-5

Conversión a formato digital: www.elpoetaediciondigital.com

www.siruela.com

*A Sadie y Leila,
tan queridas, siempre*

«Cada mañana en cada familia, hombres, mujeres e hijos, *si no tienen nada mejor que hacer*, se cuentan sus sueños unos a otros. Todos estamos a merced del sueño y tenemos la obligación de someternos a su poder en el estado de vigilia».

La Révolution Surréaliste, n.º 1, diciembre de 1924

NADANDO A CASA

Alpes Marítimos, Francia

Julio de 1994

Una carretera de montaña. Medianoche

Cuando Kitty Finch levantó la mano del volante y le dijo que lo amaba, él ya no sabía si ella lo estaba amenazando o si estaba conversando con él. El vestido de seda le cayó por los hombros cuando se inclinó sobre el volante. Un conejo cruzó la carretera a toda velocidad y el coche dio un bandazo. Se escuchó a sí mismo decir:

—¿Por qué no haces la mochila y te vas a ver los campos de amapolas en Pakistán como dijiste que querías hacer?

—Sí —respondió ella.

Percibió un cierto olor a gasolina. Las manos de la joven cayeron sobre el volante como las gaviotas que habían contado desde la habitación del hotel Negresco dos horas antes.

Ella le pidió que abriera la ventana para poder escuchar cómo los insectos se iban llamando unos a otros en el bosque. Él bajó la ventanilla y le pidió, con calma, que no apartara los ojos de la carretera.

—Sí —respondió de nuevo, con la mirada puesta otra vez en el asfalto.

Entonces comentó que las noches siempre eran «suaves» en la Riviera francesa. Los días eran duros y olían a dinero.

Él sacó la cabeza por la ventana y sintió el gélido aire de la montaña cortándole los labios. Los primeros seres humanos habían vivido antaño en ese bosque convertido ahora en carretera. Sabían que el pasado vivía en las rocas y en los árboles, y sabían que el deseo los volvía torpes, locos, misteriosos y confusos.

Haber intimado tanto con Kitty Finch había sido un placer, un dolor, una conmoción, una experiencia, pero, sobre todo, había sido un error. Volvió a pedirle que por favor, por favor, por favor condujera con cuidado y le llevara de vuelta a casa junto a su mujer y su hija.

—Sí —dijo ella—. La vida solo merece la pena porque tenemos la esperanza de que irá a mejor y de que todos llegaremos a casa sanos y salvos.

Sábado

La vida salvaje

La piscina que había en la finca de la casa de vacaciones se parecía más a un estanque que a las piscinas de lánguidas aguas azules de los folletos turísticos. Un estanque con forma rectangular, esculpido en piedra por una familia de canteros italianos que vivía en Antibes. El cuerpo flotaba en la zona de mayor profundidad, allí donde una línea de pinos mantenía fresca el agua con su sombra.

—¿Es un oso?

Joe Jacobs agitó la mano dibujando un gesto impreciso hacia el agua. Notaba el calor del sol a través de la camisa, que su sastre hindú le había confeccionado con un rollo de seda cruda. Le ardía toda la espalda. Incluso las carreteras se derretían en esa ola de calor de julio.

Nina Jacobs, su hija de catorce años, permanecía de pie en el borde de la piscina con un nuevo biquini con estampado de cerezas y dirigió una mirada angustiada a su madre. Isabel Jacobs se estaba bajando la cremallera de los vaqueros como si se dispusiera a tirarse de cabeza. Al mismo tiempo alcanzó a ver cómo Mitchell y Laura, los dos amigos de la familia que compartían la casa con ellos ese verano, dejaban sus tazas de té y se encaminaban hacia la escalera de piedra que conducía a la zona menos profunda. Laura, una gigante delgada de metro noventa, se quitó las sandalias de un puntapié y se metió en el agua hasta las rodillas. Una raída colchoneta amarilla fue a golpear los laterales - cubiertos de musgo, dispersando las abejas que agonizaban en el agua.

—¿Qué crees tú que es, Isabel?

Nina podía ver desde el lugar donde se encontraba que se trataba de una mujer nadando desnuda bajo el agua. Estaba bocabajo con los brazos estirados en cruz como una estrella de mar, y su larga melena flotaba como algas a ambos lados del cuerpo.

—Jozef cree que es un oso —respondió Isabel Jacobs con su voz aséptica de corresponsal de guerra.

—Como sea un oso, tendré que pegarle un tiro.

Mitchell se había comprado hacía poco dos antiguas pistolas persas en el mercado de pulgas de Niza y la idea de pegar algún que otro tiro le rondaba por la cabeza.

La víspera todos habían estado comentando un artículo del periódico sobre un oso de noventa y cuatro kilos que había bajado a Los Ángeles desde las montañas y se había dado un chapuzón en la piscina de un actor de Hollywood. El oso estaba en celo, según

el Servicio de Animales de Los Ángeles. El actor había avisado a las autoridades. Dispararon al animal con un dardo tranquilizante y luego lo soltaron en las montañas de alrededor. Joe Jacobs se había preguntado en voz alta qué se sentiría al ser sedado y tener que volver después a casa dando tumbos. ¿Habría conseguido llegar a su casa? ¿O se habría mareado y desorientado, y habría tenido alucinaciones? ¿Quizá el barbitúrico inyectado en el dardo, también conocido como «captura química», habría hecho flaquear las patas del oso? ¿Habría ayudado el tranquilizante al animal a soportar los estresantes acontecimientos de la vida, sosegando su agitada mente hasta hacerle implorar ahora a las autoridades que le lanzaran pequeñas presas inyectadas con jarabes de barbitúricos? Apenas había terminado Joe semejante retahíla cuando Mitchell le pisó el dedo gordo del pie. En opinión de Mitchell, resultaba muy muy difícil conseguir que el poeta gilipollas conocido por sus lectores como JHJ (Joe para todos los demás salvo su mujer) cerrara el maldito pico.

Nina observó a su madre que se tiraba de cabeza al agua turbia y verdosa y nadaba hacia la mujer. Salvar la vida a cuerpos hinchados que flotaban en ríos era probablemente el tipo de cosas que su madre hacía todo el tiempo. Por lo visto siempre subía la audiencia de la televisión cuando salía ella en las noticias. Su madre había desaparecido en Irlanda del Norte, Líbano y Kuwait, y después había regresado como si acabara de ir a la vuelta de la esquina a comprar un cartón de leche. La mano de Isabel Jacobs estaba a punto de agarrar el tobillo de quienquiera que estuviese flotando en la piscina. Un repentino y violento chapoteo impelió a Nina a correr hasta su padre, que la agarró por el hombro quemado por el sol, haciéndola chillar a voz en cuello. Cuando una cabeza emergió del agua, abriendo la boca para respirar, por un momento de auténtico pavor la niña pensó que rugía como un oso.

Una mujer con una melena que chorreaba y le llegaba hasta la cintura salió de la piscina y corrió hasta una de las tumbonas de plástico. Podía tener unos veintipocos años, pero no resultaba fácil calcular su edad porque no dejaba de ir de una tumbona a otra de forma frenética, en busca de su vestido. Se había caído en las baldosas del suelo, pero nadie la ayudó porque todos tenían los ojos clavados en su cuerpo desnudo. Nina se sintió mareada por el asfixiante calor. Le llegaba un aroma agridulce a lavanda y le faltaba el aire al tiempo que el sonido de la respiración jadeante de la mujer se iba mezclando con el zumbido de las abejas en las flores que comenzaban a marchitarse. Pensó que tal vez sufriera una insolación, porque tenía la sensación de que iba a desmayarse. De forma difusa alcanzó a ver que los pechos de la mujer eran sorprendentemente generosos y turgentes para una persona tan delgada. Sus largos muslos se juntaban en las prominentes articulaciones de sus caderas como las piernas de las muñecas que ella solía doblar y retorcer cuando era niña. Lo único que parecía real en esa mujer era el triángulo de vello púbico dorado que brillaba bajo el sol. Al verlo, Nina se tapó el pecho con los brazos en cruz y se encorvó dando un paso atrás en un esfuerzo por hacer desaparecer su propio cuerpo.

—Tu vestido está allí.

Joe Jacobs señaló el gurrño de algodón azul tirado debajo de la tumbona. Todos se quedaron mirándola fijamente durante un tiempo embarazosamente largo. La mujer agarró la prenda y, con habilidad, se enfundó el ligero vestido por la cabeza.

—Gracias. Me llamo Kitty Finch, por cierto.

Lo que en realidad dijo fue: «Me llamo Ki Ki Ki». Y se trastabilló una eternidad hasta que al fin alcanzó a pronunciar «Kitty Finch». Todos aguardaban expectantes a que terminara de decir quién era.

Nina se dio cuenta de que su madre seguía en la piscina. Cuando subió los peldaños de piedra, su bañador mojado estaba cubierto de agujas de pino plateadas.

—Soy Isabel. Mi marido pensaba que eras un oso.

Joe Jacobs hizo una mueca esforzándose por no reír.

—¡Cómo iba a pensar que era un oso!

Los ojos de Kitty Finch eran grises como las lunas tintadas del coche de alquiler de Mitchell, un Mercedes aparcado en la gravilla delante de la casa.

—Espero que no os importe que haya utilizado la piscina. Acabo de llegar y hace tantísimo calor. Ha habido un error con las fechas de alquiler.

—¿Qué clase de error?

Laura miró a la joven como si acabara de entregarle un ticket de aparcamiento.

—Bueno, yo tenía entendido que me iba a hospedar aquí dos semanas a partir de este sábado. Pero el encargado...

—Si es que se puede llamar encargado a un gilipollas tan vago y colocado como Jurgen.

La sola mención del nombre de Jurgen hizo que Mitchell se pusiera a sudar de puro cabreo.

—Ya. Jurgen dice que me he hecho un lío con las fechas y que ahora voy a perder la señal.

Jurgen era un *hippy* alemán que nunca era muy preciso con nada. Se describía a sí mismo como «un hombre de la naturaleza» y siempre andaba hojeando el *Siddhartha* de Hermann Hesse.

Mitchell la señaló agitando el dedo.

—Hay cosas peores que perder la señal. Estábamos a punto de sedarte y llevarte a las montañas.

Kitty Finch levantó la planta de su pie izquierdo y, lentamente, se sacó una astilla. Sus ojos grises buscaron a Nina, que seguía escondida detrás de su padre. Y entonces sonrió.

—Me gusta tu biquini.

Tenía los dientes de delante torcidos, apiñados unos contra otros, y a medida que se secaba, su cabello se iba convirtiendo en unos rizos cobrizos.

—¿Cómo te llamas?

—Nina.

—¿Tú crees que me parezco a un oso, Nina?

Apretó el puño derecho como si fuera una garra y lanzó un manotazo al despejado cielo azul. Sus uñas estaban pintadas de color verde oscuro.

Nina sacudió la cabeza y entonces se atragantó y se puso a toser. Todo el mundo se

sentó. Mitchell en la fea silla azul porque era el más grueso y esa era la silla más grande. Laura en la butaca de mimbre, Isabel y Joe en las dos tumbonas de plástico blanco. Nina, instalada en el borde de la silla de su padre, jugueteaba con los cinco anillos de plata para los dedos de los pies que Jurgen le había regalado esa mañana. Todos se hallaban a la sombra salvo Kitty Finch, que permanecía en cuclillas, incómoda sobre las ardientes baldosas.

—No tienes dónde sentarte. Te traeré una silla.

Isabel se escurrió las puntas de su mojada melena negra. Gotas de agua centellearon en sus hombros antes de deslizarse por su brazo como una serpiente.

Kitty sacudió la cabeza y se ruborizó.

—No, no te preocupes. Po..., po..., por favor. Solo estoy esperando a que vuelva Jurgen con el nombre de un hotel para mí y me marcharé.

—¡Cómo no te vas a sentar!

Desconcertada e incómoda, Laura observó cómo Isabel arrastraba hacia la piscina una pesada silla de madera llena de polvo y telarañas. Había unos cuantos obstáculos en su camino: un cubo rojo, una maceta rota, dos sombrillas encajadas en unos bloques de hormigón. Nadie la ayudó porque no estaban muy seguros de lo que estaba haciendo. Isabel, que había conseguido recogerse el pelo de algún modo con una horquilla en forma de lirio, estaba colocando la silla de madera entre su tumbona y la de su marido.

Kitty Finch miró nerviosa a Isabel y luego a Joe, como si le costara decidir si le estaban ofreciendo la silla o si la estaban obligando a sentarse en ella. Limpió las telarañas con la falda del vestido durante demasiado tiempo y finalmente se sentó. Laura cruzó las manos en el regazo como si se estuviera preparando para hacer una entrevista de trabajo.

—¿Has venido aquí antes?

—Sí. Llevo viniendo aquí años y años.

—¿Trabajas?

Mitchell escupió un hueso de aceituna en un cuenco.

—Más o menos. Soy botánica.

Joe se acarició el leve corte que se había hecho en la barbilla al afeitarse y sonrió.

—Hay algunas palabras preciosas y extrañas en tu oficio.

Su voz sonó sorprendentemente suave, como si intuyera que Kitty Finch se sentía ofendida por la forma en que Laura y Mitchell la estaban interrogando.

—Sí. A Joe le gustan las palabras extrañas porque es poeta.

Mitchell pronunció «extrañas» como si imitara a un estupefacto aristócrata.

Joe se recostó en la silla y cerró los ojos.

—No le hagas caso, Kitty. —Parecía que había sido herido de algún modo inexplicable—. A Mitchell todo le resulta «extraño». Curiosamente eso le hace sentirse superior.

Mitchell se metió cinco aceitunas en la boca, una tras otra, y luego escupió los huesos hacia Joe como si fueran balas disparadas desde una de sus pequeñas armas.

—Así que, mientras tanto —Joe se inclinó hacia delante—, tal vez nos podrías contar lo que sabes acerca de los cotiledones.

—Muy bien. —Kitty guiñó el ojo derecho a Nina al decir «muy bien»—. Los cotiledones

son las primeras hojas que salen en un brote.

Ya no parecía tartamudear.

—Correcto. Y ahora, mi palabra favorita... ¿Cómo describirías una hoja?

—Kitty —intervino Laura muy seria—, hay muchos hoteles, así que será mejor que vayas a buscarte uno.

Cuando Jurgen franqueó al fin la verja, con sus rastas plateadas recogidas en una coleta, les anunció que todos los hoteles del pueblo estaban completos hasta el jueves.

—Entonces tendrás que quedarte hasta el jueves —comentó Isabel de forma imprecisa, como si no terminara de creérselo—. Creo que hay una habitación libre en la parte trasera de la casa.

Kitty sonrió y se reclinó en su nueva silla.

—Pues sí. Gracias. ¿Os parece bien a todos los demás? Por favor, decidme si os molesta.

A Nina le pareció que les estaba pidiendo que les molestara. Kitty Finch se había puesto colorada y encogía los dedos de los pies al mismo tiempo. Nina sintió que su corazón se desbocaba. Había enloquecido y le golpeaba con fuerza en el pecho. Miró de reojo a Laura y vio que se estaba retorciendo las manos. Laura estaba a punto de decir que sí le molestaba. Mitchell y ella habían cerrado la tienda en Euston todo el verano a sabiendas de que las ventanas, que ya habían sido destrozadas por ladrones y drogadictos en al menos tres ocasiones en lo que iba de año, acabarían rotas otra vez al término de sus vacaciones. Habían ido a los Alpes Marítimos para huir de la futilidad de arreglar cristales rotos. Se vio a sí misma buscando las palabras. La joven era una ventana que esperaba a que entraran por ella. Una ventana que, a su parecer, ya estaba un poco rota de todas maneras. No podía asegurar esto último, pero le dio la impresión de que Joe ya había metido un pie en la grieta y de que su mujer le había ayudado a ello. Se aclaró la voz, dispuesta a decir lo que pensaba, pero lo que pensaba era tan indecible que el encargado *hippy* se le adelantó.

—Bueno, Kitty Ket, ¿te llevo el equipaje a tu habitación?

Todos miraron en la dirección hacia donde señalaba Jurgen con su dedo manchado de nicotina. Dos bolsas de lona azul aguardaban a la derecha de las puertas acristaladas del chalet.

—Gracias, Jurgen.

Kitty le despachó como si fuera su mayordomo.

El hombre se agachó y cogió las bolsas.

—¿Qué son estas hierbas?

Levantó una maraña de plantas con florecillas que sobresalían de la segunda bolsa azul.

—Ah, las encontré en el patio de la iglesia cerca del café de Claude.

Jurgen pareció estar impresionado.

—Tendrás que llamarlas las plantas Kitty Ket. Es un hecho histórico. Los buscadores de plantas a menudo ponen su propio nombre a las plantas que descubren.

—Sí.

La joven miró más allá de él y clavó la mirada en los ojos oscuros de Joe Jacobs, como si quisiera decir: «El nombre especial de Jurgen para mí es Kitty Ket».

Isabel se acercó al borde de la piscina y se tiró. Mientras buceaba, alargando los brazos por delante de la cabeza, divisó su reloj en el fondo de la piscina. Se sumergió un poco más y lo recogió de los azulejos verdes. Cuando volvió a la superficie, vio a la anciana señora inglesa que vivía en la casa de al lado saludando desde el balcón. Le devolvió el saludo y entonces se percató de que Madeleine Sheridan estaba saludando a Mitchell, que a su vez la llamaba por su nombre.

Interpretando una sonrisa

—¡Madel-eeene!

Era el hombre gordo aficionado a las armas quien la estaba llamando. Madeleine Sheridan levantó el brazo artrítico y saludó con dos dedos flácidos desde su silla de paja. Su cuerpo se había convertido en una suma de desperfectos. En la facultad de medicina había aprendido que tenía veintisiete huesos en cada mano, ocho tan solo en la muñeca y cinco en la palma. Sus dedos poseían numerosas terminaciones nerviosas, pero ahora le costaba un enorme esfuerzo mover siquiera dos de ellos.

Quería recordar a Jurgen, a quien divisaba llevando el equipaje de Kitty Finch dentro de la casa, que dentro de seis días sería su cumpleaños, pero era reacia a mostrarse excesivamente suplicante por su compañía delante de los turistas ingleses. ¿Tal vez ya estaba muerta y había estado contemplando la teatral llegada de la joven desde el Más Allá? Cuatro meses antes, en marzo, cuando Kitty Finch se había alojado sola en la vivienda turística (aparentemente para estudiar plantas de montaña), había informado a Madeleine Sheridan de que una ligera brisa ayudaría a que sus tomates crecieran con tallos más fuertes y se ofreció a podarlos. Y pasó a hacerlo, pero sin dejar de farfullar ni un solo momento: «Pa, pa, pa, ka, ka, ka». Consonantes que formaban unos sonidos martilleantes en sus labios. Madeleine Sheridan, que creía que los seres humanos debían sufrir verdaderas penalidades antes de aceptar perder el juicio, le pidió con voz acerada que dejara de hacer ese ruido. Que dejara de hacer eso. Que lo dejara de inmediato. Era sábado y el ruido había vuelto a Francia para atormentarla. Incluso le habían ofrecido una habitación en la casa de vacaciones.

—Madel-eeene, voy a preparar ternera esta noche. ¿Por qué no viene a cenar con nosotros?

A duras penas distinguía la cúpula rosada de la despejada coronilla de Mitchell al entrecerrar los ojos bajo el sol. Madeleine Sheridan, que tenía debilidad por la ternera y a menudo se sentía sola por las noches, se preguntó si sería capaz de rechazar la invitación de Mitchell. Pensó que sí. Cuando unas parejas ofrecen techo o comida a personas desamparadas o solitarias, no las acogen de verdad. Juegan con ellas. Interpretan un papel para ellas. Y cuando han terminado, indican a su desdichada invitada de todas las sibilinas maneras posibles que ya ha de marcharse. Los matrimonios siempre estaban

deseando retomar la tarea de intentar aniquilar a su pareja de toda la vida mientras fingían desear tan solo lo mejor para ella. Una invitada no era más que una mera distracción de esta tarea.

—Madel-eeene.

Mitchell se mostraba más insistente que de costumbre. Ayer le había contado que había visto a Keith Richards tomándose una Pepsi en Villefranche-sur-Mer y que había estado como loco por pedirle un autógrafo. Al final no lo había hecho porque, palabras textuales, «el poeta gilipollas estaba conmigo y amenazó con darme un cabezazo por ser normal».

Con sus brazos fofos y colorados como langostinos, Mitchell le hizo gracia cuando afirmó con tono lúgubre que Joe Jacobs no era la clase de poeta que contemplaba la luna y que no tenía un solo músculo. Posiblemente fuera capaz de levantar un armario con los dientes. Sobre todo si dentro había una mujer hermosa. Cuando los turistas ingleses llegaron dos semanas antes, Joe Jacobs (JHJ en sus libros, pero ella nunca había oído hablar de él) llamó a su puerta para pedirle un poco de sal. Llevaba un traje de invierno en el día más caluroso del año y, cuando ella se lo hizo ver, él le explicó que era el cumpleaños de su hermana y que siempre se ponía un traje en señal de respeto.

Aquello la desconcertó, porque ya andaba pensando en su propio cumpleaños. El traje parecía más adecuado para un funeral, pero él se mostró tan encantador y atento que ella le preguntó si le gustaría probar la sopa de almendras andaluza que había preparado poco antes. Cuando farfulló: «Muy amable, querida», le sirvió una generosa cantidad en uno de sus cuencos de porcelana favoritos y le invitó a tomársela en el balcón. Entonces ocurrió algo terrible. Él tomó un sorbo y notó que algo se le enredaba entre los dientes, y descubrió que era un pelo de ella. Un pequeño mechón de pelo cano había llegado de algún modo hasta el cuenco. Él sintió una vergüenza incomprensible para ella, por mucho que la mujer se disculpara, incapaz de explicarse cómo había podido llegar hasta allí. De hecho, a él le temblaban las manos y apartó el cuenco con tal fuerza que la sopa se derramó sobre su ridículo traje de raya diplomática y su americana forrada con una seda rosa de petimetre. A ella se le antojó que un poeta debería haber reaccionado mejor. Podría haber dicho: «Tomar su sopa ha sido como beber una nube».

—Madel-eeene.

Mitchell ni siquiera era capaz de pronunciar su nombre correctamente. Quizá porque él mismo tenía un nombre ridículo. A todas luces la idea de verse obligado a convivir con Kitty Finch lo tenía aterrorizado, lo cual no la sorprendió. Entrecerró los ojos, disfrutando de la vista de sus feos pies descalzos. Le daba tanto placer andar sin calcetines ni zapatos... Incluso después de llevar viviendo en Francia quince años, desterrada como era su caso de su país natal y de su lengua materna, lo que más agradecía era el placer de andar descalza. Podía vivir sin un filete de la succulenta ternera de Mitchell. Y sería una insensata temeridad arriesgarse a una velada en compañía de

Kitty Finch, quien fingía no haberla visto. En ese preciso momento recogía piñas de la piscina junto a Nina Jacobs como si le fuera la vida en ello. De ninguna manera iba Madeleine Sheridan, a seis días de cumplir ochenta años, a comportarse como una digna anciana a la mesa de la casa turística. La misma mesa que Jorgen había comprado en el mercado de pulgas y barnizado con cera de abejas y parafina. Más aún, le había sacado brillo en calzoncillos debido a la ola de calor. Había tenido que apartar la mirada de aquel joven sudoroso en lo que ella llamaba púdicamente «paños menores».

Un águila planeaba en el cielo. Había divisado los ratones que corrían entre la hierba sin cortar del huerto de árboles frutales.

Presentó de nuevo sus excusas a Mitchell, pero no parecía haberla oído. Estaba observando a Joe Jacobs, que acababa de desaparecer dentro de la casa en busca de un sombrero. Por lo visto Kitty Finch iba a llevar de paseo al poeta para enseñarle algunas flores. Madeleine Sheridan no podía asegurarlo, pero le pareció que la chica chiflada, con su halo pelirrojo que brillaba bajo el sol, le estaba sonriendo a ella.

Para emplear el lenguaje de un corresponsal de guerra, que era –según sabía– lo que Isabel Jacobs era, tendría que decir que Kitty Finch le estaba sonriendo con intenciones hostiles.

La lección de botánica

Había carteles por todas partes indicando que el huerto de árboles frutales era una propiedad privada, pero Kitty insistió en que conocía al dueño y nadie iba a echarles los perros. Llevaba los últimos veinte minutos señalando árboles que, a su entender, «no iban muy bien».

—¿Es que solo te fijas en los árboles que sufren? —Joe Jacobs se protegió los ojos con las manos, cubiertas de picaduras de mosquito, y hundió la mirada en los pizpiretos ojos grises de la chica.

—Sí, supongo que sí.

Estaba convencido de que había oído gruñir un animal entre la hierba y le dijo que le sonaba como un perro.

—No te preocupes por los perros. El dueño tiene dos mil olivos en la zona de Grasse. Está demasiado ocupado como para echarnos los perros.

—Bueno, me imagino que tantos olivos sí que le tendrán ocupado —farfulló Joe.

Su cabello negro, que ahora encanecía en rizos plateados, formaba una greña sobre sus orejas, y el maltrecho sombrero de paja no dejaba de caérsele de la cabeza. Kitty tenía que correr para recogerlo.

—Oh, dos mil... Eso no son muchos árboles... Para nada.

Se encorvó para observar unas flores silvestres, que crecían entre las altas hierbas blancas que le llegaban hasta las rodillas.

—Estas son *Bellis perennis*. —Cogió en el hueco de la mano lo que parecían ser pétalos de margaritas y se los metió en la boca—. Las plantas pertenecen siempre a algún tipo de familia.

Hundió el rostro en las flores que sostenía y desgranó los nombres en latín para él. Se quedó impresionado por la delicadeza con que sujetaba las plantas entre sus dedos y el profundo y seguro conocimiento con que hablaba de ellas, como si fuera una familia con distintos problemas y características poco comunes. Entonces le explicó que nada deseaba más en la vida que ver los campos de amapolas de Pakistán.

—De hecho —confesó, nerviosa—, he escrito un poema sobre ello.

Joe se detuvo. Así que por eso estaba ella allí.

Las mujeres jóvenes que le perseguían para que él leyera sus poemas, y ahora estaba convencido de que era una de ellas, siempre comenzaban diciéndole que habían escrito

un poema sobre algo extraordinario. Caminaron uno al lado del otro, allanando la senda entre las altas hierbas. Aguardó a que ella hablara, a que soltara la petición por su boca, a que dijera lo mucho que habían influido en ella sus libros, a que explicara cómo había conseguido localizarle, y a que entonces le preguntara si no le importaría, por favor, por favor, leer su insignificante intento inspirado por él mismo.

—Así que has leído todos mis libros y ahora me has seguido hasta Francia —dijo con tono desabrido.

Un nuevo rubor cubrió las mejillas y el largo cuello de la joven.

—Sí. Rita Dwight, la dueña de la casa, es amiga de mi madre. Rita me dijo que habías reservado para todo el verano. Ella deja que me quede en la casa gratis en temporada baja. Esta vez no he podido quedarme porque TÚ la hab... hab... hab... habías acaparado.

—Pero no estamos en temporada baja, Kitty. Julio es lo que se considera temporada alta, ¿no?

La chica tenía un acento del norte de Londres. Sus dientes delanteros estaban torcidos. Cuando no tartamudeaba ni se sonrojaba, parecía como si la hubieran esculpido en cera en algún oscuro taller de Venecia. Por muy botánica que fuera, saltaba a la vista que no pasaba mucho tiempo al aire libre. Quienquiera que la hubiera engendrado era una persona lista. Sabía nadar, llorar, ruborizarse y decir cosas como «acaparar».

—Sentémonos a la sombra.

Él señaló un ancho árbol rodeado de pequeñas rocas. Una rolliza paloma parda se había encaramado de forma cómica en una delgada rama, que parecía a punto de quebrarse bajo su peso.

—Vale. Eso es un a... avellano, por cierto.

Apresuró el paso antes de que ella acabara la frase y se sentó, apoyando la espalda contra el tronco del árbol. Como ella parecía reacia a unirse a él, dio unas palmaditas con la mano en el hueco que había a su lado, despejando pequeñas ramas y hojas hasta que ella tomó asiento junto a él y se estiró el vestido de algodón azul desteñido por encima de las rodillas. Más que oír los latidos de su corazón, los intuía bajo la fina prenda.

—Cuando escribo poemas, siempre pienso que puedes oírlos.

Una campana tintineó a lo lejos. Sonaba como una cabra pastando en el huerto de árboles frutales, moviéndose entre las altas hierbas.

—¿Por qué tiembles? —Percibió un olor a cloro en su cabellera.

—Ya. Es que he dejado de tomarme las pastillas, por eso me tiemblan un poco las manos.

Kitty se acercó a él un poco más. No estaba muy seguro de cómo interpretar aquello hasta que observó que la chica estaba evitando que una hilera de hormigas rojas se deslizara bajo sus muslos.

—¿Por qué tomas pastillas?

—Oh, he decidido no tomármelas por una temporada. Sabes..., es un alivio sentirme infeliz otra vez. No siento nada cuando tomo las pastillas.

Dio un manotazo a las hormigas que le trepaban por los tobillos.

–También he escrito sobre eso... Se titula *Cogiendo rosas con Seroxat*.

Joe buscó a tientas un trozo de seda verde en el bolsillo y se sonó la nariz.

–¿Qué es Seroxat?

–Ya sabes lo que es.

Tenía la nariz hundida en el pañuelo de seda.

–Dímelo de todos modos –resolló.

–Seroxat es un antidepresivo muy muy fuerte. Llevo años tomándolo.

Kitty clavó la mirada en las nubes, que se estrellaban contra las montañas. Él se puso a buscar la mano fría y temblorosa de ella y la sujetó con fuerza en su regazo. Tenía razón en indignarse ante su pregunta. Apretarle la mano suponía una silenciosa aquiescencia; él sabía que ella le había leído porque había contado a todos sus lectores sus años de adolescente en los que había estado medicado. A los quince años se había rasgado muy levemente la muñeca izquierda con una hoja de afeitar. Nada importante. Tan solo un experimento. La hoja estaba fría y afilada. Su muñeca era cálida y suave. No debían emparejarse, pero era una versión adolescente del Snap¹. Él las había unido. El médico, un viejo húngaro con pelos en las orejas, no admitió que esa unión fuese un error banal. Le hizo preguntas. Lo que el médico húngaro quería era su biografía.

Nombres, lugares y fechas. Cómo se llamaban su madre, su padre y su hermana. Los idiomas que hablaban y cuántos años tenía la última vez que los vio. Joe Jacobs había contestado perdiendo el conocimiento en plena consulta, de modo que sus años de adolescencia se sosegaron transformados en una única y continua neblina farmacéutica. O, tal y como él había evocado en su poema más famoso, traducido ahora a veintitrés idiomas: un hada malvada hizo un trato conmigo, «dame tu historia y yo te daré algo que la aleje de ti».

Cuando se volvió para mirarla a la cara, ya sin rastro de rubor, sus mejillas estaban humedecidas.

–¿Por qué lloras?

–Estoy bien –dijo con voz carente de toda emoción–. Me alegro de ahorrarme dinero y de no tener que gastar en un hotel, pero no me esperaba que tu mujer fuera a ofrecerme la habitación libre.

Tres moscas negras se posaron en la frente del poeta, pero no le soltó la mano para espantarlas. Le tendió el trozo de seda que usaba como pañuelo.

–Límpiate la cara.

–¡No quiero tu pañuelo! –Ella le arrojó el retal de seda de vuelta al regazo–. Y odio cuando la gente me dice que me limpie. Como si fuera un suelo sucio.

No estaba cien por cien seguro, pero pensó que esa frase era de uno de sus poemas. No exactamente como él la había escrito, pero bastante aproximada. Se fijó en un araño que le cruzaba el tobillo izquierdo y ella le explicó que allí era justo donde su mujer la había cogido del pie en la piscina.

La cabra se acercaba. Cada vez que se movía, sonaba la campana. Cuando se quedaba quieta, el tintineo se detenía. Le hacía sentirse incómodo. Se quitó un pequeño grillo

verde del hombro y lo colocó en la palma de la mano de ella.

—Me parece que has escrito algo que te gustaría que yo leyera. ¿No es así?

—Así es. No es más que un poema. —De nuevo su voz carecía de toda emoción. Soltó el grillo y lo contempló mientras saltaba por la hierba y desaparecía—. En realidad es una conversación contigo.

Joe cogió una ramita que se había caído de un árbol. La paloma parda sobre su cabeza se la estaba jugando. Había ramas más fuertes a las que poder asirse, pero se negaba a moverse. Le dijo que leería su poema esa misma noche y aguardó a que ella le diera las gracias.

Esperó sus agradecimientos. Por su tiempo. Por escucharla. Por su generosidad. Por defenderla ante Mitchell. Por su compañía y sus palabras, por la poesía, que la había llevado más o menos a acosarle en medio de unas vacaciones familiares. Sus agradecimientos no llegaron.

—Por cierto... —Miró fijamente sus espinillas cubiertas de hormigas aplastadas—. El que yo sepa que tú... te medicas y todo eso... es confidencial.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, a decir verdad, ya lo saben Jorgen y la doctora Sheridan, y todo el mundo en el pueblo.

—¿Madeleine Sheridan es médico?

—Sí. —Encogió los dedos del pie—. Tiene amigos en el hospital de Grasse, así que será mejor que finjas ser feliz y te controles.

Él se echó a reír y entonces, para que se riera aún más, a fin de parecer feliz y controlar, ella le advirtió de que nada, ABSOLUTAMENTE NADA, resultaba confidencial cuando se le contaba a Jorgen.

—Como toda persona indiscreta, se lleva la mano al corazón y asegura al confidente que sus labios están sellados. Pero los labios de Jorgen jamás están sellados porque siempre tienen un enorme porro en el medio.

Joe Jacobs sabía que debía hacerle más preguntas. Como haría su mujer periodista. El porqué, cómo, cuándo y todas las demás cuestiones que, se suponía, debía preguntar para que la vida fuese más coherente. Pero ella le había proporcionado algo de información. De camino al huerto de árboles frutales, le había contado que había dejado su trabajo recogiendo hojas y cortando el césped en Victoria Park en Hackney. Una pandilla de chicos le había sacado una navaja porque cuando se medicaba le daban temblores en las piernas, así que era una presa fácil.

Oyeron de nuevo el tintineo de la campana.

—¿Qué es eso?

Kitty se levantó y escudriñó las altas hierbas.

Joe reparó en las vértebras de su columna bajo el vestido.

Cuando se le volvió a caer el sombrero una vez más, ella lo recogió, lo limpió con la punta de sus uñas pintadas de verde y se lo devolvió.

—¡Oh!

Kitty exclamó «¡Oh!» porque en ese instante las altas hierbas se movieron y pudieron

divisar brillantes destellos rosados y plateados entre las briznas. Algo se dirigía hacia ellos. La hierba pareció abrirse y Nina surgió ante ellos, descalza y con su biquini de cerezas. Llevaba en los dedos del pie el regalo de Jurgén: los cinco anillos de plata de la India con diminutas campanillas.

—He venido a buscarte. —Miró a su padre, que parecía sujetar la mano de Kitty Finch—. Mamá se ha ido a Niza. Ha dicho que tenía que llevar sus zapatos a arreglar.

Kitty miró el reloj que llevaba en su delgada muñeca.

—Pero los zapateros están cerrados en Niza a esta hora.

Tres perros gruñendo surgieron de pronto entre la hierba y los rodearon. Cuando apareció el granjero y advirtió al sudoroso poeta inglés de que había entrado sin autorización en sus tierras, la hermosa joven arrancó el fular del sombrero que llevaba y se lo tendió al poeta, que torcía el gesto.

—Límpiate la cara —dijo, y luego pidió en francés al granjero que les quitara los perros de encima.

Cuando regresaron a la casa, Joe caminó entre los cipreses hasta el jardín, donde había instalado una mesa y una silla para escribir a la sombra. Durante las últimas dos semanas, se había referido a ese rincón como su estudio y se entendía que no debía ser molestado, incluso cuando se quedaba dormido en la silla. Por las rendijas entre el ramaje de los cipreses distinguió a Laura, que estaba sentada en la descolorida silla de mimbre junto a la piscina. Mitchell le llevaba un cuenco lleno de fresas.

Aletargado, observó a Laura y Mitchell mientras se comían las fresas bajo el sol y se halló a punto de quedarse dormido. Era una sensación extraña: «hallarse» a punto de quedarse dormido. Como si pudiera hallarse en cualquier lugar en cualquier momento. Así que era mejor que ese cualquier lugar fuese un sitio agradable, un sitio sin angustia ni amenaza inminente; sentado a una mesa a la sombra de un viejo árbol con su familia; sacando fotografías en una góndola que se desliza por los canales de Venecia; viendo una película en una sala de cine vacía con una lata de cerveza rubia entre las rodillas. En un coche por una carretera de montaña a medianoche después de haber hecho el amor con Kitty Finch.

Una carretera de montaña. Medianoche.

Estaba anocheciendo y ella le anunció que los frenos del coche de alquiler estaban jodidos, que no veía una mierda, que ni siquiera podía ver sus propias manos.

El vestido de seda le cayó por los hombros cuando se inclinó sobre el volante. Un conejo cruzó la carretera a toda velocidad y el coche dio un bandazo. Él le dijo que no apartara los ojos de la carretera, que no hiciera nada más que eso, y mientras él hablaba, ella le besaba y conducía al mismo tiempo. Entonces ella le pidió que abriera los cristales para poder escuchar cómo los insectos se iban llamando unos a otros en el bosque. Bajó la ventanilla y le dijo de nuevo que no apartara los ojos de la carretera. Sacó la cabeza por la ventana y sintió el gélido aire de la montaña cortándole los labios. Los primeros seres humanos habían vivido antaño en ese bosque de montaña. Sabían que el pasado vivía en las rocas y en los árboles, y sabían que el deseo los volvía torpes, locos, misteriosos y confusos.

—Sí —dijo Kitty Finch, con los ojos de nuevo puestos en la carretera—. Sé lo que estás pensando. La vida solo merece la pena porque tenemos la esperanza de que irá a mejor y de que todos llegaremos a casa sanos y salvos. Pero tú lo intentaste y no llegaste a casa sano y salvo. De hecho, ni siquiera llegaste a casa. Por eso estoy yo aquí, Jozef. Vine a Francia para salvarte de tus propios pensamientos.

Imitaciones de la vida

Isabel Jacobs no estaba muy segura de por qué había mentido al decir que llevaba sus zapatos a arreglar. Era solo una cosa más de las que no estaba segura. Tras la llegada de Kitty Finch, lo único que podía hacer para llegar indemne a la noche era imitar a la persona que había sido; pero quien era, quien había sido, ya no parecía ser una persona que mereciera la pena imitar. El mundo se había vuelto cada vez más misterioso. Y por ende, ella también. Ya no estaba segura de lo que sentía acerca de nada, ni de cómo se encontraba, ni de por qué había ofrecido a una desconocida la habitación libre. Para cuando bajó las montañas en coche, encontró cambio para el peaje, se perdió en Vence e intentó dar media vuelta en medio del tráfico que colapsaba la carretera de la costa hasta Niza, los conductores enfurecidos le hacían aspavientos, tocaban el claxon y bajaban la ventanilla para gritarle. En los asientos traseros de sus coches, acicalados perritos la miraban con sorna, como si ellos también despreciaran el que no supiera adónde se iba en un sistema de dirección única.

Aparcó enfrente de una playa llamada Opéra Plage y caminó hacia la cúpula rosa del hotel Negresco, que reconoció gracias al mapa que estaba grapado junto a la «ficha técnica» que venía con la casa de alquiler. La ficha estaba llena de datos sobre el hotel Negresco, el más antiguo y majestuoso de la Belle Époque en el paseo de los Ingleses. Al parecer había sido construido en 1912 por Henri Negresco, un inmigrante húngaro, que lo diseñó para atraer a Niza a «la flor y nata de la sociedad».

Soplaba una suave brisa en la calzada de dos carriles que la separaba de las abarrotadas playas. Este estallido de sórdida vida urbana le sentaba mejor, mucho mejor, que el intenso aire puro de las montañas, que solo parecía intensificar también su tristeza. Aquí en Niza, la quinta ciudad más grande de Francia, podía desaparecer entre la multitud de veraneantes como si no tuviese otra preocupación que quejarse del precio del alquiler de una tumbona en la Riviera.

Una mujer con un casco de cabello permanentado y teñido con henna la paró para preguntarle cómo se iba a la calle François Aune. Los cristales de sus enormes gafas de sol estaban manchados con lo que parecía leche seca. Habló en inglés con un acento que a Isabel le sonó a ruso. La mujer señaló con un dedo cargado de anillos a un mecánico vestido con un mono azul cubierto de manchas grasientas, que yacía bajo una motocicleta, como para sugerir a Isabel que le preguntara en su lugar cómo ir hasta allí.

Durante un instante, no fue capaz de entender por qué le estaba pidiendo aquello, pero después se dio cuenta de que la mujer era ciega y había oído al mecánico arrancando el motor de la moto cerca de allí.

Cuando Isabel se arrodilló en la acera y le enseñó el trozo de papel que la mujer había deslizado en su mano, el hombre levantó el dedo hacia el bloque de apartamentos que había al otro lado de la calle. La mujer invidente se encontraba en la calle que estaba buscando.

—Está aquí.

Isabel la cogió del brazo y la acompañó por la cancela en dirección al opulento e imponente edificio, donde unos postigos verdes recién pintados enmarcaban cada ventana. Tres aspersores regaban las palmeras plantadas en nítidas hileras en los jardines comunes.

—Pero yo quiero ir al puerto, Madame. Estoy buscando al doctor Ortega.

La mujer rusa y ciega se mostraba indignada, como si la hubieran llevado al lugar equivocado en contra de su voluntad. Isabel observó los nombres de los residentes grabados en placas de bronce en la puerta y los leyó en voz alta.

—Pérez, Orsi, Bergel, Doctor Ortega.

Ahí estaba su nombre. Ahí era donde vivía, por mucho que la mujer lo negara.

Pulsó el timbre del doctor Ortega y no hizo caso a la mujer rusa, que ahora buscaba a tientas y con apremio en su bolso de piel de cocodrilo lo que resultó ser un desgastado diccionario de bolsillo.

La voz que surgió por el portero automático de reluciente cobre de la puerta de entrada era una suave voz española, que le preguntaba en francés quién era.

—Me llamo Isabel. Su visita le espera aquí abajo.

Una sirena de policía ahogó su voz y tuvo que comenzar de nuevo.

—¿Ha dicho usted que se llama Isabel?

Era una pregunta bastante sencilla, pero se puso nerviosa, como si realmente estuviera fingiendo ser alguien que no era.

El interfono chirrió y empujó la puerta acristalada en un marco de gruesa madera oscura, que conducía al vestíbulo revestido de mármol. La mujer rusa con sus manchadas gafas de sol se negó a moverse y en cambio insistió en su deseo de que la llevase al puerto.

—¿Sigue ahí, Isabel?

¿Por qué no bajaba el doctor las escaleras a buscar él mismo a la mujer invidente?

—¿Podría usted bajar a por su paciente?

Escuchó cómo se echaba a reír.

—*Señora, soy doctor en Filosofía². No es mi paciente. Es mi alumna.*

Soltó otra risotada. Una risa grave y atronadora de fumador. Oyó la voz del hombre por los agujeros del interfono y se acercó un poco más.

—Mi alumna quiere ir al puerto porque desea regresar a San Petersburgo. No quiere asistir a su clase de español y por ello no se cree que esté aquí. *Ella no quiere estar aquí³.*

Se mostraba juguetón y seductor, un hombre que tenía tiempo para andarse con acertijos desde la seguridad que le proporcionaba el portero automático. Ella deseó poder parecerse un poco más a él para ser capaz de divertirse y bromear con todo lo que trajera el día. ¿Qué la había conducido al punto en el que se encontraba ahora? ¿Dónde se encontraba ahora? Como siempre, estaba huyendo de Jozef. Ese pensamiento hizo que le escocieran los ojos y se le llenaran de lágrimas que la mortificaban. No, otra vez no, Jozef no, otra vez no. Dio media vuelta y abandonó a la mujer rusa, que buscaba a tientas el pasamanos de la escalera de mármol sin dejar de reiterar que se encontraba en el lugar equivocado y que el puerto era su destino final.

El cielo se había oscurecido y le llegó de pronto el olor a mar. Unas gaviotas graznaron sobre su cabeza. El dulce aroma a levadura de la *boulangerie* al otro lado de la calle flotó por encima de los coches aparcados. Las familias volvían de la playa llevando pelotas de plástico, sillas y coloridas toallas. La *boulangerie* se llenó de pronto de una multitud de adolescentes, que compraban porciones de pizza. Al otro lado de la calle, el mecánico arrancaba triunfante el motor de la motocicleta. Ella no estaba preparada para volver a casa y ponerse a imitar a la persona que había sido en el pasado. En lugar de ello, caminó durante lo que le pareció una hora por el paseo de los Ingleses y se detuvo en uno de los restaurantes abiertos en la playa cerca del aeropuerto.

Los aviones que despegaban sobrevolaban el mar oscuro a poca altura. Un grupo de estudiantes bebía cerveza en las pendientes de guijarros. Pontificaban sobre todo, ligaban y se gritaban unos a otros, disfrutando de la noche veraniega en la playa urbana. Todo estaba comenzando en sus vidas. Trabajos nuevos. Ideas nuevas. Amigos nuevos. Romances nuevos. Ella se hallaba en el ecuador de su vida, tenía casi cincuenta años y había sido testigo de innumerables matanzas y conflictos debido a su trabajo, que la había arrojado contra el sufrimiento del mundo. No la habían enviado a cubrir el genocidio de Ruanda, como les había pasado a dos destrozados compañeros suyos. Ellos le habían contado que no era posible creer la magnitud de la destrucción humana y que sus propios ojos quedaron sobrecogidos al mirar los conmocionados ojos de los huérfanos. Los perros hambrientos se habían acostumbrado a comer carne humana. Habían visto algunos deambulando por los campos con trozos de personas en sus fauces. Y sin embargo, aun sin haber sido testigo de primera mano de los horrores de Ruanda, ella se había adentrado demasiado en la infelicidad del mundo como para comenzar de nuevo. Si pudiera elegir desaprender todo lo que supuestamente la había hecho madurar, comenzaría de cero otra vez. Ignorante y esperanzada, volvería a casarse y tendría de nuevo un hijo y bebería cerveza con su apuesto y joven marido en esta misma playa urbana por las noches. Serían unos hechizados principiantes otra vez, besándose bajo las titilantes estrellas. No era posible ser nada mejor en la vida.

Una numerosa familia de mujeres con toda su prole tomó asiento en tres mesas que juntaron. Todos tenían el mismo cabello tieso y moreno y afilados pómulos; comían elaboradas espirales de helado, que se amontonaban en unos vasos del tamaño de una pinta. El camarero encendió las bengalas que había clavado en la nata montada y todos

lanzaron exclamaciones de «¡oh!» y «¡ah!» al tiempo que aplaudían. Ella sintió frío con su vestido atado al cuello: estaba demasiado desabrigada para esa hora de la noche. La mujer que daba de comer a sus hijos con las alargadas cucharillas de plata dirigió una mirada de curiosidad a la silenciosa y melancólica mujer de los hombros desnudos. Al igual que el camarero, parecían ofendidos por su soledad. Tuvo que decirle dos veces que no esperaba a nadie. Cuando el camarero dejó con brusquedad el café expreso en la mesa puesta para dos, gran parte se derramó en el plato.

Ella contempló las olas rompiendo en los guijarros. El océano engullía las bolsas de plástico abandonadas en la playa ese día. Mientras intentaba alargar lo que quedaba del café el tiempo suficiente como para ganarse su sitio en la mesa para dos, los pensamientos que había intentado apartar volvían una y otra vez como las olas sobre las piedras.

Era una especie de fantasma en su hogar londinense. Cuando regresaba a él tras haber estado en distintas zonas de guerra y descubría que en su ausencia el betún para los zapatos o las bombillas estaban en otro sitio, en un lugar similar pero no exactamente el mismo donde habían estado antes, comprendía que ella también ocupaba un lugar transitorio en su hogar familiar. A fin de llevar a cabo las cosas que había elegido hacer en el mundo, se arriesgaba a renunciar a su lugar como esposa y madre, un lugar desconcertante, habitado por todo aquello imaginado para ella si un día decidía ocuparlo. Había intentado ser alguien que no terminaba de comprender. Un personaje femenino poderoso y frágil. Si bien sabía que no era lo mismo ser poderoso que fuerte, ni delicado que frágil, ignoraba cómo emplear ese conocimiento en su propia vida o lo que suponía, o incluso por qué sentarse sola en una mesa para dos un sábado por la noche le hacía sentirse mejor. Cuando llegaba a Londres desde África, o Irlanda o Kuwait, Laura era quien le ofrecía a veces una cama en el almacén que había encima de su tienda en Euston. Era una especie de convalecencia. Permanecía tumbada durante el día y Laura le subía tazas de té cuando había poco tráfíco en la tienda. No tenían nada en común, salvo que se conocían desde hacía mucho tiempo. Había un significado especial en el tiempo que habían pasado juntas. No tenían que darse explicaciones ni mostrarse educadas ni llenar los silencios con conversación.

Invitó a Laura a compartir la casa de vacaciones con ellos durante el verano y le sorprendió lo rápido que su amiga aceptó. Laura y Mitchell normalmente necesitaban más tiempo para poder cerrar la tienda y dejar todo organizado.

Las bengalas crepitaban hasta apagarse en los helados. Una de las madres gritó de pronto a su hijo de cinco años, que había tirado su vaso al suelo. Isabel podía ver que estaba agotada. La mujer se había vuelto feroz, ni infeliz ni lo contrario. Ahora estaba a cuatro patas limpiando el helado del suelo con las servilletas que el clan le iba tendiendo. Percibía la desaprobación de las mujeres, que la miraban fijamente mientras permanecía sentada y sola, pero les estaba agradecida. Llevaría a Nina a ese restaurante y le compraría a su hija un helado con una bengala. Las mujeres habían planeado algo maravilloso para sus hijos, algo que ella imitaría.

Paredes que se abren y se cierran

Nina observó a Kitty Finch mientras esta apoyaba las palmas de las manos contra las paredes del dormitorio libre, como si estuviera comprobando su solidez. Era una habitación pequeña, que daba a la parte trasera de la casa, y con cortinas amarillas cerradas en la única ventana. Esto hacía que la habitación fuese calurosa y oscura, pero Kitty Finch dijo que le gustaba así. Arriba en la cocina oían la voz desafinada de Mitchell cantando una canción de Abba. Kitty explicó a Nina que comprobaba las paredes porque los cimientos de la casa eran precarios. Tres años antes se había pagado a una panda de albañiles chapuceros de Menton para reformar toda la casa. Había grietas por todas partes, pero las taparon deprisa y corriendo con un yeso equivocado.

Nina no salía de su asombro de lo mucho que sabía Kitty sobre cualquier cosa. ¿Cuál era entonces el tipo de yeso apropiado? ¿Acaso trabajaba Kitty Finch en la construcción? ¿Cómo conseguía meter todo su pelo dentro de un casco?

Era como si Kitty le hubiese leído el pensamiento, porque dijo:

—Sí, bueno, el tipo de yeso adecuado ha de contener cal.

Después, se arrodilló en el suelo y examinó las plantas que había recogido en el patio de la iglesia por la mañana temprano.

Sus uñas verdes acariciaron las hojas triangulares y los ramitos de florecillas blancas que, según insistía arrugando la nariz, olían a ratones. Recogía las semillas de las plantas porque quería estudiarlas y Nina podía ayudarla si quería.

—¿Qué tipo de planta es?

—Se llama *Conium maculatum*. Pertenece a la misma familia que el hinojo, la chirivía y la zanahoria. Me llamó mucho la atención ver que crecía cerca de la iglesia. Las hojas parecen perejil, ¿a que sí?

Nina no lo sabía muy bien.

—Esta es cicuta. Tu padre ya lo sabía, claro. Antigualmente los niños solían fabricar silbatos con los tallos y a veces se envenenaban con ellos. Pero los griegos pensaban que curaba los tumores.

Parecía que Kitty tenía mucho por hacer. Después de colgar sus vestidos de verano en el armario y colocar unos cuantos desgastados y manoseados libros en la estantería, subió corriendo a la planta de arriba para mirar de nuevo la piscina, aunque ahora ya había oscurecido fuera.

Cuando regresó, explicó que la piscina tenía ahora iluminación bajo el agua.

—El año pasado no tenía.

Sacó un sobre marrón tamaño DIN A4 de una de las bolsas de lona azul y lo examinó.

—Esto —dijo, agitándolo hacia Nina— es el poema que tu padre ha prometido que leería esta noche. —Se mordisqueó el labio superior—. Me dijo que lo dejara encima de la mesa que hay delante de su habitación. ¿Puedes venir conmigo?

Nina acompañó a Kitty Finch hasta el dormitorio donde dormían sus padres. Su habitación era la más grande de la casa, con un cuarto de baño anexo todavía más grande. Tenía grifos de oro, una ducha de hidromasaje y un botón para convertir la bañera en un *jacuzzi*. Señaló una pequeña mesa pegada a la pared junto al dormitorio. Un cuenco descansaba en el centro de la mesa, con una maraña de gafas de bucear, flores secas, rotuladores viejos, postales y llaves.

—Ah, esas son las llaves del cuarto de bombas. —Kitty sonaba emocionada—. En el cuarto de bombas se guardan todas las máquinas que hacen funcionar la piscina. Dejaré el sobre debajo del cuenco.

Frunció el ceño ante el sobre y respiró hondo varias veces mientras se sacudía los rizos como si tuviera algo enganchado en el pelo.

—En realidad, creo que voy a deslizarlo bajo la puerta. Así tropezará con él y no le quedará más remedio que leerlo enseguida.

Nina estaba a punto de explicarle que no era la habitación de él, sino que su madre también dormía allí, pero se calló porque Kitty Finch estaba diciendo cosas raras.

—Hay que arriesgarse, ¿no? Es como cruzar una calle con los ojos cerrados... No sabes lo que va a pasar después. —A continuación echó la cabeza hacia atrás y se rio—. Recuérdame que te lleve a Niza mañana, a tomar el mejor helado que hayas probado jamás.

Estar al lado de Kitty Finch era como estar cerca de un corcho que acabara de salir volando de una botella. El primer *pum* cuando salen despedidos los gases y todo resulta salpicado durante un segundo por un halo embriagador.

Mitchell las estaba llamando para cenar.

Modales

—Mi mujer ha llevado sus zapatos a arreglar a Niza —anunció Joe Jacobs de forma teatral a todo el mundo que estaba sentado a la mesa del comedor.

Su tono sugería que tan solo proporcionaba una información sin requerir respuesta por parte del público reunido para cenar. Ellos asintieron. No hubo comentarios.

Mitchell, el siempre autoproclamado chef, se había pasado la tarde asando el trozo de ternera que Joe había insistido en pagar en el mercado esa misma mañana. Lo cortó en finos filetes con alegría y sangre rosada brotó del interior.

—Para mí no, gracias —dijo Kitty con educación.

—Venga, solo un bocadito.

Un pequeño filete de carne sanguinolenta cayó de su tenedor y aterrizó en el plato de la chica.

—«Bocadito» es la palabra favorita de Mitchell.

Joe cogió su servilleta y la ajustó al cuello de la camisa.

Laura sirvió el vino. Llevaba en el cuello un llamativo collar africano, una gruesa cinta de oro trenzado adornada con siete perlas.

—Pareces una novia —dijo Kitty con admiración.

—Mira por dónde —respondió Laura—, se trata en realidad de un collar de novia de nuestra tienda. Viene de Kenia.

A Kitty le lloraban los ojos por la salsa de rábano picante, que comía a cucharadas como si fuera azúcar.

—¿Y qué es lo que Mitchell y tú vendéis en vuestro autoservicio?

—Grandes almacenes —la corrigió Laura—. Vendemos armas primitivas persas, turcas e hindúes. Y también joyería africana cara.

—Somos traficantes de armas de poca monta —añadió Mitchell con efusión—. Y entre operación y operación vendemos muebles de piel de avestruz.

Joe enrolló una loncha de carne con los dedos y la mojó en la salsa de rábano picante.

—Los muebles se hacen con avestruces y la salsa de rábano picante con tábanos —salmodió.

Nina soltó el cuchillo con furia.

—¡Cierra la puta boca!

Mitchell torció el gesto.

–Las chicas de tu edad no deberían utilizar palabras tan feas.

Su padre asintió con la cabeza como si estuviera totalmente de acuerdo. Nina le fulminó con la mirada mientras él sacaba brillo a la cuchara con la esquina de la servilleta. Sabía que su padre tenía mucho tiempo para lo que Mitchell llamaba «palabras feas». Cuando ella le decía, como ocurría a menudo, que estaba harta de llevar a la escuela zapatos totalmente pasados de moda con medias de un color que no pegaba ni con cola, su padre el poeta la corregía en su elección de palabras: «La próxima vez di una puta mierda de zapatos. Le dará más énfasis a tu causa».

–Las palabras feas son para los pensamientos feos. –Mitchell dio unos golpecitos en la sien de su cabeza calva y luego se chupó una gota de salsa de rábano picante del dedo pulgar–. Yo, a tu edad, jamás habría dicho una palabrota delante de mi padre.

Joe lanzó una mirada a su hija.

–Sí, hija mía. Por favor, no digas semejantes palabras y ofendas a los mamones de esta mesa. Sobre todo a Mitchell. Es peligroso. Tiene armas. Espadas y pistolas de marfil.

–En re-a-li-dad –Mitchell blandió el dedo–, lo que yo de verdad necesito es una ratonera, porque hay alimañas en esta cocina.

Miró a Kitty Finch cuando dijo «alimañas».

Kitty dejó caer su filete de ternera al suelo y se inclinó hacia Nina:

–La salsa de rábano picante no se hace con tábanos. Tiene que ver con la familia de la mostaza. Es una raíz y seguramente tu padre come tanta cantidad porque le va bien para su reuma.

Joe enarcó una ceja.

–¿Qué? ¡Yo no tengo reuma!

–Es muy probable que sí –respondió Kitty–. Estás un poco torpe cuando caminas.

–Eso es por la edad que tiene, podría ser tu padre. –Laura sonrió con malicia. No dejaba de estar perpleja ante las razones por las que Isabel había insistido tanto en que una jovencita, que se bañaba desnuda y a todas luces buscaba la atención de su marido de mediana edad, se quedase con ellos. Se suponía que su amiga era la parte engañada del matrimonio. Herida por sus infidelidades. Abrumada por su pasado. Traicionada y engañada.

–Laura se felicita por saber ver a través de las personas y por hablar claro –apostilló Joe a la mesa. Se apretó la punta de la nariz con el dedo índice y el pulgar, una clave secreta entre su hija y él, no estaba seguro de qué, quizá de un amor duradero, a pesar de sus defectos y simplezas y de sus enfados mutuos.

Kitty esbozó una sonrisa nerviosa a Laura.

–Muchas gracias a todos por dejar que me quede.

Nina miró cómo daba un pequeño mordisco a una rodaja de pepino y después lo dejaba en un lado del plato.

–Agradéceselo a Isabel –la enmendó Laura–. Tiene un gran corazón.

–Yo no diría que Isabel es buena. ¿Y tú, Nina?

Joe enrolló otra loncha de carne sanguinolenta y se la metió en la boca.

Era el pie perfecto para que Nina lanzara alguna pulla sobre su madre y así complacer a su padre, algo como «Mi madre no me conoce en absoluto». De hecho, tuvo la tentación de decir: «Mi madre no sabe que yo sé que mi padre se va a acostar con Kitty Finch. Ni siquiera sabe que yo sé lo que significa anoréxica».

En cambio, dijo:

—Kitty cree que las paredes pueden abrirse y cerrarse.

Cuando Mitchell hizo girar su dedo índice sobre su oreja, como para decir «Loca, está loca», Joe se inclinó y bajó el dedo rosado y burlón de un violento puñetazo con su mano morena.

—Es de mala educación ser tan normal, Mitchell. Incluso habrá sido niño alguna vez. Incluso habrá pensado quizá que había monstruos al acecho escondidos debajo de su cama. Ahora que es un adulto tan impecablemente normal, es probable que eche un discreto vistazo debajo de la cama y se diga: «Bueno, ¿es posible que el monstruo sea invisible!».

Mitchell puso los ojos en blanco y miró al techo como rogándole ayuda y consejo.

—¿Te ha dicho alguien alguna vez lo muy pagado de sí mismo que está?

El teléfono se puso a sonar. Un fax se deslizaba abriéndose paso en la bandeja de plástico junto a la carpeta con la información de la casa. Nina se levantó y fue a recogerlo. Le echó un vistazo y se lo llevó a su padre.

—Es para ti. Acerca de tu conferencia en Polonia.

—Gracias. —Le dio un beso en la mano con sus labios manchados de vino y le pidió que le leyera el fax en voz alta.

ALMUERZO AL LLEGAR

DOS MENÚS:

Borscht blanco con huevo cocido y salchicha.

Estofado del cazador tradicional con puré de patata. Refresco.

O

Sopa tradicional polaca de pepino. Hojas de col rellenas de carne y puré de patata.

Refresco.

LE ROGAMOS QUE ENVÍE SU ELECCIÓN POR FAX.

Laura tosió.

—Nació en Polonia, ¿verdad, Joe?

Nina vio cómo su padreladeaba la cabeza de forma imprecisa.

—No lo recuerdo.

Mitchell arqueó las cejas en lo que pretendía ser un gesto de incredulidad.

—Ha de ser un tanto olvidadizo para no recordar dónde ha nacido. Es usted judío, ¿no es así, señor?

Joe se quedó estupefacto. Nina se preguntó si no sería porque habían llamado «señor» a su padre. Kitty también fruncía el ceño. Se enderezó en la silla y se dirigió a los comensales como si fuera la biógrafa de Joe.

—Por supuesto que nació en Polonia. Lo pone en todas las cubiertas de sus libros. Jozef Nowogrodzki nació en el oeste de Polonia en 1937. Llegó a Whitechapel, en el este de Londres, a la edad de cinco años.

—Bien. —Mitchell parecía desconcertado de nuevo—. Entonces ¿cómo puede ser ahora Joe Jacobs?

Kitty volvió a tomar las riendas de la conversación. Bien podía haber dado tres golpes en su copa de vino para crear un silencio expectante.

—Los profesores del internado le cambiaron el nombre para poder deletrearlo.

La cuchara que Joe llevaba lustrando durante toda la cena se veía ahora plateada y reluciente. Cuando la levantó para examinar el fruto de su duro trabajo, Nina pudo ver el reflejo distorsionado de Kitty que flotaba en el reverso.

—¿Internado? ¿Dónde estaban sus padres entonces?

Mitchell advirtió que Laura se revolvía en su asiento. Lo que se suponía que debía saber acerca de Joe se le había olvidado por completo. Laura se lo había contado, por supuesto, pero no lo había asimilado. Se sintió aliviado de que Kitty Finch no se encargara de responder a su pregunta y llegó a desear no haber ido allí.

—Bueno, entonces es usted más o menos inglés, ¿no, Joe?

Joe asintió.

—Sí, lo soy. Soy casi tan inglés como usted.

—Bueno, yo no estaría del todo de acuerdo con eso, Joe —aseveró Mitchell con el tono de un agradable agente de aduanas—. Pero, tal y como siempre le digo a Laura, lo que cuenta es lo que uno siente por dentro.

—Tiene razón —convino Joe.

Mitchell pensó que había tocado un punto sensible, porque Joe se mostraba educado por una vez.

—¿Y qué es lo que siente por dentro, Joe?

Joe miró detenidamente la cuchara que sujetaba con la mano como si se tratara de una joya o de un triunfo sobre la cubertería gris.

—Por dentro tengo una JES.

—¿Qué es eso, señor?

—Una jodida y extraña sensación.

Mitchell, que ahora estaba ebrio, le dio una fuerte palmada en la espalda para sellar su camaradería recién estrenada.

—Yo apoyo eso, Jozef como sea su apellido. Yo tengo una JES aquí mismo. —Se dio unos pequeños toques en la cabeza—. Tengo tres de esas.

Laura movió sus largos pies bajo la mesa y anunció que había preparado un bizcocho borracho de postre. Había sacado la receta del *Curso completo de cocina* de Delia Smith y esperaba que la crema hubiera cuajado y que la nata no se hubiera cortado.

Domingo

Ladrón de cicuta

El inicio del canto de los pájaros. El sonido de las piñas al caer en el estancada agua de la piscina. El intenso aroma del romero creciendo en cajas de madera en el alféizar de la ventana. Cuando Kitty Finch se despertó, notó como si alguien respirara en su cara. Al principio pensó que el viento había abierto la ventana durante la noche, pero después lo vio y tuvo que meterse el pelo en la boca para sofocar un grito. De pie junto a su cama, un muchacho de pelo negro la saludaba con la mano. Calculó que tendría unos quince años y sujetaba un cuaderno con la mano que no movía. Era un cuaderno amarillo. Vestía una chaqueta de colegial y llevaba la corbata metida en el bolsillo. Al final desapareció por la pared, pero todavía podía percibir el aire que había agitado su mano al saludar.

Estaba dentro de ella. Había entrado en ella con un viaje en trance. Ella estaba recibiendo los pensamientos, sentimientos e intenciones de él. Se clavó las uñas en las mejillas y, cuando se aseguró de que estaba despierta, caminó hasta las puertas acristaladas y bajó las escaleras de la piscina. Una avispa le picó en la muñeca mientras nadaba hasta la colchoneta medio desinflada y la arrastraba hasta la zona menos profunda. No estaba segura de si la visión espectral era un fantasma, un sueño o una alucinación. Fuese lo que fuese, había permanecido dentro de su mente mucho tiempo. Sumergió la cabeza bajo el agua y comenzó a contar hasta diez.

Alguien estaba en la piscina con ella.

Kitty solo alcanzaba a distinguir la punta ampliada de los dedos de Isabel Jacobs, que recogía con las manos ahuecadas los insectos que morían en la zona más profunda. Cuando emergió, los fuertes brazos de Isabel laminaban el agua fría y verde y los insectos se retorcián amontonados en la baldosa más próxima al borde de la piscina. La esposa periodista, tan callada y arrogante, se esfumaba por lo visto a Niza a la hora de las comidas y nadie decía ni mu. Y menos que nadie su marido, quien, esperaba Kitty, ya habría leído su poema. Eso era lo que dijo que haría después de la interminable cena de la víspera. Iba a tumbarse en la cama a leer sus versos.

—Estás temblando, Kitty.

Isabel nadó hacia ella hasta que ambas mujeres estuvieron hombro con hombro, contemplando la bruma del amanecer, que se levantaba sobre las montañas. Le explicó a Isabel que le dolía el oído y que se sentía mareada. Era la única forma de poder hablar

de lo que había visto esa mañana.

—Seguramente tendrás una otitis. No me extraña que estés mareada.

Isabel intentaba simular que tenía todo bajo control. Kitty la había visto en televisión hacía unos tres años. Isabel Jacobs de pie en el desierto junto al esqueleto de un camello en Kuwait. Estaba apoyada en un tanque calcinado del ejército y señalaba hacia un carbonizado par de botas de soldado que había debajo. Elegante y de punta en blanco, Isabel Jacobs era más perversa de lo que aparentaba. Cuando se había tirado a la piscina la víspera y había agarrado el tobillo de Kitty, lo había estrujado con tal fuerza que le había dejado marca. Todavía le dolía el pie. Isabel le había hecho daño a propósito, pero Kitty no podía decir nada porque acto seguido le había ofrecido la habitación libre. Nadie se había atrevido a decir que le molestaba, porque la corresponsal de guerra los tenía a todos bajo su dominio. Como si ella tuviera la última palabra o los retara a llevarle la contraria. La verdad era que su marido era quien tenía la última palabra porque él escribía palabras y luego les ponía un punto final a todas. Ella lo sabía, ¿pero qué sabía su esposa?

Kitty salió del agua y se dirigió hacia el borde de la piscina, mientras cogía hojas de laurel de un pequeño arbusto que crecía en una maceta junto a la zona menos profunda. Isabel salió a su vez del agua y se sentó en el borde de la tumbona blanca. La esposa periodista encendió un cigarrillo distraídamente, como si estuviera pensando en algo más importante que lo que estaba ocurriendo en ese momento. Debía de haber visto el maltrecho sobre DIN A4 que Kitty había dejado apoyado en la puerta de su dormitorio.

Nadando a casa

de

Kitty Finch

No le dijo a Isabel que tenía calor y que la vista se le nublaba. La piel le picaba y pensó que quizá también se le había hinchado la lengua. Tampoco le habló del chico espectral que había salido de la pared para saludarla cuando despertó. Había robado algunas de sus plantas, porque cuando volvió dentro de la pared llevaba un fardo de ellas en los brazos. Pensó que tal vez buscara formas de morir. Las palabras que le había oído decir eran palabras que ella oía en su cabeza y no con los oídos. Él la había saludado en una especie de bienvenida, pero ahora pensó que tal vez se estuviera despidiendo.

—¿Así que decidiste venir aquí porque eres una fan de la poesía de Jozef?

Kitty masticó lentamente una hoja de laurel hasta que fue capaz de ocultar la ansiedad en su voz.

—Supongo que soy una fan. Aunque yo no lo veo así.

Hizo una pausa, aguardando a que se le serenara la voz.

—La poesía de Joe es más que nada una conversación conmigo. Escribe sobre cosas en las que pienso a menudo. Tenemos una conexión neurológica.

Se volvió a tiempo de ver cómo Isabel apagaba el cigarrillo con su pie descalzo. Kitty ahogó un grito.

—¿Eso no duele?

Si Isabel se había quemado parecía no darle importancia.

—¿Qué significa «conexión neurológica con Jozef»?

—No significa nada. Se me acaba de ocurrir.

Kitty advirtió que Isabel Jacobs siempre empleaba el nombre completo de su marido. Como si a ella sola le perteneciera la parte de él que era secreta y misteriosa, la parte de él que escribía cosas. ¿Cómo podría decirle que Joe y ella se transmitían mensajes el uno al otro cuando ni siquiera ella misma lo entendía? Eso era algo que podía comentar con Jurgén. Él le explicaría que ella tenía sentidos adicionales porque era poeta y después le diría palabras en alemán, y ella sabría que eran palabras de amor. Siempre resultaba complicado librarse de él por las noches, de modo que se alegraba de disponer de la habitación libre para poder escapar. Sí, de alguna manera le estaba agradecida a Isabel por haberla salvado del amor de Jurgén.

—¿De qué va tu poema?

Kitty examinó la hoja de laurel y recorrió el contorno de las venas plateadas con la yema de los dedos.

—No me acuerdo.

Isabel se echó a reír. Resultaba ofensivo y Kitty se sintió ofendida. Ya no estaba tan agradecida y fulminó con la mirada a la mujer que le había ofrecido la habitación libre pero sin tomarse las molestias de proporcionarle sábanas ni almohadas ni fijarse en que las ventanas no se podían abrir y el suelo estaba cubierto de excrementos de ratones. La periodista le hacía preguntas como si fuera a archivar su expediente. Era alta, con un cuerpo escultural y el cabello tan negro como el de una mujer india, y llevaba una alianza de oro en la mano izquierda para mostrar a todos que estaba casada. Sus dedos eran largos y suaves, como si jamás hubiera fregado una cazuela ni hundido los dedos en la tierra. Ni siquiera se había molestado en ofrecer a su invitada unas pocas perchas. Nina había tenido que llevarle unas cuantas de su propio armario. No obstante, Isabel Jacobs seguía haciendo preguntas, porque quería mantener el control.

—¿Dijiste que conocías a la dueña de la casa?

—Sí. Es una loquera llamada Rita Dwyghter y es amiga de mi madre. Tiene casas por todas partes. De hecho, tiene doce propiedades solo en Londres por un valor aproximado de dos millones cada una. Seguramente pregunta a sus pacientes si tienen hipoteca.

Isabel se echó a reír y esta vez Kitty también.

—Gracias por dejar que me quede, por cierto.

Isabel asintió con desdén y comentó algo acerca de entrar en casa a preparar una tostada con miel. Kitty la observó mientras se precipitaba por las puertas acristaladas hasta chocar con Laura, sentada ahora a la mesa de la cocina con un par de auriculares calados en la cabeza y una maraña de cables rodeándole el cuello. Laura estaba aprendiendo alguna lengua africana y sus labios articulaban las palabras en voz alta.

Kitty se sentó en el extremo de la piscina, desnuda y tiritando, mientras escuchaba a la

mujer alta, rubia y de asustados ojos azules, que repetía frases cantarinas de otro continente. Oyó el tañido de las campanas en el pueblo y a alguien suspirando. Cuando levantó la vista, tuvo que controlarse para no perder los estribos por segunda vez esa mañana. Madeleine Sheridan estaba sentada en su balcón como de costumbre, observándola como si estuviera escrutando el océano en busca de un tiburón. Aquello ya era demasiado. Kitty se incorporó de un salto y levantó el puño hacia la silueta oscura que se tomaba su té matutino.

—¡Deje de mirarme todo el tiempo de una puta vez! Todavía estoy esperando a que me traiga mis zapatos, doctora Sheridan. ¿Ya los tiene?

Extraterrestres con morriña

Jurgen había arrastrado un extraterrestre hinchable de un metro de largo y con el cuello arrugado hasta la cocina del café de Claude. Lo había comprado en el mercado de pulgas el sábado, y Claude y él estaban manteniendo tres conversaciones al mismo tiempo. Claude, que acababa de cumplir veintitrés años y era consciente de su parecido con Mick Jagger, era el dueño del único bar del pueblo y se proponía venderlo a alguna inmobiliaria parisina el próximo año. Lo que Claude quería saber era por qué los turistas habían ofrecido una habitación a Kitty Finch.

Jurgen se rascó el cuero cabelludo y sacudió sus rastas para tener una perspectiva sobre la cuestión. El esfuerzo lo había agotado y era incapaz de dar con una respuesta. Claude, cuya sedosa media melena tenía un corte caro para dar la impresión de que no se preocupaba de su pelo, opinaba que Kitty debía de sentir en secreto repulsión por las rastas que Jurgen cultivaba, porque sabía que podía quedarse con él cada vez que ella quisiera. Al mismo tiempo ambos se mofaban de Mitchell, sentado en la terraza, que se atiborraba de *baguettes* y mermelada mientras esperaba a que abriera la tienda de ultramarinos. Aquel hombre gordo con su colección de pistolas antiguas estaba acumulando una buena cuenta tanto en el café como en la tienda de comestibles, que llevaba la madre de Claude. Mitchell iba a arruinar a toda la familia de Claude. Mientras tanto Jurgen le contaba toda la historia de *E.T.* al tiempo que Claude pelaba patatas. Jurgen quitó la colilla de los gruesos labios de su amigo y dio varias caladas mientras intentaba recordar la película que había visto en Mónaco tres años antes.

—E.T. es un bebé extraterrestre que se encuentra perdido en la Tierra, a tres millones de años luz de su casa. Se hace amigo de un niño de diez años y empiezan a tener una conexión muy especial.

Claude lanzó un guiño lascivo al pequeño alienígena que había en su cocina.

—¿Qué clase de conexión?

Jurgen sacudió sus rastas encima de una tarta de pera recién horneada, que se estaba enfriando debajo de la ventana de la cocina, como para evocar una historia muy olvidada.

—A ver... si E.T. enferma en la Tierra, el niño también. Si E.T. está cansado o triste, entonces el chico terrestre sufre con él. El extraterrestre y su amigo están en contacto el uno con los pensamientos del otro. Están conectados mentalmente.

Claude torció el gesto, porque Mitchell le reclamaba otra cesta de pan y un trozo de tarta de pera, que acababa de añadir al menú. Claude dijo a Jorgen que no se explicaba por qué el hombre gordo nunca llevaba dinero encima a pesar de hospedarse en aquella lujosa casa. Su cuenta se había disparado de mala manera.

—En fin, ¿y cómo acaba *E.T.*?

Jorgen, que solía estar demasiado colocado como para recordar nada, acababa de divisar a Joe Jacobs a lo lejos, caminando entre las ovejas que pastaban en las montañas. Por alguna razón podía recordar cada frase que había farfullado el bebé alienígena en la película. Pensaba que era porque él también era un extraño, un chico de la naturaleza alemán que vivía en Francia. Le explicó que no le quedó más remedio a E.T. que desconectarse del niño porque temía hacerle enfermar demasiado y no quería hacerle daño. Y al final encontraba la manera de regresar a su propio planeta.

Jorgen dio un codazo a Claude y le señaló al poeta inglés a lo lejos. Daba la impresión de estar saludando a algo invisible, porque se rozaba la frente con los dedos. A Claude le caía bien el poeta, porque siempre dejaba generosas propinas y, de algún modo, había conseguido engendrar una preciosa hija adolescente de piernas larguísimas, a la que Claude en persona había invitado a tomar un aperitivo en el café. Hasta el momento no le había aceptado la invitación, pero él vivía con esperanza porque, tal y como le decía a Jorgen, ¿con qué si no se iba a vivir?

—Es supersticioso, acaba de ver una urraca. Es famoso. ¿Tú quieres ser famoso?

Jorgen asintió. Después sacudió la cabeza y se sirvió un trago de una botella con un líquido verde que estaba apoyada contra el aceite de cocina.

—Sí. A veces pienso que debe de molar dejar de ser el encargado de mantenimiento y que todo el mundo quiera besarte el culo. Pero hay un problema. No tengo la energía suficiente para ser famoso. Tengo demasiadas cosas que hacer.

Claude señaló al poeta, que todavía parecía estar saludando a las urracas.

—Quizá tenga morriña. Quiere volver a casa, a su planeta.

Jorgen hizo gárgaras con la bebida verde que Claude sabía que era un jarabe de menta. Jorgen era más o menos adicto a él, del mismo modo que la gente era adicta a la absenta, que poseía el mismo tono verdoso que los duendecillos.

—No. Solo está evitando a Kitty Ket. No ha leído su texto y la está evitando. La Ket es como E.T. Ella cree que tiene una conexión mental con el poeta. Él no ha leído su rollo, y ella se pondrá triste, le subirá la tensión y los matará a todos con las pistolas del gordo.

Lunes

El trampero

Mitchell estaba tumbado bocarriba empapado de sudor. Eran las tres de la madrugada y acababa de tener una pesadilla sobre un ciempiés. Lo había despedazado con un cuchillo de trinchar, pero se había partido en dos y había vuelto a crecer. Cuantos más hachazos propinaba, más ciempiés aparecían. Se retorcían a sus pies. Los ciempiés le llegaban hasta las orejas y la hoja del cuchillo estaba cubierta de babas. Se deslizaban por sus fosas nasales e intentaban entrar en su boca. Cuando despertó, se preguntó si debía avisar a Laura de que el corazón le latía tan fuerte que temía estar a punto de sufrir un infarto. Laura dormía plácidamente a su lado con los pies sobresaliendo de la cama. No había cama en el mundo lo bastante larga para Laura. Su cama de Londres había sido diseñada especialmente para la estatura de ella y la anchura de él por un constructor de barcos danés. Ocupaba toda la habitación y semejaba un galeón varado en el estanque de un parque municipal. Algo avanzaba lentamente hacia él por la pared encalada. Soltó un grito.

—¿Qué ocurre, Mitch? —Laura se incorporó y puso la mano en el pecho jadeante de su marido.

Él señaló la cosa en la pared.

—Es una polilla, Mitchell.

Como cabía esperar, desplegó las alas grises y salió volando por la ventana.

—He tenido una pesadilla —susurró—. Una pesadilla espantosa.

Ella le apretó su mano caliente y sudorosa.

—Vuélvete a dormir. Te sentirás mejor por la mañana.

Se cubrió el hombro con la sábana y volvió a tumbarse.

Como no había forma de que conciliara el sueño, Mitchell se levantó y subió las escaleras hasta la cocina, el lugar donde más seguro se sentía. Abrió la nevera y buscó una botella de agua. Cuando se llevó la botella a los labios y tragó con avidez el agua helada, tuvo la sensación de estar dividido en mil pedazos, como los ciempiés. Cuando levantó la cabeza, que le dolía, reparó en algo que había en el suelo de la cocina. Era la trampa que había dispuesto para la rata. Había atrapado algo. Tragó saliva y se acercó.

Un diminuto animal yacía de costado dándole la espalda, pero no era una rata. Reconoció a la criatura. Era el conejo marrón de nailon de Nina, cuya larga y suave oreja había quedado grapada por el alambre. Podía ver la desgastada bola blanca de la cola y la

sucia etiqueta cosida entre las patas. El lazo de raso verde que llevaba en el cuello también se había enredado de algún modo en los alambres. Se dio cuenta de que estaba sudando cuando se agachó para soltarlo del alambre; entonces descubrió una sombra en el suelo. Había alguien allí con él. Alguien había entrado en la casa y él no llevaba sus pistolas encima. Incluso la antigua arma de ébano de Persia habría conseguido repeler a quienquiera que estuviese allí.

—Hola, Mitchell.

Kitty Finch estaba apoyada contra la pared, desnuda, observando cómo luchaba para no pillarse los dedos en su propia trampa. Mordisqueaba el trozo de chocolate que él había dejado para la rata, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Te llamaré desde ahora «el trampero», pero ya he alertado a todas las lechuzas sobre ti.

Él se llevó la mano al corazón, que latía desbocado, y miró fijamente su rostro pálido y con aires de superioridad. Le pegaría un tiro. Si hubiese tenido sus armas con él, lo haría. Le apuntaría al estómago. Se imaginó sujetando la pistola y calculó el momento en que apretaría el gatillo. Ella se desplomaría en el suelo, con sus ojos grises y vidriosos abiertos, y perforada por un sangriento agujero. El hombre parpadeó y observó que la joven seguía apoyada en la pared, mofándose de él con el chocolate que había colocado con tanto esmero en los alambres. Se la veía delgada y patética, y se dio cuenta de que la había asustado.

—Siento haber sido tan brusco.

—Ya —asintió como si de pronto fueran los mejores amigos del mundo—. Me has dado un susto de muerte, pero yo ya estaba asustada.

Él también estaba aterrado. Por un momento pensó seriamente en contarle su pesadilla.

—¿Por qué matas animales y pájaros, Mitchell?

Era casi guapa, de fina cintura y larga melena, la cual relucía en la oscuridad, pero al mismo tiempo tenía un aspecto demacrado, semejante al de una persona mendigando delante de una estación de tren con un cartelito de «tengo hambre y vivo en la calle».

—Me distrae de las cosas —respondió como si lo pensara en serio, lo cual no dejaba de ser cierto.

—¿Qué clase de cosas?

De nuevo consideró contarle algunas de las preocupaciones que le atormentaban, pero se retuvo a tiempo. No podía hablar más de la cuenta con una loca como ella.

—Tú estás pirado, Mitchell. Deja de matar por ahí y te sentirás mejor.

—¿Tú no tienes un hogar al que ir? —Pensó que lo había dicho con buenas intenciones, pero incluso a sus propios oídos sonó como un insulto.

—Sí. De momento vivo con mi madre, pero no es mi casa.

Mientras ella se arrodillaba para ayudarle a liberar el sucio peluche, que se burlaba de su trampa, él no conseguía entender por qué alguien tan triste como ella había pensado que pudiera ser peligroso.

—¿Sabes qué? —Esta vez Mitchell pensó que lo decía con sincera amabilidad—. Si llevaras ropa más a menudo en vez de pasearte como Dios te trajo al mundo, parecerías

más normal.

Abducida

La desaparición de Nina solo salió a la luz a las siete de la mañana después de que Joe la llamara porque había perdido su pluma estilográfica especial. Su hija era quien siempre la encontraba, a la hora que fuese, un numerito que Laura había presenciado al menos una docena de veces en lo que llevaban de vacaciones. Cuando Nina entregaba triunfal la estilográfica a su desolado y vociferante padre, este la estrechaba entre sus brazos y bramaba con exagerado dramatismo: «Gracias, gracias, gracias». A menudo en varios idiomas: polaco, portugués e italiano. Ayer había sido: «*Danke, danke, danke*».

Nadie se podía creer que Joe estuviera llamando a su hija a voz en grito a una hora tan temprana para que le buscara la estilográfica, pero eso era lo que estaba haciendo y Nina no contestaba. Isabel entró en la habitación de su hija y vio que las puertas que daban al balcón estaban abiertas de par en par. Apartó con gesto decidido la sábana, esperando encontrarla escondida debajo. Nina no estaba ahí y la sábana parecía manchada de sangre. Cuando Laura oyó los sollozos de Isabel, fue corriendo a la habitación y encontró a su amiga señalando la cama, mientras salían de su boca extraños y ahogados sonidos. Estaba pálida, blanca como la muerte, farfullando palabras que a Laura le sonaban a «hueso» o «pelo» o «no está»; costaba entender lo que decía.

Laura sugirió que fueran a buscar a Nina juntas al jardín y la condujo fuera de la habitación. Unos pajarillos bajaban en picado para beber del agua verde y estancada de la piscina. Unos bombones de cereza de la víspera se derretían en la gran silla azul de Mitchell, cubierta de hormigas. Dos toallas húmedas colgaban de las butacas reclinables de lona y entre ambas surgía como una conversación interrumpida la silla de madera que Isabel había sacado para Kitty Finch. Debajo estaba la estilográfica negra de Joe.

Ese era el espacio reorganizado del día anterior. Cruzaron entre los cipreses y entraron en el jardín agostado. Llevaba sin llover meses y Jurgén se había olvidado de regar las plantas. La madreselva se estaba muriendo, la tierra bajo la hierba parda se hallaba dura y agrietada. Bajo el pino más alto, Laura divisó el biquini mojado de Nina tirado sobre un lecho de agujas. Cuando se agachó para cogerlo, incluso ella no pudo evitar pensar que el dibujo de las cerezas en el tejido semejaba manchas de sangre. Sus dedos comenzaron a palpar en el bolsillo la pequeña calculadora de acero inoxidable que Mitchell y ella habían llevado consigo para hacer las cuentas.

–Nina está bien, Isabel. –Sus dedos recorrieron la calculadora como si los números y símbolos que ella sabía que figuraban ahí, la m^+ y m^- , la x y el punto decimal, fueran a concluir de algún modo con la aparición de Nina–. Seguramente habrá ido a dar un paseo. A ver, tiene catorce años, ¿sabes?, de verdad que no ha sido... –Estaba a punto de decir «asesinada», pero cambió de parecer y dijo–: abducida.

No terminó la frase porque Isabel había echado a correr entre los cipreses tan rápidamente y con tal energía que los árboles siguieron temblando durante varios minutos después. Laura observó el caos pasajero de los árboles. Era como si hubiesen perdido el equilibrio y no supiesen cómo recobrar su estado anterior.

Madres e hijas

El calor y la oscuridad reinaban en la habitación libre porque las ventanas estaban cerradas y las cortinas echadas. Un par de sucias chancletas descansaban sobre una maraña de hierbajos tirados por el suelo. El cabello rojizo de Kitty se desparramaba sobre una almohada repleta de bultos y manchas, sus brazos cubiertos de pecas rodeaban a Nina, aferrada a su conejito de peluche, último y embarazoso vínculo con su infancia. Isabel sabía que Nina estaba despierta y que fingía dormir bajo lo que podría ser un mantel blanco almidonado. Parecía una mortaja.

–Nina, levántate. –La voz de Isabel sonó más dura de lo que pretendía.

Kitty abrió sus ojos grises y susurró:

–A Nina le vino la regla por la noche y por eso se metió en la cama conmigo.

Las chicas, adormiladas, parecían estar a gusto abrazadas. Isabel reparó en que los desgastados libros que Kitty había colocado en las estanterías, unos seis, eran todos de su marido. Dos capullos de rosas de color rosa descansaban en un vaso de agua al lado. Rosas que solo podían salir del jardín de Madeleine Sheridan, su intento de recrear un recuerdo de Inglaterra en Francia.

Recordó el extraño comentario de Kitty la mañana anterior, después de que hubieran nadado juntas: «La poesía de Joe es más que nada una conversación conmigo». ¿Qué clase de conversación mantenía Kitty Finch con su marido? ¿Debería insistir en que su hija saliera de la cama y abandonara esa habitación, en la que hacía tanto calor como en un invernadero? A todas luces Kitty estaba concentrando energía para sus plantas. Había creado un pequeño, cálido y caótico mundo lleno de libros, frutas y flores, un subestado dentro del país de la casa de vacaciones con sus láminas de Matisse y Picasso enmarcadas y colgando de las paredes de cualquier manera. Dos gordos abejorros se deslizaban por las cortinas amarillas en busca de alguna ventana abierta. El armario estaba abierto e Isabel vislumbró una corta capa de plumas blancas que colgaba en una esquina. Delgada y bonita con sus chancletas y andrajosos vestidos de verano, parecía como si Kitty Finch fuera capaz de sentirse como en casa en cualquier sitio. ¿Debería insistir en que Nina se levantara y regresara a su limpia y solitaria habitación en la planta de arriba? Arrancarla de los brazos de Kitty le resultaba violento. Se agachó y dio un beso en la trémula y oscura ceja de su hija.

–Ven a decir hola cuando te despiertes.

Los ojos de Nina seguían fuertemente apretados. Isabel cerró la puerta.

Cuando entró en la cocina, explicó a Jozef y a Laura que Nina estaba durmiendo con Kitty.

—Ah. Me lo imaginaba.

Su marido se rascó la nuca y desapareció en el jardín a buscar su estilográfica, que, según le había informado Laura, se encontraba «debajo de la silla de Kitty». Se había tapado los hombros desnudos con una funda de almohada blanca y tenía el aspecto de un autoproclamado hombre santo. Aquello impedía que se quemara los hombros cuando escribía al sol, pero sacaba de quicio a Laura de todas maneras. Cuando ella volvió a mirarle, estaba examinando la punta dorada como si hubiera resultado dañada. Ella abrió el frigorífico. Mitchell quería un trozo de queso rancio para atrapar la rata parda que había visto merodeando por la cocina durante la noche. Había roído el salchichón que colgaba de un gancho encima del fregadero y hubo que tirarlo a la basura. Mitchell no se sentía tan remilgado como enfurecido por la alimaña que había devorado los bocaditos que él había comprado con el dinero ganado con el sudor de su frente. Se lo tomaba como algo personal, como si las ratas mordisquearan su cartera lenta e inexorablemente.

Padres e hijas

Así que su hija perdida dormía en la cama de Kitty. Joe se sentó en el jardín en su improvisado escritorio, a la espera de que el terror que había llevado a que sus dedos le desgarraran la nuca amainara mientras observaba cómo su esposa conversaba con Laura en la casa. Su respiración se había desbocado, le costaba respirar. ¿Acaso había pensado que Kitty Finch, quien había dejado de tomarse el Seroxat y debía de sufrir, había perdido el control y había asesinado a su hija? Su mujer se dirigía ahora hacia él en medio de los huecos entre los cipreses. Apartó las piernas como si una parte de él deseara huir de ella o quizá correr hacia ella. Realmente no sabía en qué dirección ir. Podría intentar decirle algo a Isabel, pero tampoco estaba seguro de cómo empezar, porque no estaba seguro de cómo acabaría. A veces pensaba que ella apenas podía mirarle sin esconder la cara en el cabello. Y él tampoco podía mirarla a ella, porque la había engañado demasiadas veces. Quizá ahora debiera intentar decirle al menos que cuando ella abandonó a su joven hija para tumbarse en una tienda repleta de escorpiones, él comprendió que su vida tendría más sentido si moría de un balazo en un conflicto bélico que de una mentira suya en la seguridad de su propio hogar. Así y todo, él sabía que su hija había llorado llamando a su madre en sus primeros años de vida, y más tarde aprendió a no hacerlo porque eso no la traía de vuelta a casa. En cambio (daba vueltas una y otra vez a esta cuestión), la angustia de su hija provocaba en él, su padre, unos sentimientos que era incapaz de manejar con dignidad. Había confesado a sus lectores que sus tutores le habían enviado a un internado y que solía observar a los padres de sus compañeros cuando se marchaban los días de visita (los domingos); si sus propios padres le hubieran visitado también, él habría permanecido de pie para siempre en las huellas que habrían dejado los neumáticos de su coche en la tierra. Sus padres eran visitantes nocturnos, no diurnos. Se le aparecían en sueños, que él olvidaba al instante, pero él creía que lo estaban buscando. Lo que más le preocupaba era que quizá no conocieran suficientes palabras en inglés entre los dos para hacerse entender. ¿Está Jozef mi hijo aquí? Lo hemos buscado por todo el mundo. Él los había llamado llorando y más tarde había aprendido a no hacerlo porque no los había conseguido traer junto a él. Miró a su inteligente y bronceada esposa con el cabello negro ocultándole la cara. Esta era la conversación que podría iniciar algo o poner fin a algo, pero salió mal, demasiado sin pensar, y la jodió. Se escuchó a sí mismo preguntarle si le gustaba la miel.

–Sí. ¿Por qué?

–Porque sé tan poco sobre ti, Isabel.

Introduciría las garras en cada agujero de cada árbol para recoger el panal y depositarlo a sus pies si creyera que eso haría que ella se quedara un poco más con él y con su hija. Ella tenía un gesto hostil y solitario, y él lo entendió. Era evidente que él le daba asco. Incluso prefería la compañía de Mitchell a la suya.

Escuchó cómo ella decía:

–Lo más importante que debemos hacer en lo que queda de verano es asegurarnos de que Nina esté bien.

–Claro que Nina está bien –repuso con brusquedad–. La he cuidado desde que tenía tres años y está perfectamente, ¿o no?

Después, sacó su cuaderno y la estilográfica negra que había desaparecido por la mañana, a sabiendas de que Isabel caía derrotada cada vez que él se ponía a escribir y cada vez que hablaba de su hija. Esas eran sus armas para acallar a su mujer y mantenerla en su vida, para mantener a su familia intacta, imperfecta y hostil, pero una familia al fin y al cabo. Su hija era el principal logro de su matrimonio, la única cosa que él había hecho bien.

«Sí, sí, sí, dijo que sí, sí, sí, le gustaba la miel», la estilográfica rasgaba esas palabras con agresividad en la hoja en blanco mientras él contemplaba una mariposa blanca que revoloteaba sobre la piscina. Era como la respiración. Un milagro. Una maravilla. Su mujer y él sabían cosas que resultaba imposible saber. Ambos habían visto cómo se apagaba la vida. Isabel grababa y presenciaba catástrofes con el propósito de que la gente recordara. Él hacía todo lo posible por olvidar.

Cogiendo piedras

—Tiene un agujero en el medio.

Kitty levantó una piedra del tamaño de su mano y se la dio a Nina para que mirara a través. Estaban sentadas en una de las playas públicas de Niza debajo del paseo de los Ingleses. Kitty explicó que en las playas privadas tenían que pagar una fortuna por las tumbonas y las sombrillas. Todo el mundo parecía ser un enfermo en una cama de hospital y eso le daba escalofríos. El sol dejaba manchas rosáceas en su rostro pálido como la cera.

Obediente, Nina miró por el agujero. Vio a una joven que sonreía con un *piercing* violeta en el incisivo. Cuando le dio la vuelta al guijarro, la mujer estaba vaciando una bolsa de la compra llena de comida. Había otra mujer con ella, sentada en una silla baja de lona de rayas, y sujetaba un gran perro blanco por una correa con la mano derecha. El perro parecía un lobo ártico. Un husky de ojos azules. Nina clavó su mirada en esos ojos azules desde el agujero del guijarro. No podía asegurarlo, pero le pareció que el lobo ártico estaba desatando los cordones de la mujer que tenía el *piercing* en el diente. Nina vio todo eso de forma fragmentada a través del agujero de la piedra. Cuando volvió a mirar, descubrió que la mujer con la camiseta negra solo tenía un brazo. Colocó el guijarro a lo largo y miró a través, entrecerrando el ojo. Una silla de ruedas decorada con conchas aparecía aparcada junto a la silla de lona. Ahora las mujeres se besaban. Como amantes. Al observarlas fundirse la una en la otra, Nina notó cómo se le aceleraba la respiración. Llevaba todas las vacaciones preguntándose lo que haría si se encontraba a solas con Claude. La había invitado a su café a tomar lo que él llamaba un aperitivo. No estaba segura de lo que significaba eso, y además había sucedido algo que lo había cambiado todo.

La noche anterior, cuando despertó descubrió que estaba menstruando por primera vez. Se había atrevido a ponerse el biquini porque era lo único que había encontrado y a llamar a la puerta de Kitty para contarle lo ocurrido. Kitty estaba despierta, tumbada bajo un viejo mantel y había enrollado uno de sus vestidos para hacerse una almohada.

—Me ha venido.

Al principio Kitty no sabía de qué hablaba. Después, sujetó a Nina de la mano y salieron corriendo al jardín. Nina podía ver su propia sombra en la piscina y en el cielo al

mismo tiempo. Era alta y alargada, no tenía ni principio ni fin. Su cuerpo se extendía hasta el infinito. Quería nadar y, cuando Kitty insistió en que la sangre no importaba, se atrevió a quitarse el biquini y quedarse desnuda, contemplando cómo su sombra gemela se quitaba los tirantes con más arrojo del que la desarrollada Nina sentía en realidad. Al final se tiró al agua y se ocultó bajo el manto de hojas que flotaban en la superficie, sin saber muy bien qué hacer con su nuevo cuerpo, porque estaba mutando en algo extraño que la desconcertaba.

Kitty nadó hasta ella y le señaló los caracoles plateados en las baldosas. Le dijo que las estrellas depositaban su polvo sobre todas las cosas. Había fragmentos de estrellas rotas en los caracoles. Y después parpadeó.

Bla bla bla bla parpadeó.

De pie y desnuda en el agua, Nina fingió que sufría un grave trastorno del habla y emitió sonidos entrecortados mentalmente. Se sentía otra persona. Como alguien a quien le había venido. Alguien que no era ella. Se sintió insoportablemente feliz y sumergió la cabeza bajo el agua para celebrar el milagro de la llegada de Kitty Finch. Ya no estaba sola con Laura, Mitchell, su madre y su padre, de los que no estaba segura de si se caían bien, ya ni hablemos de si se querían.

Nina lanzó el guijarro al mar, lo que pareció molestar a Kitty. Se levantó y tiró de Nina.

—Tengo que recoger más guijarros. Ese que tiraste al agua era perfecto.

—¿Para qué los quieres?

—Para estudiarlos.

Nina cojeaba porque sus zapatillas deportivas le provocaban ampollas en la parte trasera de los talones.

—Pesas demasiado para llevar —gruñó—. Ahora quiero irme.

Kitty estaba sudando y su aliento desprendía un olor agradable.

—Ya, bueno, perdona por hacerte perder el tiempo. ¿Has fregado un suelo alguna vez, Nina? ¿Has estado alguna vez a cuatro patas con un trapo mientras tu madre te grita que limpies bien en los rincones? ¿Has pasado alguna vez la aspiradora en las escaleras y sacado la basura?

La niña mimada, con sus pantalones cortos caros (había visto la etiqueta) y las puntas del pelo abiertas y recortadas, sin ningún género de dudas había alcanzado los catorce años sin dar un solo palo al agua.

—Necesitas problemas de verdad para llevarte a tu elegante casa de Londres.

Soltó la mochila llena de piedras y se metió en el agua con su vestido de color mantequilla que, según decía, le hacía sentirse superalegre. Nina observó cómo se tiraba de cabeza en una ola. La casa de Londres a la que Kitty se refería no era exactamente acogedora. Su padre estaba siempre en el despacho. Su madre de viaje, con sus vestidos y zapatos ordenados en el armario como si fueran de alguien que hubiera muerto. Cuando tenía siete años y la cabeza siempre llena de piojos, la casa olía a las pócimas mágicas que ella solía preparar con las cremas faciales de su madre y la espuma de afeitar de su padre. La casa grande en el oeste de Londres también olía a otras cosas. A

las novias de su padre y sus diversos champús. Y al perfume de su padre, elaborado para él por una mujer suiza de Zúrich, que se había casado con un hombre dueño de dos caballos de exhibición en Bulgaria. Él decía que sus perfumes «le abrían la mente», sobre todo su favorito, que se llamaba Agua Húngara. La casa elegante olía a su estatus especial y a las sábanas que él siempre metía en la lavadora después de que sus novias se marcharan por la mañana. Y a la mermelada de albaricoque que él se comía a cucharada limpia directamente del tarro. Decía que la mermelada cambiaba el tiempo meteorológico en su interior, pero ella no sabía qué tiempo hacía para empezar.

En realidad, algo sabía. A veces cuando entraba en su despacho le parecía que daba pena verlo, encorvado y con la bata puesta, callado y quieto como si algo lo atenazara. Ella se acostumbró a los días en que se quedaba postrado en su butaca negándose a mirarla o incluso a levantarse durante noches enteras. Ella cerraba la puerta del despacho y le llevaba tazas de té, que él ni siquiera tocaba, porque seguían allí cuando ella le hablaba desde detrás de la puerta (y una fina capa beis se había formado en la superficie del té) para pedirle dinero para el almuerzo o para que le firmara una autorización para una excursión del colegio. Al final, ella misma las firmaba con la pluma estilográfica de su padre, razón por la cual siempre sabía dónde estaba, normalmente debajo de su propia cama o bocarriba en el cuarto de baño junto a los cepillos de dientes. Había diseñado una firma, que podría repetir siempre, J.H.J., con un punto entre las iniciales y una floritura en la última J. Al cabo de un tiempo, él solía animarse al fin y la llevaba al Angus Steak House, donde se sentaban en la misma banqueta de desgastado terciopelo verde de siempre. Nunca hablaban de la infancia de él ni de sus novias. No se trataba de un pacto secreto y tácito entre ellos, sino que era más bien como tener una esquirra de cristal clavada en la planta del pie, siempre allí: dolía levemente pero se podía vivir con ella.

Cuando Kitty regresó, su vestido chorreaba y estaba diciendo algo, pero el husky ladraba a una gaviota. Nina solo alcanzaba a ver el movimiento de los labios de Kitty y supo, con un dolor en su vientre, que la joven seguía enfadada o que algo iba mal. Mientras caminaban hacia el coche, Kitty dijo:

—He quedado con tu padre mañana en el café de Claude. Va a hablarme de mi poema. Nina, estoy tan nerviosa. Debería de haberme buscado un trabajo de verano en un pub en Londres y no haberme complicado la vida. No sé qué va a pasar.

Nina no estaba escuchando. Acababa de ver a un chico con unos pantalones cortos color plata que bajaba la explanada en patines con una bolsa de limones bajo su brazo moreno. Se parecía un poco a Claude, pero no era él. Cuando oyó el graznido de un pájaro en lo que parecía ser un grito de agonía, no se atrevió a mirar hacia la playa. Pensó que el husky o lobo ártico había atrapado a la gaviota al final. Quizá no había ocurrido, y además acababa de divisar a la anciana que vivía al lado de ellos caminando por el paseo marítimo. Hablaba con Jurgen, que lucía unas gafas de sol violetas con forma de corazones. Nina los llamó y los saludó con la mano.

—Ahí está Madeleine Sheridan, nuestra vecina.

Kitty alzó la mirada.

—Sí, lo sé. Vieja bruja malvada.

—¿Ah sí?

—Sí. Me llama Katherine y por poco acaba conmigo.

Después de decir aquello, Kitty hizo algo tan espeluznante que Nina pensó que no lo habría visto bien. Se echó hacia atrás de modo que su melena cobriza le cayera por la espalda hasta las rodillas y sacudió la cabeza de un lado a otro a toda velocidad, al mismo tiempo que agitaba las manos por encima de la cabeza. Nina podía ver los empastes de sus dientes. Y entonces levantó la cabeza y le hizo a Madeleine Sheridan una peineta.

Kitty Finch estaba loca.

Asistencia médica de Odessa

Madeleine Sheridan intentaba pagar una ración de nueces garrapiñadas que acababa de comprar a un vendedor mexicano en la explanada. El aroma a azúcar quemado la puso ansiosa por comer las nueces con las que por fin —esperaba— se atragantaría hasta morir. Sus uñas se resquebrajaban, sus huesos se debilitaban, su cabello raleaba y su cintura había desaparecido para siempre. Con los años se había convertido en un sapo y, si alguien se atrevía a besarla, no se convertiría de nuevo en una princesa, porque para empezar nunca había sido una princesa.

—Estas malditas monedas. ¿Esta cuál es, Jorgen? —Antes de que Jorgen contestara, ella susurró—: ¿Has visto a Kitty Finch haciéndome ese gesto?

Él se encogió de hombros.

—Claro. Kitty Ket tiene algo que decirle. Pero ahora tiene nuevos amigos con los que se siente feliz. Tengo que reservar el paseo a caballo para Nina. La Ket la va a llevar.

La mujer dejó que él la cogiera del brazo y la condujera (un tanto rápido) al interior de uno de los bares de la playa. Él era la única persona con quien hablaba y a quien contaba algún detalle sobre su vida en Londres y cómo había escapado de su matrimonio. Apreciaba su indolencia, que le llevaba a no hacer juicios de valor. A pesar de la diferencia de edad, disfrutaba con su compañía. Sin nada más que hacer en la vida que vivir de los demás y de su propio ingenio, siempre hacía que ella se sintiera digna y no un caso patético, seguramente porque no la escuchaba.

En esta ocasión, era ella quien apenas lo escuchaba. La llegada de Kitty Finch era una mala noticia. En eso estaba pensando cuando un fueraborda pasó dibujando marcas de espuma blanca en el mar azul pastel. Tras encontrar una mesa a la sombra y ayudarla a sentarse en una silla demasiado pequeña para un sapo, no pareció percatarse de que ella tendría que retorcer su cuerpo adoptando posturas que le hacían daño. Era muy desconsiderado por parte de él, pero se encontraba demasiado desconcertada por la visión de Kitty Finch como para que le importara.

Intentó serenarse insistiendo en que Jorgen se quitara las gafas de sol.

—Es como estar mirando dos agujeros negros, Jorgen.

En cuatro días sería su cumpleaños y ahora mismo tenía sed con el calor que hacía, casi enloquecía de la sed que tenía. Llevaba semanas anhelando ese almuerzo con él. Por

la mañana había telefonado a su restaurante favorito para averiguar qué había en el menú, dónde se encontraba su mesa y para solicitar al *maître* que le facilitara una plaza para aparcar justo delante de la puerta a cambio de una generosa propina. Gritó a un camarero para que le trajera un whisky y una Pepsi a Jorgen, quien no probaba el alcohol por razones espirituales. Era una tarea ardua para una señora mayor lograr captar la atención de un camarero que estaba ocupadísimo atendiendo a mujeres en *topless* y en tanga que tomaban el sol. Había leído acerca de los *siddhas* del yoga, que dominaron la invisibilidad humana mediante una combinación de concentración y meditación. De alguna manera ella había conseguido hacer imperceptible su propio cuerpo a ojos del camarero sin ningún tipo de entrenamiento. Levantó ambos brazos y los agitó hacia él como si estuviese haciendo señales a un avión en una isla desierta. Jorgen señaló al acordeonista de Marsella que se encontraba encaramado en una caja de madera junto a la parpadeante máquina de *pinball*. El músico estaba sudando con su traje negro tres tallas demasiado grande para él.

—Toca en una boda esta tarde. Me lo ha dicho el apicultor de Valbonne. Si yo me casara, también le pediría que tocara en mi boda.

A Madeleine Sheridan, que daba sorbitos a su whisky ganado a pulso, le sorprendió lo aguda que sonaba de pronto su voz.

—El matrimonio no es una buena idea, Jorgen.

En absoluto. Se puso a contarle (otra vez) cómo las dos grandes despedidas de su vida fueron cuando dejó a sus padres para ir a estudiar Medicina y cuando dejó a su marido para irse a vivir a Francia. Había llegado a la conclusión de que no se sentía colmada de amor por Peter Sheridan y cambió una vida respetable de infelicidad por la infelicidad nada respetable de ser una mujer que había cortado todo vínculo con el amor. Ahora daba la impresión, mientras miraba fijamente a su compañero, cuya voz temblaba sobremanera, de que él pretendía atar el nudo en su dañado corazón (demasiados cigarrillos), cerrar el círculo de su vida solo, lo cual sinceramente era una ofensa.

A ella le recordaba aquella vez que pasearon por la playa en Villefranche y vieron una boda que se celebraba en el puerto. Las damas de honor vestían de tafetán amarillo y la novia un traje de raso crema y amarillo. Ella se había mofado alto y claro, pero ¿qué había dicho el *hippy* de Jorgen?

«Deles una oportunidad».

Se trataba del mismo hombre que, tan solo unos pocos meses antes, le había dicho a su novia que nada le había demostrado que el matrimonio fuera una buena idea. Ella no lo creyó y le llevó a una parrilla argentina para proponerle matrimonio. Un montón de brasas. Pedazos de carne de la pampa arrojados al fuego. Su novia dio buena cuenta de la carne roja hasta que se percató de que Jorgen no comía y recordó que era un vegetariano militante. Tal vez soltara una carcajada demasiado sonora cuando él se lo dijo.

—Creo que Kitty Finch quiere hacerme daño.

—*Ach, nein*. —Jorgen frunció el ceño como si le doliera algo—. La Ket solo se hace daño a sí misma. Claude me preguntó por qué la señora Jacobs insistió en que se quedara.

Pero no tengo la más remota idea.

La mujer miró a su amigo con sus ojos miopes y vidriosos.

—Yo creo que quiere que la hermosa y loca muchacha seduzca a su marido para poder dejarlo al fin.

A Jurgén le entraron unas repentinas ganas de invitar al acordeonista a una copa. Llamó al camarero y le dijo que sirviera una cerveza al hombre del traje demasiado grande. Madeleine observó al camarero, que susurraba al oído del músico, e intentó olvidar cómo se había topado con Kitty Finch en el túnel cerca del mercado de las flores en Cours Saleya cuatro meses atrás. Su encuentro con ella era una más de la larga lista de cosas que deseaba olvidar.

Había visto a la chica inglesa de cabello color fuego en una mañana fresca de primavera cuando se dirigía a comprar dos pastillas de jabón de Marsella, una de aceite de palma y la otra de aceite de oliva, ambas mezcladas con plantas marinas del Mediterráneo, elaboradas por el maestro jabonero local. Kitty estaba desnuda, hablando sola encima de una caja de ciruelas podridas que los agricultores habían tirado al final del día. Los vagabundos que dormían en el túnel se reían de ella, haciendo lascivos comentarios sobre su cuerpo desnudo. Cuando Madeleine Sheridan le preguntó qué había pasado con su ropa, ella respondió que estaba en la playa. Madeleine se ofreció a ir en coche hasta allí a recoger su ropa. Kitty podía quedarse exactamente donde estaba y esperarla. Después, la llevaría en su coche de vuelta a la casa de vacaciones donde se hospedaba para estudiar las plantas de las montañas. Se quedaba en ella a menudo cuando Rita Dwight no la alquilaba a directores de fondos de alto riesgo jubilados, porque la madre de Kitty solía limpiar para ella. La señora Finch era la mano derecha de Rita Dwight, su secretaria y cocinera, pero sobre todo su asistente, porque siempre llevaba en la mano derecha un trapo.

Kitty Finch insistió en que se marchara; en caso contrario llamaría a la policía. Madeleine Sheridan podía haberla dejado allí, pero no lo hizo. Kitty era demasiado joven para hablar sola en medio de aquellos hombres, que clavaban sus ojos vacíos en sus pechos. Para su sorpresa, la chica loca de repente cambió de idea. Por lo visto, había dejado sus vaqueros, una camiseta y un par de zapatos, sus zapatos rojos de lunares favoritos, en la playa frente al hotel Negresco. Kitty se inclinó hacia ella y le susurró al oído: «Gracias. Esperaré aquí hasta que me los traiga». Madeleine Sheridan dobló la esquina y, cuando pensó que Kitty ya no la podía ver, llamó a una ambulancia.

En su opinión, Katherine Finch padecía ansiedad psíquica, pérdida de peso, alteraciones del sueño, agitación, pensamientos suicidas, pesimismo acerca del futuro y problemas de concentración.

El músico levantó su vaso de cerveza en un gesto de agradecimiento hacia el hombre de estrechas y sinuosas caderas que estaba sentado al lado de la anciana.

Kitty Finch logró sobrevivir al verano. Su madre se la llevó a casa a Gran Bretaña y pasó dos meses en un hospital en Kent. Al parecer las enfermeras eran de Lituania, Odessa y Kiev. Con sus uniformes blancos, parecían copos de nieve sobre el césped recién cortado del hospital. Eso fue lo que Kitty Finch le dijo a su madre y lo que la señora Finch contó a Madeleine, que se había quedado anonadada al saber que todas las enfermeras fumaban un cigarrillo tras otro durante sus descansos.

Jurgen le dio un codazo. El acordeonista de Marsella estaba tocando una melodía para ella, pero se sentía demasiado alterada para poder escuchar. Kitty había sobrevivido y ahora había vuelto para castigarla. Tal vez incluso para matarla. ¿Por qué si no estaba allí? No creía que Kitty tuviera suficiente buen juicio como para llevar a Nina a la playa en coche y conducir por peligrosas carreteras de montaña. Haría bien en decírselo a Isabel Jacobs; no obstante, por alguna razón no se decidía a mantener esa conversación. Si de camino a comprar jabón había acabado llamando a una ambulancia, *Transport Sanitaire* en francés, no le parecía que tuviera las manos del todo limpias. De todos modos, el hecho de que se mostrara desnuda en un lugar público, saltando de adelante hacia atrás mientras cantaba algo incoherente, había hecho que tuviese miedo de esa jovencita desgraciada. Era imposible creer que alguien no quisiera ser salvado de su propia incoherencia.

Cuando el acordeonista asintió con la cabeza a Jurgen, el encargado de mantenimiento supo que estaba de suerte. Podría comprar hachís, y Claude y él podrían fumar y salir de la Riviera mientras todos los turistas querían entrar. Se puso de nuevo las gafas de sol violetas y anunció a Madeleine Sheridan que hoy se sentía muy muy muy feliz, pero que también andaba un poco estreñido. Pensaba que tenía el colon atascado y que aquello se debía al hecho de que no había cumplido su sueño. ¿Que cuál era su sueño? Bebió un sorbo de Pepsi y se fijó en que la doctora inglesa se había arreglado para el almuerzo. Se había pintado los labios y lavado y moldeado el cabello, o lo que quedaba de él. No podía confesarle que su sueño era que le tocara la lotería y casarse con Kitty Ket.

Martes

Leer y escribir

Joe Jacobs descansaba bocarriba en el dormitorio principal, tal y como aparecía descrito en la ficha técnica de la casa, anhelando un curry. El lugar donde más le apetecía estar en ese momento era el taller de su sastre hindú, en Bethnal Green. Rodeado de sedas. Bebiendo té dulce. Lo que echaba de menos en los Alpes Marítimos era el *dhal*. El arroz. El yogur. Y los autobuses. Añoraba el piso de arriba de los autobuses. Y los periódicos. Y las previsiones del tiempo. A veces se sentaba en su despacho en el oeste de Londres con la radio encendida y escuchaba con mucha atención el tiempo que iba a hacer en Escocia, Irlanda y Gales. Si el sol brillaba en el oeste de Londres, le consolaba saber que nevaba en Escocia y llovía en Gales. Ahora tendría que sentarse y no tumbarse. Peor aún, iba a tener que levantarse y buscar por todo el dormitorio principal el poema de Kitty Finch. A lo lejos oía a Mitchell disparando a los conejos en el huerto de árboles frutales. Se arrodilló en el suelo y cogió el sobre que había mandado bajo la cama de una patada. Sujetó el maltrecho sobre en las manos y se puso a examinar detenidamente el título escrito con la impecable caligrafía de una botanista acostumbrada a trazar precisos bocetos de plantas y a ponerles nombre.

Nadando a casa de Kitty Finch

Cuando al fin logró extraer la hoja del interior, le sorprendió notar un leve temblor en la mano similar al que habría experimentado su padre de haber vivido lo suficiente como para reparar hervidores en su vejez. Se acercó la hoja a los ojos y se obligó a leer las palabras que flotaban en la página. Después, alejó el folio de sus ojos y lo leyó de nuevo. No había ángulo que facilitara su comprensión. Las palabras aparecían por todas partes, nadando por todos los bordes del papel rectangular; a veces desaparecían por completo y luego reaparecían en el centro de la página con renglones, con su triste e ineluctable mensaje. ¿Qué esperaba ella que dijera tras leerlo? Estaba perplejo. Una furgoneta que vendía pescado aparcó delante de la casa. La voz que tronaba por el altavoz bramaba los nombres de los peces. Algunos eran *grands*; otros, *petits*. Algunos costaban seis francos

y otros, trece. Ninguno había llegado a casa nadando. Todos habían sido atrapados por el camino. El celo con el que había sellado la solapa del sobre le recordaba una tirita sobre un araño. Respiró hondo y soltó el aire lentamente. Tendría que improvisar algo al mediodía para ella. Comprobó el interior del bolsillo de su americana para asegurarse de que llevaba la cartera y lanzó de una patada el sobre bajo la cama, mientras se decía una vez más lo mucho que odiaba los martes. Y los miércoles, jueves, viernes, etc.

Et cetera.

Una expresión latina que significaba «y más cosas» o «y así sucesivamente» o «el resto de tales cosas». El poema, *Nadando a casa*, estaba compuesto sobre todo de etcéteras; había contado siete tan solo en media página. ¿Qué clase de lenguaje era ese?

Mi madre dice que soy la única joya de su corona
pero yo la he agotado con todos mis etc.,
de modo que ahora camina con bastones

Aceptar aquel lenguaje suponía aceptar que ella le tenía a él, su lector, en gran estima. Se le estaba pidiendo que sacara algo de aquello y lo que él sacó era que cada «etc.» escondía algo que no podía decirse.

Kitty lo esperaba en la terraza del café de Claude. Con gran disgusto, observó que Jurgén estaba sentado a la mesa frente a ella. Parecía jugar con un trozo de cuerda, que entrelazaba entre sus dedos hasta formar una telaraña. Ya le empezaba a quedar claro que Jurgén se comportaba como una especie de perro guardián de Kitty Finch: no es que enseñara los dientes a todos los intrusos, pero no dejaba de mostrarse protector y posesivo. Parecía habersele olvidado que la intrusa era ella. Aun así, era evidente que Jurgén se encontraba allí para asegurarse de que cualquiera que se acercara a ella fuera una visita amistosa y no un entrometido. No parecía obtener mucho afecto de ella. Era como si Kitty supiera que nunca debía darle una palmadita ni hacerle un gesto de cariño, para que solo estuviera vigilante y pendiente de ella.

—Hola, Joe. —Kitty sonrió. Tenía la frente como si la hubiese presionado contra una plancha caliente. Era pelirroja y el sol había hecho estragos en su pálida piel.

Él saludó con la cabeza, haciendo tintinear las monedas en la chaqueta al sentarse.

—Deberías ponerte protección solar, Kitty —dijo con tono paternalista.

Claude, que sabía que se parecía cada día más a Mick Jagger y cultivaba esa afortunada casualidad genética, caminó pavoneándose hasta su mesa con una botella grande de agua mineral y dos vasos. Joe tomó aquello como una oportunidad para ganar algo de tiempo y evitar hablar del poema, que había mandado de una patada bajo la cama junto a las cucarachas, etc.

Se volvió hacia Kitty.

—¿Has pedido tú esto?

Negó con la cabeza y dirigió una mirada taciturna a Claude. Joe se escuchó a sí mismo

bramando al malhumorado camarero.

—¿Qué tiene de malo el agua del grifo?

Claude lo miró fijamente con evidente aversión.

—El agua del grifo está llena de hormonas.

—No, no es verdad. El agua embotellada no es más que un truco para sacar más dinero a los turistas.

Joe oyó la risa de Claude. El otro único sonido era el de los pájaros. Y el zumbido nervioso de Kitty Finch, que era un pájaro o al menos algo etéreo. No era capaz de mirarla. En lugar de ello, clavó los ojos en Claude.

—Dígame, señor. ¿Su país es incapaz de procesar el agua de modo que sea seguro beberla?

Con el ademán ostentoso de un proxeneta de poca monta que alardea de sus nuevos gemelos de diamante, Claude desenroscó el tapón de la helada botella de agua y se encaminó hacia sus perros, que dormían bajo el castaño. Guiñó un ojo a Jurgén mientras vertía el agua en los desconchados cuencos de cerámica que había junto a sus patas. Los perros bebieron agua con indolencia y después lo dejaron. Claude les acarició la cabeza y regresó al café pavoneándose. Cuando salió de nuevo, llevaba un vaso de agua del grifo turbia y tibia, que entregó al poeta inglés.

Joe levantó el vaso hacia el sol.

—Supongo —gritó al encargado de mantenimiento, que seguía desenmarañando la cuerda— que este vaso de agua viene de una ciénaga putrefacta. —Apuró el agua de un trago y señaló el vaso vacío—. Esto es agua. Puede encontrarse en los océanos y en los casquetes polares... Puede hallarse en las nubes y los ríos..., será...

Claude chasqueó los dedos en las narices del poeta.

—Gracias, Monsieur, por la clase de geografía. Pero lo que nosotros queremos saber es si ha leído el poema de nuestra amiga aquí presente. —Señaló a Kitty—. Porque ella nos asegura que es usted un poeta muy prestigioso y dice que se ha ofrecido amablemente a darle su opinión al respecto.

A Joe no le quedó más remedio al final que mirar a Kitty Finch. Sus ojos grises, que a veces eran verdes, parecían refulgir con más brillo en su cara quemada por el sol. No se la veía ni remotamente incómoda por la intervención de Claude a su favor. De hecho, parecía divertida, incluso agradecida. Joe pensó que ese era el peor día de sus vacaciones hasta la fecha. Era demasiado viejo y estaba demasiado ocupado como para tener que soportar un pueblo lleno de idiotas, que se mostraban más fascinados por él que él por ellos.

—Esta es una conversación privada entre dos escritores —repuso tranquilamente a nadie en particular.

Kitty se sonrojó y se miró los pies.

—¿Crees que soy una escritora?

Joe sonrió.

—Sí. Creo que probablemente lo seas.

Miró nervioso a Jurgén, que se había perdido en la maraña de la cuerda. Los perros

bebían ahora la cara agua mineral de sus cuencos. Claude entró bailando en el café, donde había colgado un cartel de Charlie Chaplin de pie y con la cara blanca bajo un círculo de luz y con el bastón entre las piernas. Debajo se leían las palabras *Les temps modernes*. Al lado había una nueva figura de goma de E.T., cuyo diminuto cuello alienígena estaba engalanado con una cuerda de imitación de marfil de plástico. Se puso a freír las patatas de la víspera en grasa de pato, mientras cotilleaba por la ventana para ver qué hacían el poeta y Kitty Finch.

Kitty se inclinó hacia delante y tocó el hombro de Joe con la mano. Era un gesto extraño. Como si quisiera comprobar que él seguía ahí.

—Tengo todos tus libros en mi habitación.

Su voz sonaba un tanto amenazadora. Como si por el hecho de poseer sus libros él le debiera algo. Los rizos cobrizos de su larga y despeinada melena, que le caían por los hombros, semejaban un maravilloso sueño que él podría haberse inventado para levantar el ánimo. ¿Cómo había conseguido acaparar tanta belleza? Olía a rosas. Era dulce, esbelta y ágil. Interesante y adorable. Le gustaban las plantas. Se le daban bien las plantas. Y hasta tenía las uñas verdes. Le admiraba a él, quería su atención y le intrigaba, pero no habría hecho falta que él se molestara en leer su poema, porque ya lo entendía.

Claude depositó una fuente de ensalada y otra de patatas fritas en la mesa con un nuevo gesto de humildad y buen equilibrio. Joe pinchó una patata y la mojó en la mostaza.

—He estado pensando en el título, *Nadando a casa*.

Hablaba con tono informal, más desenfadado de lo que se sentía en realidad. No le contó de qué manera había estado pensando en el título. La piscina rectangular, que había sido cavada en la piedra en los terrenos de la casa, le recordaba un ataúd. Un ataúd abierto que flotaba iluminado por las luces bajo el agua, esas que Jurgen maldecía cuando tenía que manipular las bombillas incandescentes y que ya había cambiado dos veces desde que habían llegado a la casa. Una piscina no era más que un agujero en la tierra. Una tumba repleta de agua.

Dos parapentistas planeaban en unas sedas amarillas entre las montañas. Las estrechas calles adoquinadas del pueblo se encontraban desiertas. Los parapentistas aterrizaron cerca del río en lugar de en su base habitual, a cinco kilómetros de allí.

Kitty se llenó la boca con hojas de lechuga. Un gato escuchimizado ronroneó junto a sus tobillos mientras ella dejaba caer una patata frita debajo de la mesa. Se inclinó hacia adelante.

—Me pasó algo este año. He olvidado cosas.

Frunció el ceño y él observó que la quemadura de su frente comenzaba a llagarse.

—¿Qué clase de cosas?

—No puedo re re re re re.

No era una poeta. Era un poema. Estaba a punto de quebrarse. Él pensó que su poesía había hecho que ella le am am am amara. Era algo insufrible. No podía soportarlo. Ella seguía intentando recordar cómo decir «recordar».

Si no era capaz de hablar de su poema, ¿para qué servía? Bien podría mudarse al campo y dirigir la rifa en la fiesta de la parroquia. Bien podría también ponerse a escribir historias ambientadas en la decadencia del imperio y protagonizadas por un polvoriento y negro Humber V8 Snipe conducido por un chófer fiel y entrado en años.

Era una lectora astuta, estaba desazonada y tenía pensamientos suicidas, pero claro, ¿cómo quería él que fuesen sus lectores? ¿Se exigía de ellos que se comieran toda la verdura, cobraran un sueldo mensual fijo, tuvieran un fondo de pensiones, un abono anual en un gimnasio y una tarjeta de fidelidad de su supermercado favorito?

Su mirada, la adrenalina que desprendía, era como una mancha; los etcéteras de su poema, una fuerte luz, un sonido agudo. Y por si todo ello no fuera lo bastante aterrador, aún lo era más su manera de prestar atención a los detalles cotidianos: al polen, a los árboles en apuros, a los instintos animales, a la dificultad de fingir estar inexorablemente en su sano juicio, a su modo de andar (había ocultado su reumatismo a la familia), a los matices de humor y estados de ánimo de todos ellos. La víspera había observado cómo liberaba unas abejas atrapadas en una farola de cristal, como si fuera ella la que se hubiera quedado cautiva. Era todo lo receptiva que se puede ser, una exploradora, una aventurera, una pesadilla. Cada minuto a su lado era una especie de emergencia: sus palabras demasiado directas, demasiado crudas, demasiado cargadas de verdad.

No quedaba más remedio que mentir.

—Lo siento, Kitty, pero todavía no he leído tu poema. Además, tengo una fecha límite con mi editor. Y además debo dar una conferencia en Cracovia dentro de tres semanas. Y encima le he prometido a Nina que la llevaría a pescar esta tarde.

—Vale. —Se mordió el labio y apartó la mirada—. Vale —repitió, pero se le quebró la voz. Jurgen parecía haber desaparecido y Kitty se mordisqueaba los dedos.

—¿Por qué no se lo das a leer a Jurgen?

En cuanto lo dijo, deseó no haberlo hecho. La chica literalmente cambió de color ante sus ojos. No era tanto un rubor como una combustión. Un cable eléctrico fundiéndose. Le clavó una mirada tan intensa y acerada que se preguntó qué había hecho de malo.

—Mi poema es una conversación contigo y con nadie más.

No debería estar pasando, no debería buscar el amor en ella, pero así era. Iría hasta el fin del mundo con tal de encontrar el amor. Intentaba no hacerlo, pero cuanto más intentaba no buscar, más había para encontrar. Podía verla en una playa británica con un termo de té en el bolso, esquivando las frías olas, dibujando su nombre en la arena y mirando la central nuclear a lo lejos. Eso se parecía más al paisaje de ella, un poema catastrófico en sí mismo. La había tocado con sus palabras, pero sabía que no debía tocarla de ninguna otra forma. De un modo más literal, con los labios, por ejemplo. Eso sería aprovecharse de ella. Tenía que luchar contra la tentación de principio a fin. ¿Hasta dónde? No lo sabía, pero lucharía contra ella hasta el final. Si fuera religioso, se pondría

de rodillas y rezaría. Padre, llévate todo esto. Lejos. Haz que todo esto desaparezca. Sabía que se trataba más bien de una plegaria, o un deseo o un cántico a su propio padre, el barbudo y sombrío patriarca, la sombra que él había perseguido toda su vida, etc. Su padre se despidió, etc. Su madre se despidió, etc. Él se escondió en un bosque oscuro en el oeste de Polonia, etc.

Kitty se levantó y hurgó en el monedero con torpeza. Él le dijo que no se preocupara. Por favor. Quería invitarla a comer. Ella insistió en pagar su parte. Él advirtió que el monedero estaba plano, vacío, que no contenía nada, pero ella seguía buscando monedas a pesar de todo. Insistió. A él no le suponía nada. Por favor, ¿podía dejar que él se hiciera cargo de la cuenta? Ella además gritaba mientras sus dedos buscaban frenéticamente en el interior del monedero; le gritaba que se callara, que se callara, que se callara, que quién se había creído que era ella y por quién la había tomado. Furiosa, con el rostro encendido, al fin encontró lo que buscaba, un manoseado billete de veinte francos doblado por la mitad como si lo hubiese guardado por algún motivo. Lo desdobló con cuidado, le temblaban las manos cuando lo deslizó debajo de un plato pequeño, y luego salió corriendo por las calles adoquinadas. La oyó toser. Y después oyó la voz de Jurgén, que hablaba con ella, y se dio cuenta de que el encargado de mantenimiento debía de haberla estado esperando. Ella le preguntaba en francés por qué la piscina estaba tan turbia y él le preguntaba por qué estaba llorando. Escuchó cómo Jurgén le decía: «Olvidalo, olvidalo, hace sol, Kitty Ket».

Joe buscó su pañuelo de seda y hundió el rostro en él. Con seda se solían fabricar antiguamente chalecos antibalas. Era una segunda piel que él necesitaba. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Qué se suponía que debía hacer con su poema? Él no era su médico. Ella no quería que él la iluminara. ¿Debería decirle a Isabel que la muchacha a la que había invitado a quedarse había amenazado con hacer algo?

Pronto estaría en Polonia. Interviniendo en un antiguo palacio de Cracovia. Su traductora y guía le explicaría en detalle las rutas del tranvía y los menús. Lo llevaría a descansar a los montes Tatras y le enseñaría las dachas de madera construidas en el bosque. Mujeres con pañuelos en la cabeza que cuidan de sus ocas lo invitarían a pasar y a probar sus mermeladas y quesos. Cuando al fin abandonara el aeropuerto de Varsovia y los agentes de aduanas le preguntaran si se llevaba caviar fuera del país, contestaría: «No, me estoy llevando del país mi negro y mugriento pasado y nos pertenece a ambos. Suena tal que así. Mi padre se despidió, etc. Mi madre se despidió, etc. Me escondieron en un bosque oscuro en el oeste de Polonia, etc.».

Alguien le dio una palmada en el hombro. Para su sorpresa, Claude había dejado un vaso de cerveza fría en la mesa. ¿Qué había provocado semejante gesto fraternal por parte del Mick Jagger de Wurzelshire? Joe la apuró de un solo, largo y ávido trago. Cogió el billete que Kitty había dejado debajo del plato y lo guardó en el bolsillo de su camisa

antes de que Claude se lo llevara para pagar a su estilista capilar. Ya encontraría la manera de devolvérselo. La chica se marchaba dentro de dos días, gracias a Dios. Todo habría acabado. Con gran consternación, justo cuando comenzaba a sentirse exultante por estar solo, vio a su hija, que bajaba la colina en dirección al café.

Nina llevaba un salabre y un cubo. Oh, no. Maldita sea. Comenzó a quejarse entre dientes. Mírala. Mi hija lleva rímel en las pestañas para ir a pescar. Y pendientes. Enormes aros que se engancharán en las ramas de los árboles. Ahora iba a tener que ir andando con ella todo el camino hasta el río en el calor de la tarde tal y como se lo había prometido. Dos kilómetros.

Nadie parecía entender que tenía ya cincuenta y siete años. Iba a tener que deslizarse por la pendiente de la ribera procurando no resbalar en las piedras. La saludó con la mano sin entusiasmo y su hija agitó el salabre hacia él. Cuando al fin se dejó caer en la silla frente a él, Joe le cogió la mano y la apretó.

—Enhorabuena. Tu madre me ha contado que te ha venido la regla por fin.

—Cierra la puta boca.

Nina puso los ojos en blanco y clavó la mirada en el cubo con extasiada fascinación.

—Vale, de acuerdo. ¿Por qué no anulamos lo de la pesca y nos quedamos aquí bebiendo cerveza juntos?

—Ni hablar.

Joe carraspeó.

—Eh... ¿Tienes todo lo que necesitas... Ya sabes, para una chica que acaba de...?

—Cállate.

—Vale, está bien.

—¿Dónde está Kitty?

—Pues..., eh... No sé adónde ha ido.

Nina miró fijamente el pelo de su padre. Por una vez se lo había peinado. Tuvo que admitir que era bastante atractivo aunque resultara repugnante. Había hecho un esfuerzo para cuidar su apariencia por Kitty, dijera lo que dijera.

—¿Te ha gustado su poema?

¿Qué se suponía que debía decir? De nuevo hizo lo que se le daba mejor, o sea, mentir.

—Todavía no lo he leído.

Nina le dio un puñetazo en el brazo tan fuerte como pudo.

—Estaba tan nerviosa porque ibas a leerlo que casi estrella el coche. Conmigo dentro. Por poco nos saca de la carretera montaña abajo. Tuvo que armarse de todo el valor del que era capaz para venir a verte. Estaba TEMBLANDO.

—Dios santo. —Joe resopló.

—¿Por qué «Dios santo»? Pensaba que no creías en Dios —gruñó su hija, y le dio la espalda.

Él dio un golpe en la mesa y esta saltó.

—No vuelvas a montar en coche con Kitty Finch nunca más. ¿Me has entendido?

Nina pensó que más o menos lo entendía, pero no sabía muy bien qué era lo que había

que comprender. ¿Es que Kitty era una mala conductora o qué? Su padre parecía furioso.

—No soporto a la GENTE DEPRESIVA. Es como un trabajo para ellos. Es lo único a lo que se dedican en cuerpo y alma. Ay, qué bien, mi depresión está fenomenal hoy. Ay, qué bien, hoy tengo un nuevo síntoma misterioso y mañana tendré otro. Los depresivos están llenos de odio y mala bilis, y cuando no sufren ataques de pánico, escriben poemas. ¿Qué quieren que HAGAN sus poemas? Su depresión es la cosa más VITAL que hay en ellos. Sus poemas son amenazas. SIEMPRE amenazas. No hay sensación más feroz ni más activa que su dolor. No dan nada a cambio, solo su depresión. No es más que otro servicio público. Como la luz, el agua, el gas y la democracia. No podrían sobrevivir sin ella. DIOS, QUÉ SED TENGO. ¿DÓNDE ESTÁ CLAUDE?

Claude asomó la cabeza por la puerta. Intentaba contener la risa, pero miró a Joe con un poco más de respeto que habitualmente. De hecho, se estaba planteando la posibilidad de pedirle en confianza que pagara la cuenta que Mitchell iba dejando en el café.

—Por favor, Claude, ponme un poco de agua. Cualquier tipo de agua. Una botella me vale. No. Me tomaré otra cerveza. Una grande. ¿No servís pintas en este país?

Claude asintió y desapareció dentro del café, donde había puesto la televisión para ver el fútbol. Nina cogió el salobre y lo agitó en la cara de su padre.

—Lo único con sentido de esta tarde es que vamos a pescar, así que levántate y ponte en marcha, porque eres un coñazo.

«Coñazo» era su nueva palabra y la pronunció con deleite.

—Sé que no te parezco un coñazo —refunfuñó su padre con tono lastimero y voz ronca.

Nina no se atrevió a repetirlo, porque cada vez que la llevaba a pescar con el salobre y el cubo ella siempre se emocionaba ante los horrores que él de algún modo conseguía sacar del agua.

Claude trajo la cerveza, «una grande», en un vaso de una pinta, y explicó a Nina que ya no apuntaría ninguna comanda más a su padre porque estaba viendo la semifinal entre Suecia y Brasil.

—Me parece bien.

Joe soltó unas monedas sobre la mesa y cuando Claude le susurró algo al oído, metió con brusquedad un puñado de billetes en su mano y le dijo que pagaría lo que Mitchell se tomara en el café pero que no debía enterarse, que ese gordinflón no debía saber que sus infinitos bollos y pasteles correrían a cargo de los derechos de autor del poeta gilipollas y rico.

Claude hizo un gesto de complicidad. Su plan estaba a salvo con él. Dirigió una mirada a Nina y después partió una rama de la buganvilla morada que trepaba por la pared. Hizo una pulsera con las flores y se la ofreció con una leve reverencia.

—Para la hermosa hija del poeta.

Nina extendió el brazo con descaro para que él pudiera envolver los pétalos violetas como si fueran esposas. El pulso se le disparó locamente cuando las yemas de los dedos de él le rozaron la muñeca.

—Dame el salobre, Nina. —Su padre alargó el brazo—. Lo usaré para sacarme los ojos.

La verdad es que me gustaría ver el mundial con Claude. Tienes que aprender a mostrarte un poco más cariñosa con tu padre.

La chica se mordió el labio en lo que esperaba fuese un gesto seductor y se atrevió a lanzar una mirada a Claude, quien se encogió de hombros con impotencia. Ambos sabían que él preferiría quedarse mirándola a ella.

Cuando pasaron caminando delante de la iglesia para llegar a la carretera que Joe sabía que daba a la verja que daba al campo de toros que bufaban que daba al sendero que daba al puente que daba al río, notó cómo la mano de su hija se deslizaba en el bolsillo de su propio pantalón.

—Ya casi estamos —afirmó ella para animarle.

—Cállate —respondió el padre.

—Creo que estás depre, ¿verdad, papá?

Joe se tropezó con un adoquín desnivelado.

—Como bien has dicho, ya casi estamos.

La fotografía

El grupo de turistas japoneses estaba contento. Llevaba sonriendo lo que parecía un tiempo anormalmente largo. Sentada a la sombra de un olivo plateado mientras esperaba a Laura, Isabel calculó que llevarían sonriendo unos veinte minutos. Se estaban sacando fotos unos a otros ante el desvaído castillo rosa del museo Matisse y sus sonrisas comenzaban a parecer dolorosas y atribuladas.

El parque estaba lleno de familias que merendaban bajo los olivos. Cuatro ancianos, que jugaban a la petanca a la sombra, hicieron una pausa para comentar la ola de calor que estaba asolando los viñedos en Francia. Laura la saludó con la mano sin percatarse de que se había metido de lleno en una fotografía. Los siete turistas japoneses que posaban cogidos del brazo seguían sonriendo, con Laura delante de ellos y con el brazo levantado, cuando el *flash* de la cámara centelleó.

Isabel siempre había sido la primera de su clase a la hora de levantar la mano en la escuela de Cardiff. Se sabía las respuestas mucho antes de que las demás chicas la alcanzaran, chicas que, como ella, vestían chaquetas verdes con el emblema de la escuela: «Que el conocimiento sirva al mundo». Pensó que cambiaría el lema del colegio por algo que advirtiera a las chicas de que el conocimiento no les serviría a ellas necesariamente, ni tampoco las haría felices. Cabía la posibilidad de que, en cambio, arrojará luz sobre visiones que no deseaban tener. El nuevo lema tendría que tomar en cuenta la idea de que a veces resultaba difícil convivir con el conocimiento, y una vez que las inteligentes chicas de Cardiff le cogieran el gusto jamás podrían volver a meter al genio dentro de la botella.

Los hombres habían reanudado su partida de petanca. Las voces de una radio cercana discutían sobre la huelga de los controladores aéreos. Termos de café abriéndose bajo los árboles. Niños cayéndose de sus bicicletas. Familias desenvolviendo bocadillos y fruta. Isabel podía divisar la línea de hoteles blancos y azules de estilo Belle Époque que se alzaban en la colina, y sabía que no muy lejos de allí se encontraba el cementerio donde estaba enterrado Matisse. Laura sujetaba una botella de vino tinto en la mano izquierda. Isabel la llamó, pero Laura ya la había visto. Caminaba rápido, con determinación y soltura. Laura tendría algo que decir sobre su invitación para que se quedara Kitty Finch en la casa, pero Isabel insistiría en pagar ella sola el alquiler de todo el verano. Laura y Mitchell deberían reservar habitación en un hotel rural cerca de Cannes que había visto

en una guía. Una mansión provenzal de color ocre, que servía unos vinos excelentes y preparaba lubina a la sal. Ese sería el lugar perfecto para Mitchell, quien estaba deseando disfrutar de un verano gastronómico épico y, sin embargo, se había encontrado a regañadientes compartiendo sus vacaciones con una extraña que parecía matarse de hambre. Laura y Mitchell se crecían en el orden y la estructura. Mitchell hacía planes a cinco años vista para su negocio de Euston, mapas conceptuales que mostraban las tareas pendientes, la lógica de las decisiones y los objetivos deseados. Ella admiraba la fe con que ambos contemplaban el futuro: la creencia de que producía resultados que podían moldearse para que salieran de la forma adecuada.

Laura sonreía, pero no parecía feliz. Se sentó junto a Isabel y se quitó las sandalias. Después, arrancó briznas de hierba con los dedos y contó a su amiga que iba a cerrar la tienda de Euston. A Mitchell y ella ya no les salían las cuentas. A duras penas podían pagar la hipoteca. Habían viajado a Francia con cinco tarjetas de crédito entre los dos y muy poco dinero en efectivo. Ni siquiera se podían permitir poner gasolina al Mercedes que Mitchell había alquilado en un alarde de insensatez en el aeropuerto. De hecho, Mitchell acumulaba deudas que ella solo ahora comenzaba a atisbar. Debía grandes cantidades de dinero por todas partes. Durante meses había estado diciendo que ya saldría algo, pero no había surgido nada. La tienda iba a quebrar. Cuando regresaran a Londres, tendrían que vender su casa.

Isabel se acercó a Laura y la abrazó. Laura era tan alta que a veces costaba creer que no se hallara literalmente por encima de las cosas que preocupaban al resto de los mortales. Era evidente que no se sentía ella misma, porque sus hombros también aparecían hundidos. Su amiga nunca se había encorvado como a veces les ocurría a las personas de gran estatura para rebajarse a una escala humana, pero ahora parecía aplastada.

—Vamos a descorchar el vino.

Laura se había olvidado de traer un sacacorchos, de modo que utilizaron el extremo del peine de Isabel, hundiéndolo en la larga púa de plástico en el corcho, y se encontraron bebiendo a morro, pasándose la botella como dos adolescentes en sus primeras vacaciones sin familia. Isabel contó a Laura cómo se había pasado la mañana buscando tiendas para comprar compresas para Nina, pero que no tenía ni idea de cómo se llamaban en francés. Al fin un farmacéutico le explicó que se llamaban *serviettes hygiéniques*. Envolvió las compresas en una bolsa de papel marrón, después en una bolsa de plástico y luego en otra bolsa de plástico, como si en su cabeza ya estuvieran empapadas de sangre. Y después Isabel cambió de tema. Quería saber si Laura tenía una cuenta bancaria personal propia. Laura negó con la cabeza. Mitchell y ella siempre habían tenido una cuenta conjunta desde que montaron el negocio juntos. Entonces fue Laura quien cambió de tema y preguntó a Isabel si no le parecía que Kitty Finch estaba un poco... Buscó las palabras... ¿«tocada»? La palabra se le atragantó, deseó tener otro idioma al que traducir lo que quería decir, porque las únicas palabras almacenadas en su interior venían del patio del colegio de su generación, un léxico que sin orden particular

comenzaba con chalado, como una cabra, chiflado y seguía con majareta, pirado, perturbado y daba de nuevo un salto atrás en el alfabeto para terminar con grillado. Laura comenzó a decirle lo mucho que le inquietaba la llegada de Kitty. Justo cuando salía de la casa en coche para dirigirse al Museo Matisse, había visto cómo Kitty colocaba las colas de tres conejos, que Mitchell había matado en el huerto de árboles frutales, en un jarrón, como si fueran flores. La cuestión era que debió de cortar las colas de los conejos ella misma. Con un cuchillo. Debió de cortar los conejos con un cuchillo de trinchar. Isabel no respondió porque estaba extendiendo un cheque a Laura. Al echar un vistazo por encima de su hombro, Laura vio que era por un importe considerable y estaba firmado con el nombre de soltera de Isabel.

Isabel Rhys Jones. Cuando de estudiantes se habían conocido en el bar, Isabel siempre pronunciaba el nombre de su ciudad natal en galés: Caerdydd. Al principio ella tenía acento galés y, luego, con el tiempo, más o menos desapareció. En el segundo año de universidad, Isabel hablaba con un acento inglés que no era del todo inglés, pero que llegaría a serlo después, cuando ya empezó a salir en televisión haciendo sus reportajes desde África. Laura, que había estudiado las lenguas africanas, intentaba no sonar inglesa cuando hablaba suajili. Era un tema complejo y le habría gustado reflexionar sobre aquello un poco más, pero Isabel ya había puesto el capuchón al bolígrafo y carraspeaba. Estaba diciendo algo y sonaba muy galés. Laura se perdió la primera parte de lo que decía su amiga, pero sintonizó a tiempo para oír que la asistente norteafricana, que fregaba los suelos en la casa por una miseria, por lo visto se había puesto en huelga. La mujer llevaba un pañuelo en la cabeza y reparaba los enchufes europeos para Jorgen, que había descubierto con alegría que la electricidad se le daba mucho mejor a ella. Laura la había visto mirar detenidamente los cables y luego mirar por la ventana hacia la luz plateada que al parecer había curado la tuberculosis de Matisse. Tenía a esta mujer en la cabeza por alguna razón y justo cuando se preguntaba por qué la tenía tan preocupada, recordó lo que había dicho Isabel mientras extendía el cheque. Tenía que ver con que Laura abriera una cuenta separada de la que compartía con Mitchell. Se echó a reír y le recordó a Isabel que su nombre de soltera era Laura Cable.

La cosa

—No deberías embadurnarte con tanta crema solar, Mitchell.

Era evidente que Kitty Finch estaba molesta por algo. Se había quitado toda la ropa y aguardaba desnuda y de pie en el borde de la piscina, como si no hubiera nadie más allí.

—Cambia el equilibrio químico del agua.

Mitchell apoyó la mano en su abombado estómago con gesto protector y refunfuñó.

—El agua está realmente TURBIA. —La voz de Kitty sonaba furiosa. Corrió alrededor de la piscina observando el agua desde cada ángulo—. Jorgen hace fatal el tratamiento químico. —Con su pie descalzo dio un fuerte golpe en las baldosas ardientes—. Es la química lo que permite la perfecta puesta a punto. Ha añadido demasiadas pastillas de cloro en el filtro y ahora en la zona más profunda hay una excesiva concentración.

Una vez más, Mitchell reprimió las ganas de mandarla a la mierda. ¿Por qué no se preparaba un bocadillo de queso y se largaba al bosque? De hecho, estaba dispuesto a llevarla él mismo en coche si ella encontraba la manera de echar un poco de gasolina a su Mercedes.

—Te asustas con cualquier tontería, Mitchell.

Saltó hacia él. Dos largos brincos como si jugara a ser una gacela o un ciervo provocándole a salir a cazarla. Las costillas le sobresalían de la piel como los alambres de la trampa que Mitchell había comprado para las ratas.

—Es una suerte que Laura sea tan alta, ¿verdad? Puede echar un vistazo por encima de tu cabeza cuando sales a cazar animales sin tener que mirar jamás al suelo donde yacen malheridos.

Kitty se tiró al agua turbia tapándose la nariz. Mitchell se incorporó y enseguida se sintió mareado. El sol siempre le ponía enfermo. Para el año siguiente, propondría que alquilaran un chalet a orillas de un fiordo helado en Noruega, lo más lejos posible de la familia Jacobs. Cazaría focas y se azotaría con ramas de abedul en una sauna antes de precipitarse por la nieve y gritar mientras Laura practicaba la lengua yoruba anhelando África.

—¡EL AGUA ESTÁ JODIDA!

¿Qué pronto le había dado a la chica? Ajustando la sombrilla sobre su calva rosada, divisó a Joe, que se dirigía renqueando hacia la pequeña cancela que daba a la parte trasera del jardín. Nina le seguía entre los cipreses cargando un cubo rojo y un salobre.

—Hola, Joe.

Kitty salió de la piscina de un salto y comenzó a sacudir agua de los rizos cobrizos de su melena. Él la saludó con la cabeza, aliviado de que a pesar de su desagradable encuentro anterior, ella pareciera alegrarse sinceramente de verle. Le señaló el cubo que Nina llevaba con cierta dificultad hacia la piscina.

—Ven a ver lo que hemos encontrado en el río.

Todos se arracimaron en torno al cubo, que estaba medio lleno de un agua fangosa. Una criatura verde y babosa con una línea roja que le recorría el lomo se aferraba a un trozo de alga. Tenía el grosor del pulgar de Mitchell y parecía tener algún tipo de pulso, porque el agua se movía encima de ella. De vez en cuando se encogía formando un ovillo y volvía a estirarse.

—¿Qué es? —Mitchell no se podía creer que se hubieran tomado la molestia de cargar con esa asquerosa criatura por los campos todo el camino hasta llegar a la casa.

—Es una cosa —sonrió con suficiencia Joe.

Mitchell soltó un gruñido y se alejó.

—Qué asco.

—Papá siempre encuentra cosas repugnantes.

Nina miró por encima del hombro de Kitty, asegurándose de que sus ojos no se posaran en sus pechos, que colgaban ahora sobre el cubo mientras observaba el contenido. No quería mirar a Kitty Finch desnuda y a su padre demasiado cerca de ella. Nina podía contar uno a uno los huesos que se desgranaban como abalorios por su columna vertebral. Kitty era de poco comer. Su habitación estaba llena de comida putrefacta que escondía debajo de los cojines. En cuanto a Nina, prefería mirar fijamente los pegotes de chicle en las aceras de Londres que a su padre y a Kitty Finch.

Kitty buscó una toalla. Sacudía las manos torpemente, dejándola caer y recogéndola hasta que Joe terminó por cogerla y la ayudó a atársela a la cintura.

—¿Qué crees que es? —Kitty clavó los ojos en el cubo.

—Es una sabandija —anunció Joe—. Mi mejor hallazgo hasta la fecha.

Nina pensó que podría tratarse de un ciempiés. Tenía cientos de diminutas patas que se movían con frenesí en el agua, intentando aferrarse a algo.

—¿Qué es lo que buscáis exactamente cuando vais a pescar? —Kitty bajó la voz, como si la criatura pudiese oírla—. ¿Encontráis las cosas que queréis encontrar?

—¿De qué estás hablando? —Mitchell sonaba como un maestro molesto con un niño.

—No le hables así. —Los brazos de Joe estrechaban ahora la cintura de Kitty, sujetando la toalla como si le fuera la vida en ello.

—Está preguntando por qué no encuentro pececillos plateados y conchas bonitas. La respuesta es que están allí de todas formas.

Mientras hablaba, hundió el dedo en los rizos húmedos del cabello de Kitty. Nina divisó a su madre y a Laura, que llegaban por la verja blanca. Su padre soltó la toalla y Kitty se ruborizó. Joe se dirigió a la tumbona de plástico y se echó. Miró a su mujer, que se había acercado al cubo. Tenía hojas en el pelo y manchas de hierba en las espinillas. Más que distanciarse de él, directamente se había mudado a otro barrio. Había un nuevo

vigor en la manera con la que permanecía de pie junto al cubo. Su determinación de no amarlo parecía haber hallado renovada energía.

Mitchell seguía contemplando el bicho que trepaba por los laterales del cubo de plástico rojo. Se había camuflado perfectamente gracias a las marcas rojas de su espina dorsal.

—¿Qué vais a hacer con vuestra babosa?

Todos miraron a Joe.

—Sí —respondió—. Mi «cosa» os tiene a todos acojonados. Vamos a dejarla en una hoja en el jardín.

—No —Laura se retorció—. ¡Volverá hasta aquí!

—O se arrastrará por el desagüe y aparecerá en el agua. —Mitchell parecía realmente asustado.

Laura se encogió de hombros y entonces soltó un grito.

—¡Está saliendo! Casi está fuera.

Corrió hasta el cubo y lanzó una toalla para taparlo.

—Haga algo para impedirlo, Joe.

Joe caminó hasta el cubo renqueando, apartó la toalla y con un movimiento rápido del pulgar arrojó de nuevo el bicho al fondo del agua.

—La verdad es que es muy pequeño. —Bostezó—. No es más que una cosa extraña, minúscula y babosa.

Un hilillo de alga del río le caía por la ceja. Todo el mundo enmudeció. Incluso el chirrido de las cigarras al atardecer parecía haberse desvanecido. Cuando Joe abrió de nuevo los ojos, todos salvo Laura habían entrado en la casa. Laura temblaba, pero su voz sonaba como si tal cosa.

—Mire, sé que Isabel invitó a Kitty a quedarse. —Se calló y comenzó de nuevo—. Pero no tiene por qué hacerlo. ¿Verdad que no? ¿Tiene que hacerlo? ¿Tiene que seguir haciéndolo?

Joe apretó los puños en los bolsillos.

—¿Hacer el qué?

Miércoles

Cuerpo eléctrico

Jurgen y Claude estaban fumando el hachís que Jurgen había comprado al acordeonista en la playa de Niza. Solía comprárselo al conductor que traía a las mujeres de la limpieza inmigrantes a las casas turísticas, pero estas estaban en huelga. Además, las noticias de la víspera anunciaban una fuerte tormenta y el pueblo entero se había pasado la noche preparándose para ella. La pequeña casa rústica de Jurgen pertenecía a Rita Dwight, pero no estaba rehabilitada y él prefería mantenerla así. A veces lanzaba objetos pesados contra las paredes con la esperanza de que resultase así imposible de rehabilitar y conservase su condición de hijo feo y disfuncional en la familia de propiedades de Rita Dwight.

Ahora estaba agachado sobre el teléfono móvil de Claude, que había grabado el mugido de una vaca. No sabía por qué, pero tenía que hacerlo. Había entrado en un campo y sujetado el móvil lo más cerca que se atrevía de la boca de una vaca. Si Jurgen pulsaba el *play*, la vaca mugía. La tecnología hacía que la vaca sonara conocida y al mismo tiempo inquietantemente extraña. Cada vez que la vaca mugía, soltaban una carcajada, porque la vaca había pisado el dedo gordo del pie de Claude y este ahora tenía la uña deforme.

Madame Dwight le había dicho a Jurgen que no saliera, ya que le pensaba llamar por teléfono. A Jurgen no le importaba. Quedarse en casa suponía un alivio en lugar de tener que acudir a la llamada para cambiar una bombilla en esas viviendas de estilo provenzal que él jamás podría permitirse comprar. Apoyada en una pared había una pila de láminas de Picasso que había comprado en un lote en el mercado de pulgas. Él prefería la figura de goma de E.T. que había encontrado para Claude. Rita Dwight le había dado instrucciones para que enmarcara y colgara los Picassos en cada hueco disponible de las tres casas que ella poseía, pero a él le daba pereza. Era más interesante escuchar el mugido de la vaca en el móvil de Claude.

Cuando Claude comenzó a liarse otro porro, oyó que sonaba el teléfono. Claude señaló al aparato que yacía en el suelo. Jurgen se retorció la nariz con el dedo pulgar y el índice, y al final descolgó el auricular.

Claude tuvo que taparse la boca con la mano para no reírse a carcajada limpia. Jurgen no quería ser encargado de mantenimiento. Madame Dwight siempre le estaba pidiendo

que le contara lo que tenía en mente. Solo había una cosa en la mente de Jurgén. Kitty Finch. Si se le presionara, incluiría: sexo, drogas, budismo como medio para alcanzar la plenitud, nada de carne, nada de vivisección, Kitty Finch, nada de vacunas, nada de alcohol, Kitty Finch, pureza de cuerpo y alma, remedios naturales, tocar la guitarra con *slide*, Kitty Finch, convertirse en lo que Jack Kerouac llamaba «un buen salvaje». Escuchó a su amigo diciéndole a Madame Dwight que sí, que todo estaba muy tranquilo en la casa este verano. Sí, el famoso poeta y su familia disfrutaban de sus vacaciones. De hecho, tenían a una invitada sorpresa. Mademoiselle Finch se alojaba en la habitación libre y los tenía a todos encandilados. Sí, este año estaba muy equilibrada y había escrito algo que quería enseñar al poeta.

Claude se desabrochó los vaqueros y los dejó caer hasta las rodillas. Jurgén tuvo que apartar el teléfono del oído mientras se doblaba hacia delante haciendo gestos obscenos a Claude, que ahora hacía flexiones en el suelo luciendo sus calzoncillos Calvin Klein. Jurgén dio un golpecito con el porro en su rodilla y continuó hablando con Rita Dwight, que llamaba desde España, donde había establecido su residencia por motivos fiscales. Pronto tendría que llamarla *señora*⁴.

Sí, la ficha técnica estaba actualizada. Sí, el agua de la piscina estaba perfecta. Sí, las mujeres de la limpieza estaban trabajando bien. Sí, había cambiado el cristal roto. Sí, se sentía bien consigo mismo. Sí, la ola de calor se estaba acabando. Sí, iba a haber tormentas. Sí, todo el mundo estaba al tanto de las previsiones meteorológicas. Sí, aseguraría las contraventanas.

Claude podía oír la voz de Rita Dwight, que manaba del teléfono y desaparecía en las nubes de humo de hachís. Todo el pueblo se reía al mencionar a la ricachona psicoanalista y multipropietaria que pagaba a Jurgén ingentes cantidades a pesar de su ineptitud. Les gustaba bromear con que la mujer había construido un helipuerto para que los hombres de negocios pudieran aterrizar delante de su consulta en el oeste de Londres. Se sentaban en sillas de diseño mientras sus pilotos, normalmente antiguos alcohólicos a los que las aerolíneas comerciales habían despedido, fumaban cigarrillos del *duty-free* bajo la lluvia. Claude se había planteado extender el rumor de que uno de sus pacientes más acaudalados había conseguido pillarse el brazo en las hojas de la hélice justo cuando ella había averiguado por qué a él le gustaba vestir con uniforme nazi mientras fustigaba a prostitutas. Habían tenido que amputarle el brazo y él dejó de visitarla, por lo que al final ella no podía permitirse comprar la casita de campo del cartero.

Cuando Madame Dwight venía a inspeccionar sus propiedades, algo que no sucedía a menudo para gran alivio de Jurgén, siempre invitaba a cenar a Claude con su *look* a lo Mick Jagger. La última vez que comió con ella, la mujer clavó un palito de piña erecto en un trozo de *brie* fundido y le dijo que se sirviera.

Jurgén colgó por fin. Se quedó mirando las láminas de Picasso como si quisiera asesinarlas. Le contó a Claude, que ahora se había quitado la camiseta y se hallaba tumbado bocabajo en el suelo en calzoncillos bóxer, que le había ordenado que colgara el *Guernica* en el pasillo para disimular las grietas en zigzag del yeso. *Dominatrix Dwight* por lo visto estaba impresionada por las técnicas que había utilizado el gran

artista para expresar algo sobre la condición humana. Claude consiguió a duras penas levantarse y poner uno de los machacados cedés de Jurgén. Estaba tirado encima de un joyero indio y tenía la etiqueta «Prague Muzic. Selección de Ket para la tranquilidad».

Alguien llamó a la puerta. A Jurgén le desagradaban las visitas porque siempre le pedían que hiciera su trabajo. Esta vez se trataba de la bonita hija de catorce años del poeta inglés gilipollas. Llevaba una minifalda blanca y, por supuesto, quería que él hiciera algo.

—Mi madre me envía para comprobar que has reservado el paseo a caballo de mañana.

Él asintió con aire de entendido, como si no hubiera estado pensando en otra cosa.

—Pasa. Claude está aquí.

Cuando Jurgén dijo que Claude estaba ahí, el cedé pareció dar un salto o se atascó o algo pasó. Nina oyó el sonido de un violín y, por debajo, el aullido de un lobo y la voz de la cantante, que exhalaba una palabra que sonaba a ventisca. Miró a Claude, que bailaba en calzoncillos. Tenía la espalda tan suave y morena que desvió la mirada a la pared.

—Bonjour, Nina. Los perros se han comido mis pantalones, por eso solo me quedan los calzoncillos. El cedé está rayado, pero me gusta para relajarme.

Cuando la chica le ignoró de forma deplorable, se sintió como un caracol aplastado en la suela de sus alpargatas rojas. Jurgén tenía los brazos en jarras con las manos apoyadas en sus huesudas caderas y los codos apuntando fuera y formando triángulos. Parecía interesado en conocer su opinión sobre sus rastas.

—Bueno, ¿tú crees que debería cortarme el pelo?

—Sí.

—Me dejo el pelo así para ser diferente de mi padre.

Se echó a reír y Claude se rio con él.

Ventisca
arrastrada
hacia la oscuridad

Jurgén intentaba hacerse con la geografía.

—Austria marca el inicio de mi infancia. Después, creo que vino Baden Baden. Mi padre me enseñó a partir leña a la antigua usanza. —Se rascó la cabeza—. Creo que era austriaca. Muy antigua seguro. ¿Y a ti qué tipo de música te gusta?

—Nirvana es mi grupo favorito.

—Ah, a ti te mola Kurt Cobain y sus ojos azules, ¿eh?

Ella le explicó que había levantado un santuario a Kurt Cobain en su habitación después de que se pegara un tiro esa primavera. El cinco de abril para ser exactos, aunque no encontraron su cuerpo hasta el ocho de abril. Había escuchado su álbum *In Utero* durante todo ese día.

Jurgen apartó sus rastas hacia un lado.

—¿Ha leído ya tu padre el poema de Kitty Ket?

—No, pero lo voy a leer yo.

Claude hizo una mueca y se dirigió hacia el frigorífico.

—Esa es una buena idea. ¿Quieres una cerveza?

Ella se encogió de hombros. Claude se mostraba tan ansioso por complacerla que daba lástima. Claude interpretó su gesto como un sí entusiasta.

—Tengo que traer mi propia cerveza a casa de Jurgen porque él solo bebe zumo de zanahoria.

Jurgen acababa de oír el ruido de una moto que se detenía delante de la casa. Era su amigo Jean-Paul, que siempre le daba una comisión por las reservas de excursiones a caballo. Jean-Paul solo tenía ponis, de modo que no iba a ser exactamente un paseo a caballo, pero los ponis tenían cascos y una bonita cola de todas formas. Cuando salió rápidamente por la puerta para cerrar el trato, Claude buscó su camiseta y se la puso con dificultad.

Nina clavó los ojos en todo lo que no era él. Y después se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en la pared, mientras él se acercaba con una cerveza en la mano. La abrió y se sentó tan cerca de ella que sus muslos casi se rozaban.

—Bueno, ¿estás disfrutando de tus vacaciones?

Ella tomó un sorbo de la amarga cerveza.

—No están mal.

—Si vienes a mi café, te enseñaré el extraterrestre que tengo en la cocina.

¿De qué estaba hablando? Ella se encontró arrimándose más a su hombro. Entonces volvió la cara hacia él y puso ojos de «puedes besarme, bésame, bésame». Hubo un segundo en que sintió que él no estaba seguro de lo que ella quería decir. Todavía tenía la cerveza en la mano y la dejó en el suelo.

arrastrada
hacia la oscuridad
del bosque

Sus labios eran cálidos y estaban rozando los de ella. Estaba besando a Mick Jagger y él la estaba devorando como un lobo o algo feroz pero a la vez dulce y desde luego en absoluto sereno. Le decía que ella era tan... todo. Ella se acercó más aún y entonces él dejó de hablar.

hacia la oscuridad
del bosque
donde los árboles sangran
ventisca

Cuando ella abrió los ojos con timidez y vio que él tenía los suyos cerrados, los volvió a cerrar, pero entonces la puerta se abrió y Jurgén apareció en medio de la habitación, mirándolos estupefacto.

—Todo está arreglado con los caballos.

Se produjo un coma de besos en el ambiente. Todo se tornó rojo oscuro. Jurgén puso los brazos en jarras con las manos en las caderas de modo que sus codos sobresalían y las vibraciones podían fluir por los triángulos formados por los codos.

—Por favor. Te pido que leas el poema de Ket para que me digas cuál es el camino a su corazón.

Jueves

La trama

Nina abrió la puerta del dormitorio de sus padres y se deslizó en calcetines por el suelo de azulejos. Llevaba calcetines a pesar del calor que hacía porque se le había hinchado el pie izquierdo a causa de una picadura de abeja. Para armarse de valor ante la tarea encomendada se había pasado la última hora pintarrajeándose los párpados con el lápiz kohl azul de Kitty. Cuando se miró al espejo, sus ojos marrones destellaban con seguridad. Desde la ventana junto a la cama divisó a su madre y a Laura, que conversaban cerca de la piscina. Su padre había ido a Niza a visitar la catedral ortodoxa rusa y Kitty Finch estaba con Jorgen, como de costumbre. Iban a ir a los prados a recoger boñigas de vaca para extenderlas sobre la nueva parcela de tierra de Jorgen, de la que ella afirmaba que se había apropiado para todo el verano. Nadie podía explicarse por qué no vivía con Jorgen en su casita de al lado, pero su madre había dado a entender que era posible que Kitty no estuviese tan colada por Jorgen como él por ella. Escuchó unos fuertes golpes procedentes de la cocina. Mitchell había envuelto una barra de chocolate negro en un paño y la golpeaba con un mazo con frenesí. Afuera hacía calor, pero ella tenía frío en la habitación de sus padres, como si se tratase de una pista de hielo. Sabía qué aspecto tenía el sobre, pero no lo veía por ninguna parte. Lo que necesitaba era una linterna, porque no debía encender las luces y llamar la atención. Si alguien llegaba a entrar, se metería en el cuarto de baño y se escondería detrás de la puerta. En la mesilla que había en el lado de la cama de su madre, advirtió un pegajoso trozo de panal medio envuelto en una hoja de periódico. Saltaba a la vista que había sido atado con la cuerda verde que aparecía al lado. Se acercó y vio que se trataba de un regalo de su padre, porque él había escrito con tinta negra por toda la página: «Para mi cielo con todo mi amor como siempre, Jozef».

Nina frunció el ceño ante la espesa y dorada miel que rezumaba por los agujeros. Si resultaba que al final sus padres sí se querían, eso echaría por tierra la historia que ella se había inventado para sí misma. Cuando pensaba en sus padres, lo cual sucedía la mayor parte del tiempo, siempre intentaba hacer encajar todas las piezas. ¿Cuál era la trama? Su padre tenía unas manos muy delicadas y el día anterior habían recorrido todo el cuerpo de su madre. Los había visto besarse en el recibidor como en las películas, fundirse el uno en el otro mientras las polillas se estrellaban contra la bombilla sobre sus cabezas. Por lo que a ella respectaba, sus padres, de forma trágica, no soportaban verse y solo la

amaban a ella. La trama era que su madre había abandonado a su única hija para ir a abrazar huérfanos en Rumanía. Trágicamente (tanta tragedia) Nina había ocupado el lugar de su madre en el hogar familiar y se había convertido en la compañera más querida de su padre, que siempre se anticipaba a sus estados de ánimo y necesidades. Pero las cosas comenzaron a tambalearse cuando su madre le preguntó si le apetecería ir a un restaurante especial junto al mar a tomarse un helado con una bengala dentro. Para más inri, si sus padres se habían besado ayer (las sábanas de su cama sin hacer tenían un aspecto revuelto) y si parecían entenderse de un modo que la dejaba a ella al margen, la trama descarrilaba.

No fue hasta después de seis minutos de frenética búsqueda cuando al fin encontró el sobre con el poema de Kitty en el interior. Renunció a hurgar entre las camisas y pañuelos de seda, siempre impecablemente planchados, y se puso a cuatro patas para mirar debajo de la cama. Cuando vislumbró el sobre apoyado en las zapatillas de su padre junto a dos cucarachas muertas y patas arriba, se tumbó en el suelo y alargó el brazo para cogerlo. Había algo más debajo de la cama, pero no tenía tiempo para averiguar de qué se trataba.

La ventana que daba a la piscina suponía un problema. Su madre estaba sentada en los escalones de la parte poco profunda comiéndose una manzana. Podía oír cómo preguntaba a Laura por qué estudiaba yoruba y esta le respondía: «¿Y por qué no? Lo hablan más de veinte millones de personas».

Se agachó en el suelo donde no pudieran verla y rompió el celo de la solapa del sobre. Estaba vacío. Examinó el interior. Una hoja de papel aparecía doblada formando un cuadrado del tamaño de una caja de cerillas y estaba pegada al fondo del sobre como un zapato viejo atrapado en el fango de un río. La sacó con la mano y, con cuidado, se puso a desplegarla.

Nadando a casa
de
Kitty Finch

Tras leerlo, Nina no se molestó en doblar el papel en sus intrincados cuadraditos. Lo metió en el sobre de cualquier manera y lo dejó de nuevo debajo de la cama junto a las cucarachas. ¿Por qué no lo había leído su padre? Entendería exactamente lo que a Kitty le pasaba por la cabeza.

Se encaminó escaleras arriba hasta el salón sin tabiques y asomó la cabeza por las puertas acristaladas.

Su madre tenía los pies colgando en el agua tibia y no paraba de reírse. Nina frunció el ceño porque era un sonido muy poco frecuente en su madre. Encontró a Mitchell friendo hígado en la cocina. Llevaba puesta para cocinar una de sus camisas hawaianas más estridentes.

–Hola –resopló–. ¿Has venido a por un bocadito?

Nina apoyó la espalda en el frigorífico y se cruzó de brazos.

–¿Qué te has hecho en los ojos? –Mitchell miró detenidamente la mancha azul brillante de lápiz kohl en sus párpados–. ¿Alguien te ha dado una paliza?

Nina respiró hondo para no gritar.

–Creo que Kitty se va ahogar a propósito en nuestra piscina.

–Vaya por Dios –Mitchell torció el gesto–. ¿Y eso por qué?

–Es la impresión que me da.

No quería decir que había abierto el sobre destinado a su padre. Mitchell puso en marcha la batidora y observó cómo las castañas y el azúcar daban vueltas hasta formar una pasta que iba salpicando las palmeras de su camisa.

–Si yo te tirara a la piscina ahora, flotarías. Incluso yo con mi enorme tripa flotaría.

Vociferaba por encima del ruido de la batidora. Nina aguardó a que la apagara para susurrar:

–Bueno. Ha estado cogiendo piedras. Yo estuve con ella en la playa mientras las buscaba.

Le explicó cómo Kitty le contó que estaba estudiando los desagües de la piscina y había dicho cosas inquietantes como «No querrás que se te quede el pelo enganchado en las tuberías».

Mitchell miró a la jovencita de catorce años con cariño. Se dio cuenta de que estaba celosa de la atención que su padre prestaba a Kitty y probablemente quería que la chica se ahogase.

–Anímate, Nina. Toma un poco de puré de castaña con una cuchara. Voy a mezclarlo con chocolate. –Se chupó el dedo–. Y voy a guardar un trocito para la rata esta noche.

Ella era conocedora de un terrible secreto que nadie más sabía. Y también había más secretos. La víspera, mientras estaba sentada en la cama de Kitty ayudándola a sacar las semillas de las plantas, un pájaro cantó en el jardín. Kitty Finch hundió la cabeza en sus manos y se puso a llorar como si el mañana no existiese.

Tenía que hablar con su padre, pero se encontraba en Niza de camino a alguna iglesia rusa, aunque le había asegurado que si ella sentía alguna vez la tentación de creer en Dios es que posiblemente estaba teniendo una depresión nerviosa. Algo más la inquietaba. La cosa debajo de la cama, pero no quería pensar en ello porque era algo que tenía que ver con Mitchell y además su madre la estaba llamando para ir a montar a caballo.

El país de los ponis

Los ponis bebían agua de un abrevadero a la sombra. Las moscas pululaban sobre sus hinchadas panzas, cortas patas y ojos marrones, que siempre parecían húmedos. Mientras Nina observaba cómo la mujer que los alquilaba les cepillaba la cola, tomó la decisión de hablarle a su madre sobre el poema del ahogamiento, tal y como lo llamaba ahora. Kitty hablaba en francés con la mujer de los ponis y no tenía el aspecto de alguien que fuera a ahogarse a propósito. Llevaba un vestido corto azul y pequeñas plumas blancas en el pelo, como si su almohada hubiese reventado durante la noche.

—Tenemos que seguir el sendero. Hay bolsas de plástico naranjas atadas a las ramas de los árboles. La mujer dice que tenemos que seguir el plástico naranja y caminar a un lado y otro del poni.

Nina, que deseaba estar a solas con su madre, se vio obligada a elegir un poni gris de largas orejas llenas de costras y fingir que disfrutaba de una infancia perfecta.

El pequeño poni no estaba de humor para que lo alquilaran durante una hora. Se detenía cada dos minutos para comer hierba y restregar el hocico contra la corteza de los árboles. Nina estaba impaciente. Tenía cosas importantes en la cabeza, en particular las piedras que había cogido con Kitty en la playa, porque pensaba que salían en el poema. Había visto las palabras «piedras que ahogan» subrayadas en la mitad de la página.

Se dio cuenta de que su madre de pronto comenzaba a fijarse en las cosas. Cuando Kitty señalaba árboles y diferentes hierbas, Isabel le pedía que repitiera los nombres. Kitty decía que ciertos tipos de insectos necesitan beber el néctar con la ola de calor. ¿Sabía Isabel que la miel no es más que saliva y néctar? Cuando las abejas chupan el néctar lo ligan con la saliva y almacenan la mezcla en saquitos de miel. Después regurgitan los sacos de miel y comienzan otra vez. Kitty hablaba como si fueran una sola y feliz familia, sin dejar de sujetar las riendas entre los dedos. Nina permaneció callada sobre el poni, mirando malhumorada las grietas en el cielo celeste que lograba divisar entre los árboles. Si se pusiera el cielo bocabajo, el poni tendría que nadar entre las nubes y el vapor. El cielo sería la hierba. Los insectos correrían por el cielo. El sendero parecía haber desaparecido, porque ya no había más bolsas de plástico naranjas colgadas en las ramas de los árboles. Habían salido del pinar para desembocar en un claro cerca de un café. El bar estaba frente a un lago. Nina escrutó los árboles en busca de fragmentos de plástico naranja y supo que se habían perdido, pero a Kitty aquello no parecía importarle.

Saludaba con la mano a alguien, intentando llamar la atención de una mujer que estaba sentada sola en la terraza del café.

—Es la doctora Sheridan. Vamos a saludarla.

Desvió el poni de lo que quedaba de la senda y lo dirigió por los tres escalones que conducían hasta Madeleine Sheridan, que se había quitado las gafas y las había dejado junto a su libro sobre la mesa de plástico blanca.

Nina se vio a sí misma varada sobre el poni mientras Kitty tiraba de ella y pasaba delante de la desconcertada camarera, que llevaba una bandeja de Orangina a una familia en una mesa cercana. La anciana parecía haberse quedado petrificada en la silla justo en el momento en que se disponía a soltar un azucarillo en el café. Era como si la visión de una joven y esbelta muchacha con un vestido corto y azul, cuya melena pelirroja le serpenteaba por la espalda y que guiaba un poni gris hacia la terraza de un café fuese una visión que solo podía mirarse de reojo. Nadie se atrevía a intervenir porque no alcanzaban a entender lo que estaban viendo. Aquello le recordaba a Nina el día en que observó un eclipse a través de un agujero en una hoja de papel de color, protegiéndose para que el sol no la cegara.

—¿Cómo está, doctora?

Kitty tiró de la cuerda y dio al poni un azucarillo. Sin dejar de sujetar las riendas con una mano, rodeó el hombro de la anciana con el otro brazo.

Cuando al fin habló, la voz de Madeleine Sheridan sonó tranquila y autoritaria. Llevaba un chal rojo que evocaba el capote de un matador con pompones cosidos en los bordes.

—No te salgas del camino marcado, Kitty. No puedes traer ponis aquí.

—El camino se ha borrado. No hay camino que seguir —sonrió—. Sigo esperando a que me devuelva los zapatos, tal y como me dijo que haría. Las enfermeras me dijeron que tenía los pies sucios.

Nina miró a su madre, que se encontraba de pie a la izquierda del poni. Las manos de Kitty temblaban y hablaba demasiado alto.

—Me sorprende que no les contara a mis nuevos amigos lo que me hizo. —Se volvió hacia Isabel e imitó un susurro de película de terror—. La doctora Sheridan dijo que yo tenía una predisposición morbosa.

Con gran asombro de Nina, su madre se echó a reír como si Kitty y ella acabaran de compartir una broma.

La camarera trajo un plato con salchichas y judías verdes y lo dejó con brusquedad delante de Madeleine Sheridan, mascullando entre dientes y en francés algo sobre sacar el poni del café.

Kitty guiñó un ojo a Nina. Primero el izquierdo. Y luego el derecho.

—La camarera no está acostumbrada a que los ponis vengan a desayunar.

En ese preciso momento el poni se puso a lamer las salchichas del plato y todos los niños de la mesa de al lado rompieron a reír.

Kitty tomó un pequeño sorbo del café que la doctora no había tocado. Dejó de guiñar los ojos.

—En realidad —sus nudillos se pusieron blancos al apretar con fuerza la cuerda que debía mantener al poni por el sendero—, hizo que me encerraran. —Se limpió la boca con el dorso de la mano—. ¡LA INCOMODÉ Y LLAMÓ A UNA AMBULANCIA!

Kitty cogió el cuchillo del plato, uno muy afilado, y lo agitó hacia el cuello de Madeleine Sheridan. Todos los niños del café gritaron, incluida Nina. Oyó cómo la anciana, con cierta tensión en la voz, explicaba a su madre que Kitty estaba enferma y que era imprevisible. Kitty movía la cabeza mientras le espetaba:

—Usted dijo que iba a por mi ropa. Yo la esperé. ¡Es usted una MENTIROSA! Yo creía que era usted amable, pero me dieron descargas eléctricas por su culpa. ¡Lo hicieron TRES veces! La enfermera quería afeitarme una parte del PELO.

La punta del cuchillo revoloteaba a un centímetro del collar de perlas lechosas de Madeleine Sheridan.

—¡Quiero marcharme! —gritó Nina a su madre, intentando mantener el equilibrio sobre el poni, que estaba alerta con las orejas erguidas y se inclinó hacia delante buscando el cuenco de los azucarillos.

Isabel intentó soltar los estribos para que Nina pudiera bajarse del poni. La camarera la ayudaba con las hebillas y Nina consiguió pasar las piernas por encima de la montura, pero no se atrevió a saltar porque el poni de pronto se encabritó.

Alguien del café llamó por teléfono al guardabosques.

—¡QUEMARON MIS PENSAMIENTOS PARA QUE SE MARCHARAN!

Al acercarse a Madeleine Sheridan, moviendo el cuchillo ante su rostro petrificado, dos pequeñas plumas blancas atrapadas en su pelo flotaron hacia Nina, que seguía luchando para desmontar del poni.

—Los médicos ME ESPIARON a través de una mirilla. Me hicieron comer CARNE a la fuerza. Intenté ponerme crema facial pero ME DOLÍAN las mandíbulas de las descargas. Prefiero MORIR antes de que me vuelvan a hacer eso otra vez.

Nina se escuchó a sí misma decir:

—Kitty va a ahogarse aposta.

Era como si fuera la única persona capaz de oír su propia voz. Estaba diciendo cosas importantes pero por lo visto no lo bastante importantes.

—Katherine va a ahogarse adrede.

Incluso a sus propios oídos sonó como un susurro, pero pensó que tal vez la anciana doctora la había oído a pesar de todo. Su madre había conseguido de algún modo arrebatarse a Kitty el cuchillo de la mano y Nina oyó la trémula voz de Madeleine Sheridan diciendo:

—Tengo que llamar a la policía. Voy a avisar a su madre. Tengo que llamarla ahora mismo.

Se calló porque Jurgen apareció de pronto.

Era como si Kitty le hubiera conjurado mentalmente. Hablaba con el guardabosques, que sacudía la cabeza y parecía alterado.

—Tengo testigos.

Los pompones de la capa roja de Madeleine Sheridan saltaban de un lado a otro como

si se tratara de los testigos a los que se refería.

Kitty agarró el brazo de Jurgen y se aferró a él.

—No hagáis caso a la doctora Sheridan. Está obsesionada conmigo. No sé por qué, pero lo está. Preguntadle a Jurgen.

Los ojos soñolientos de Jurgen pestañearon detrás de sus gafas redondas.

—Vamos, Kitty Ket. Te llevaré a casa.

Dijo algo en francés a Madeleine Sheridan y después rodeó con el brazo la cintura de Kitty. Podían oír cómo su voz la iba tranquilizando.

—Olvidaos, olvidaos de Kitty Ket. Todos estamos enfermos por culpa de la contaminación. Todos necesitamos hacer una cura de naturaleza.

Los ojos de Madeleine Sheridan ardían como el carbón. Unas pavesas azules. Quería llamar a la policía. Era una agresión. Un asalto. Parecía un matador corneado por el toro. El guardabosques jugueteaba con un aro repleto de llaves que tenía enganchado en el cinturón. Las llaves eran casi tan grandes como él. Quería saber dónde vivía la joven. Cuál era su dirección. Si Madame quería que él avisara a la policía, necesitarían esa información. Isabel explicó que Kitty había llegado cinco días antes sin tener un sitio donde quedarse y que le había dejado una habitación en la casa que habían alquilado.

El hombre frunció el ceño al oír la información mientras golpeaba las llaves con su minúsculo pulgar.

—Pero ¡le habrán hecho preguntas!

Isabel asintió. Le habían hecho preguntas. Jozef le había preguntado qué era una hoja. Y un cotiledón.

—No creo que sea necesario molestar a la policía. Es una discusión privada. Madame está alterada, pero no ha resultado herida.

Su voz sonaba dulce y con un deje galés.

El guardabosques gesticulaba.

—La joven tiene que haber salido de alguna parte.

Hizo una pausa para asentir con la cabeza a dos hombres con las botas llenas de barro que parecían requerir su autorización para serrar un tronco con una radial.

—Sí —afirmó Madeleine Sheridan—, sale de un hospital de Kent, en Gran Bretaña. —Dio unos golpecitos en las agredidas perlas del collar, que formaba un nudo junto a su cuello, y se giró hacia Isabel Jacobs—. Tengo entendido que su marido va a llevarla a tomar una copa al Negresco mañana.

Viernes

De camino ¿adónde?

La gente se detenía para mirarla. Para contemplar una y otra vez la visión de una joven radiante con un vestido de seda verde, que parecía caminar sobre el aire. La correa izquierda de sus zapatos de claqué blancos se había desabrochado, como para ayudarla a elevarse sobre las colillas y los envoltorios de chocolatinas de los adoquines. Con su abundante cabellera recogida en lo alto de la cabeza, Kitty Finch resultaba casi tan alta como Joe Jacobs. Mientras caminaban por el paseo de los Ingleses bajo la luz plateada del atardecer, nevaban gaviotas en cada tejado de Niza. Se había puesto sobre los hombros de manera desenfadada la corta capa de plumas blancas y se había atado en el cuello, sin apretar, las cintas de raso. Las plumas revoloteaban en el viento que soplaba del mar, el Mediterráneo, que, según reflexionó Joe, era del mismo color que el centelleante azul del kohl de sus ojos.

A lo lejos podían divisar la cúpula rosada del hotel Negresco. Por respeto él se había cambiado y puesto un traje de raya diplomática e incluso había abierto el nuevo frasco de perfume que le habían enviado desde Zúrich. Su perfumista, última alquimista viva del siglo veintiuno, insistía en que las notas más altas eran irrelevantes y en que las notas más profundas se manifestarían cuando transpirara. Kitty deslizó su brazo desnudo por el brazo rayado, una raya roja vertical no muy diferente a la del ciempiés que había atrapado en el río. Ella no le contó lo que había sucedido con Madeleine Sheridan (Jurgen y ella ya lo habían discutido durante horas) y él no le contó cómo había acabado de rodillas en la catedral ortodoxa rusa encendiendo primero una y luego dos velas. La tensión de la espera hasta encontrarse de nuevo los había llevado a ambos a hacer cosas que no entendían.

Cuando llegaron a la entrada de mármol, el portero con chaqueta carmesí y guantes blancos les abrió la puerta con sumo respeto. NEGRESCO aparecía impreso con letras doradas en la marquesina de cristal. Su capa de plumas ondeaba tras ella como las alas del cisne del que habían sido arrancadas. Más que caminar, se deslizó dentro del bar con luz tenue, sillones de desgastado terciopelo rojo y tapices en las paredes.

—¿Ves esos óleos de nobles en sus palacios?

Él levantó la mirada hacia los retratos de lo que parecían solemnes y pálidos aristócratas posando en sillas tapizadas en gélidas habitaciones de mármol.

—Pues mi madre les limpia la plata y les lava los calzoncillos.

—¿Se dedica a limpiar?

—Sí. Solía limpiar la casa turística para Rita Dwight. Por eso puedo quedarme allí gratis de vez en cuando.

Aquella confesión la hizo sonrojarse, pero él tenía algo que responder a eso.

—Mi madre también se dedicaba a limpiar. Yo solía robar huevos de gallina para ella y los llevaba a casa en los bolsillos.

Se sentaron uno junto al otro en dos butacas antiguas. Las plumas blancas de su capa temblaron cuando él susurró:

—Hay una nota para nosotros en la mesa. Creo que debe de ser de María Antonieta.

Kitty se inclinó y cogió la tarjeta blanca apoyada en el pequeño jarrón de flores.

—Dice que el cóctel del mes es champán con algo llamado *Crème de Fraise des Bois*.

Joe asintió como si esa información fuera de vital importancia.

—Después de la Revolución, todo el mundo se tomará el cóctel del mes. ¿Nos tomamos uno nosotros ahora de todas maneras?

Kitty asintió con entusiasmo.

El camarero ya estaba a su lado, tomando nota de la comanda como si se tratase de un grandísimo privilegio. Un músico aburrido con un esmoquin blanco manchado tocaba *Eleanor Rigby* sentado al piano. Ella cruzó las piernas y aguardó a que él le hablara de su poema. La noche anterior había visto algo que la había asustado y quería hablarle de ello. El muchacho se hallaba de nuevo junto a su cama. Agitaba los brazos frenéticamente como pidiendo ayuda y llevaba dos huevos de gallina en el bolsillo. Había irrumpido en su mente con violencia. Ella comenzó a tapar los espejos por si acaso volvía a aparecer. Deslizó las manos debajo del bolso que tenía en el regazo para que él no viera que le temblaban.

—Háblame más de tu madre. ¿Se parece a ti?

—No, es obesa. Un solo brazo suyo ocupa más que todo mi cuerpo.

—Dijiste que conoce a la dueña de la casa.

—Sí. A Rita Dwight.

—Cuéntame más cosas de Rita y su cartera de propiedades y de dolor.

Ella no quería hablar de la jefa de su madre. La indiferencia de él hacia el sobre que había deslizado bajo la puerta de su dormitorio era como metralla en su brazo. Él no dejaba de cambiar de tema. Ella respiró hondo y percibió el clavo en su perfume.

—Rita posee tantas propiedades que se ha exiliado en España para evitar pagar impuestos, pero eso significa que solo puede pasar un determinado número de días al año en el Reino Unido. Mi madre le dijo que era como una persona que se hubiera dado a la fuga y Rita se ofendió y le contestó que su propio loquero le había dicho que tenía que asumir su codicia.

Él se echó a reír y hundió los dedos en el pequeño cuenco de frutos secos que había encima de la mesa. Brindaron y tomaron el primer sorbo del cóctel del mes.

—¿Cuál es tu poema favorito, Kitty?

—¿Te refieres a uno que haya escrito yo o de otra persona?

Ya debía saber que él era su poeta favorito. Por eso estaba ella allí. Sus palabras

estaban dentro de ella. Las comprendía antes de leerlas. Pero él jamás lo reconocería. Siempre se mostraba alegre. Tan jodidamente alegre que ella pensó que posiblemente él estuviera en tremendo peligro.

—Me refiero a si te gusta Walt Whitman o Byron o Keats o Sylvia Plath.

—Ah, vale. —Tomó otro sorbo del cóctel—. Pues no hay color. Mi poema favorito es de Apollinaire.

—¿Y cuál es?

Inclinó la silla hacia delante y cogió la pluma estilográfica que él siempre llevaba enganchada a su camisa como un micrófono.

—Dame la mano.

Cuando depositó su mano en la rodilla de ella y su palma dejó una huella de sudor en el vestido de seda verde, ella le clavó la punta en la piel con tal fuerza que él se sobresaltó. La chica era más fuerte de lo que aparentaba, porque le había sujetado la mano y él no podía o no quería apartarla. Le hacía daño con su propia estilográfica según iba imprimiendo un tatuaje de letras negras en la piel.

L
L
U
E
V
E

Se quedó mirando su mano escocida.

—¿Por qué te gusta tanto?

Se llevó la copa de champán a los labios y deslizó la lengua en el interior, lamiendo los últimos posos de pulpa de fresa.

—Porque siempre llueve.

—¿Ah sí?

—Sí. Tú lo sabes.

—¿Ah sí?

—Siempre llueve cuando te sientes triste.

La imagen de Kitty Finch bajo una lluvia perpetua, caminando bajo la lluvia, durmiendo bajo la lluvia, comprando, nadando y recogiendo plantas bajo la lluvia, le intrigaba. Todavía tenía la mano en la rodilla de ella. Ella no había puesto el capuchón a la estilográfica. Él quería pedirle que se la devolviera, pero en lugar de eso, se encontró ofreciéndole otra copa. Ella estaba ensimismada. Sentada muy erguida en el sillón de terciopelo con la estilográfica en la mano. La punta dorada señalaba el techo. Pequeños diamantes de sudor caían por su largo cuello. Él se dirigió a la barra y apoyó los codos en el mostrador. ¿Tal vez debería rogar al personal que le llevaran a casa en coche? Era imposible. Era un flirteo imposible con la catástrofe, pero ya había ocurrido, estaba ocurriendo. Había ocurrido y volvía a ocurrir, pero debía luchar contra ello hasta el final. Observó la lluvia negra que ella le había tatuado en la mano y se dijo que estaba ahí para suavizar su determinación de luchar. Era lista. Ella sabía lo que hacía la lluvia. Ablandaba las cosas duras. Vio que estaba buscando algo en su bolso. Tenía un libro en la mano, uno suyo, y estaba subrayando algo en la página con su estilográfica. ¿Tal vez fuese una

escritora extraordinaria? No se le había ocurrido. Quizá lo fuese, sí.

Joe pidió otros dos cócteles del mes. El camarero dijo a Monsieur que se los llevaría en cuanto estuvieran, pero él no quería regresar aún al sillón antiguo. Era realmente una mujer versada en poesía. Para ser botánica. ¿Por qué no le había dicho que había leído su poema? ¿Qué se lo impedía? ¿Debía confiar en su instinto y no revelarle que había leído la amenaza que había deslizado en el sobre? Llevó las heladas copas de champán adonde estaba ella. Esta vez Joe apuró de un sonoro trago su champán de fresa como si fuera una pinta de cerveza. Se inclinó hacia sus labios y la besó. Cuando ella le dejó, volvió a besarla, y sus cabellos canosos se entremezclaron con los rizos pelirrojos de ella. Las pestañas claras de ella, ennegrecidas con máscara, palpitaron contra su mejilla mientras sujetaba en la palma de la mano su largo cuello y notaba cómo sus uñas pintadas de verde se le clavaban en la rodilla.

—Nos estamos besando bajo la lluvia.

Su voz era dura y suave a la vez. Como los sillones de terciopelo. Como la lluvia negra de su mano.

Tenía los ojos cerrados con fuerza. Él la dirigía hacia la pesada araña austriaca del vestíbulo. La cabeza le daba vueltas y necesitaba un poco de agua. Oyó cómo él preguntaba al recepcionista italiano si quedaba alguna habitación libre. Abrió los ojos. El elegante italiano pulsó unas teclas en el ordenador. Sí, tenían una habitación. Pero estaba decorada al estilo Luis XVI y no *art déco* y no tenía vistas al mar. Joe le entregó su tarjeta de crédito. El botones los acompañó hasta el ascensor forrado de espejos. Llevaba guantes blancos en las manos. Pulsó varios botones. Ella se quedó mirando los distintos reflejos del sudoroso brazo de Joe en su cintura y la seda verde de su vestido, que temblaba conforme navegaban en silencio en el ascensor que olía a cuero, rumbo a la tercera planta.

Metáforas

Madeleine Sheridan invitó formalmente a Isabel a la Maison Rose. Le ofreció una copa de jerez y la instó a ponerse cómoda en la incómoda *chaise longue*. Ella se instaló en el sillón frente a la mujer periodista y, con delicadeza, apartó unos cabellos plateados de su vaso de whisky. Tenía los ojos turbios como la piscina de la que Kitty Finch se había quejado a Jurgen, y pensó que tal vez estaba perdiendo vista. Eso acrecentó su determinación de ayudar a Isabel Jacobs a ver las cosas con mayor claridad. Ayudarla a entender que verse amenazada con un cuchillo era algo grave y, curiosamente, sentía un dolor agudo en la garganta, aunque Kitty Finch no había llegado a tocarle la garganta en realidad. Era completamente la doctora Sheridan y no Madeleine cuando explicó que había telefoneado a la madre de Kitty y que esta llegaría el domingo a primera hora de la mañana. La señora Finch vendría en coche desde el aeropuerto para recoger a su hija y llevársela a casa. Isabel clavó la mirada en sus sandalias.

–Parece convencida de que está muy enferma, Madeleine.

–Sí. Por supuesto que lo está.

Cada vez que Isabel hablaba, a Madeleine Sheridan le daba la impresión de que estaba leyendo las noticias. Tenía muy presente su misión de ayudar a que la caótica familia Jacobs viera las cosas como eran en realidad.

–Vivir es algo que tiene que hacer pero que no quiere hacer. Nina nos lo ha dicho también.

Isabel tomó un sorbo de jerez.

–Pero Madeleine... No es más que un poema.

La doctora Sheridan suspiró.

–La muchacha siempre ha estado hecha un poco un lío. Pero qué belleza, ¿eh?

–Es muy guapa, sí. –Isabel se oyó a sí misma pronunciar esa frase con cierto desasosiego, como si le diera miedo.

–Si puedo preguntarle, Isabel..., ¿por qué invitó a una desconocida a su casa?

Isabel se encogió de hombros como si la respuesta fuera totalmente obvia.

–No tenía dónde quedarse y tenemos más habitaciones de las que necesitamos. A ver, ¿quién necesita cinco cuartos de baño, Madeleine?

Madeleine Sheridan intentó mirar en el interior de Isabel Jacobs, pero lo que vio, tenía que reconocerlo, estaba desenfocado. Sus propios labios se movían. Hablaba consigo

misma en francés porque las cosas que decía se adecuaban menos a la lengua inglesa. Sus pensamientos retumbaban en sus labios, ki, ki, ki, como si de verdad estuviera obsesionada con Kitty Finch, quien, por algún motivo, era objeto de adoración por parte de Jurgen y el resto de las personas que ella conseguía manipular y obnubilar con sus encantos. Durante las últimas tres semanas, había estado observando a la familia Jacobs desde la mejor butaca del teatro, la silla oculta de su balcón. Es posible que Isabel Jacobs arrojara a Kitty Finch a los brazos de su ridículo marido, pero era una temeridad porque también perdería a su hija. Sí. Si su marido seducía a la chica perturbada, sería imposible volver a la vida de antes. Isabel tendría que pedir a su marido que abandonara el hogar familiar. Nina Jacobs, como una asesina, tendría que elegir de cuál de sus progenitores podía prescindir. ¿Es que no entendía Isabel que su hija ya había modulado su vida sin la presencia de su madre en ella? Madeleine Sheridan intentó detener el movimiento de sus labios, porque decían cosas realmente desagradables. A duras penas distinguía a Isabel en la *chaise longue*. Con las piernas cruzadas. Descruzándolas. El calor que reinaba fuera era tan feroz que había encendido el viejo aire acondicionado. Rugía por encima de su cabeza. Madeleine podía sentir (aunque no ver) que Isabel era una mujer valiente. Cuando estudiaba Medicina, había observado a mujeres que se formaban como cardiólogas, ginecólogas o especialistas en cáncer de huesos. Después, tenían hijos y algo ocurría. Se cansaban. Todo el rato. Madeleine Sheridan quería que esta acicalada y enigmática mujer sentada en su salón se debilitara, se mostrara agotada, presentara algún tipo de vulnerabilidad, la necesitara y, sobre todas las cosas, valorara esta conversación.

En lugar de eso, la engañada esposa se enrolló su larga melena negra entre los dedos y le pidió otro jerez. Se mostraba casi insinuante.

—¿Cuándo se jubiló, Madeleine? He entrevistado en numerosas ocasiones a médicos que trabajaban en condiciones difíciles. Sin camillas ni luz, a veces sin medicamentos.

Madeleine Sheridan notó el dolor en la garganta. Se inclinó hacia la mujer a la que intentaba destruir, tomó un poco de aire y esperó a que brotaran las palabras, algo acerca de su trabajo antes de que se jubilara y la dificultad de convencer a los pacientes con pocos recursos de que dejaran de fumar.

—Hoy es mi cumpleaños.

Oyó la pequeña y suplicante voz que salía de su boca, pero ya era demasiado tarde para intentar cambiar de tono. De haber podido decirlo de nuevo, lo habría hecho con una inflexión ligera, fresca y divertida por estar viva por encima de todo. Isabel se quedó francamente desconcertada.

—¡Felicidades! Si me lo hubiera dicho, habría traído una botella de champán.

—Bueno. Gracias por la intención.

Madeleine Sheridan se oyó hablar de nuevo en un característico inglés de clase media.

—Alguien ha entrado a robar en mi jardín. Me han robado las rosas y por supuesto sé que Kitty Finch está muy enfadada conmigo.

La exótica esposa del poeta estaba diciendo algo como que robar una rosa no era exactamente prueba alguna de padecer una demencia y que además se estaba haciendo

tarde y quería dar las buenas noches a su hija. Desde la ventana de enfrente, vio la luna llena cruzando el cielo. ¿Qué estaba haciendo la mujer del poeta? Caminaba hacia ella. Se estaba acercando. Percibió un olor a miel.

Isabel Jacobs le deseaba de nuevo un feliz cumpleaños y sus labios eran cálidos en sus mejillas. El beso le dolió casi tanto como las punzadas en la garganta.

Lenguas extranjeras

Nina estaba durmiendo, pero en su sueño permanecía despierta y se hallaba caminando hacia la habitación libre, donde Kitty aguardaba tumbada sobre la cama. Tenía el rostro hinchado y el labio partido. Se parecía a Kitty, pero no mucho. Oyó a Kitty susurrando su nombre.

Nina se acercó lentamente. Los párpados de Kitty llevaban polvos de sombra verde. Parecían hojas. Nina se sentó en el extremo de la cama. Kitty estaba prohibida porque era peligrosa. Hacía cosas peligrosas. Nina tragó saliva y dio una información a esa Kitty inerte.

—Tu madre viene a buscarte.

Depositó un ratón de azúcar azul en el borde del pie de Kitty. Tenía un diminuto rabo hecho de cuerda. Nina lo había encontrado debajo de la cama de Kitty.

—Y te he comprado un poco de jabón.

Había visto a Kitty buscar jabón en numerosas ocasiones, pero no había en su cuarto de baño y le había dicho que se había gastado todo su dinero en el alquiler del coche.

—He leído tu poema. Creo que es genial. Es lo mejor que he leído en mi vida.

Le recitó los versos de Kitty. No de la forma en que aparecían en el poema, sino tal y como ella los recordaba.

Salto hacia adelante con los pies juntos

Salto hacia atrás con los pies juntos

Pienso en maneras de vivir

Los párpados de Kitty temblaron y Nina supo que se había equivocado por completo con el poema y no lo había recordado correctamente. Y después pidió a Kitty que sacara la lengua, pero Kitty le estaba hablando en *yiddish*, o tal vez podía haber sido alemán, y decía «¡Arriba!», lo que hizo que Nina se despertara.

El dinero es despiadado

Deslizó las manos por su cuello y le desató la cinta de raso blanca de la capa de plumas. La cama con dosel revestida de pesadas cortinas doradas semejaba una cueva. Ella oyó la alarma de un coche que saltaba al tiempo que las gaviotas chillaban en el alféizar de la ventana mientras ella mantenía los ojos clavados en el papel pintado de la pared. Las plumas blancas de su capa yacían esparcidas por la sábana como si hubiese sido atacada por un zorro. La había comprado en un mercadillo de Atenas, pero nunca se la había puesto hasta ahora. El cisne era el símbolo del año que muere en otoño, eso había leído en alguna parte. Se le había quedado grabado y la llevaba a pensar en la manera en que los cisnes hunden la cabeza bajo el agua y se ponen del revés. Había estado reservando la capa para algo, quizá para este momento; resultaba difícil saber en qué había estado pensando cuando dio dinero a cambio de las plumas que habían aislado a esa ave acuática del frío y de las que también estaban hechas antaño las plumas de escribir. Él ahora se hallaba dentro de ella, pero ya estaba dentro de ella antes, eso era lo que ella no podía decirle, aunque se lo había dicho en el poema que él no había leído, y ahora la alarma del coche paró y le llegó el sonido de voces al otro lado de la ventana. Un ladrón debía de haber abierto un coche, porque alguien estaba barriendo cristales rotos.

Al cabo de un rato, él le preparó un baño.

Bajaron a pie a la recepción y ella esperó bajo los cegadores cristales austriacos de la araña mientras Joe firmaba algo con su estilográfica. El recepcionista italiano le devolvió la tarjeta de crédito y el portero les abrió las puertas acristaladas. Todo estaba como antes, solo que un poco diferente. El pianista seguía tocando *Eleanor Rigby* en el bar que habían abandonado dos horas antes, pero ahora cantaba la canción. Las palmeras plantadas a lo largo de la calzada de dos carriles estaban iluminadas por pequeñas luces doradas. Kitty hacía tintinear las llaves en la mano y le dijo a Joe que aguardase mientras se compraba un ratón de azúcar en el puesto de golosinas que había en la explanada. Los ratones aparecían alineados en una bandeja de plata. Rosas, blancos, amarillos y azules. Se coló delante de una mujer vietnamita, que estaba comprando nubes de fresa, y examinó las minúsculas colas hechas con cuerda. Al final se decidió por uno azul y, al buscar unas monedas en el bolso, se le cayeron las llaves. Cuando llegaron al coche, ella

le dijo que tenía hambre. Su tartamudeo había vuelto para tormento de ambos. ¿Le importaría si se detenían para una pi pi pi? Por supuesto que no, le respondió, a él también le apetecía una pizza. Y encontraron un restaurante con mesas fuera junto a la iglesia en la cálida noche. Era la primera vez que él la veía comer. Devoró la fina pizza con anchoas y él le compró otra con alcaparras, y bebieron vino tinto como si de verdad fueran los amantes que no debían ser. Ella jugueteó con las velas que ardían en la mesa, imprimiendo sus huellas dactilares en la cera, y cuando él le pidió que le regalara una para que se la quedase de recuerdo, ella le respondió que sus huellas dactilares ya estaban por todo su cuerpo. Después le habló del hospital de Kent y de cómo las enfermeras de Odessa comparaban sus chupetones a la hora del almuerzo. Ella también había escrito sobre eso, pero no le estaba pidiendo que lo leyera; solo le explicaba que formaría parte de su primer poemario. Él le sirvió un poco de ensalada y con una cuchara puso unas alcachofas en su plato, y contempló cómo sus largos dedos iban mojando el aceite con el pan. Brindaron y ella le contó que después del tratamiento con electroshock, mientras yacía maltrecha sobre las sábanas blancas, supo que los doctores ingleses no le habían borrado los pensamientos de su cabeza, etc., pero él ya sabría todo eso y además para qué hablar de ello ahora puesto que era una noche muy suave en las callejuelas del casco antiguo de Niza en contraste con el día, cuando hacía calor y olía a dinero. A todo aquello él asentía y, si bien no le hizo ninguna pregunta, sabía que de alguna manera estaban hablando de su poema. Dos horas más tarde, cuando habían recorrido la mitad de la carretera de montaña, Kitty se encorvó sobre el volante como si estuviera conduciendo el coche por curvas peligrosas. Él miró el reloj. Era una conductora habilidosa. Admiraba sus manos firmes con las yemas manchadas de cera sobre el volante mientras gobernaba el coche por las curvas de la montaña. Kitty tocó el claxon cuando un conejo cruzó la calzada y el coche dio un bandazo.

Ella le pidió que abriera la ventana para poder oír a los animales llamándose en la oscuridad. Él bajó la ventanilla y le dijo que no apartara los ojos de la carretera.

—Sí —respondió, con la mirada puesta otra vez en el asfalto.

El vestido de seda le cayó por los hombros cuando se inclinó sobre el volante. Él quería pedirle algo. Una petición delicada, que esperaba que ella comprendiera.

—Sería mejor para Isabel que no se enterase de lo que ha pasado esta noche.

Kitty se echó a reír y el ratoncito azul botó en su regazo.

—Isabel ya lo sabe.

—¿El qué sabe?

Le dijo que se sentía mareado. ¿Podía ir más despacio?

—Por eso me invitó a que me quedara. Quiere dejarte.

Él necesitaba que el coche se moviera despacio. Tenía vértigo y sentía que estaba cayendo, aunque sabía que estaba sentado en el asiento del copiloto de un coche de alquiler. ¿Era cierto que Isabel había iniciado el principio del fin de su matrimonio y había invitado a Kitty Finch para que fuera la última traición? No se atrevió a bajar la vista hacia las cataratas de agua que caían por las rocas con fragor, ni hacia los matorrales

arrancados que colgaban de las laderas en la montaña.

Se escuchó a sí mismo decir:

—¿Por qué no haces la mochila y te vas a ver los campos de amapolas en Pakistán como dijiste que querías hacer?

—Sí —respondió—. ¿Vendrás conmigo?

Levantó el brazo que había estado apoyado en los hombros de ella y se quedó mirando las palabras que ella le había escrito en la mano. Le había marcado como se marca el ganado para mostrar a quién pertenece. El gélido aire de las montañas le cortaba los labios. Conducía demasiado rápido por esa carretera, que había sido un bosque antaño. Los primeros seres humanos habían vivido allí. Estudiaban el fuego y el movimiento del sol. Leían las nubes y la luna, e intentaban entender la mente humana. Su padre había intentado desaparecer cuando tenía cinco años. Sabía que no debía dejar huella ni rastro alguno de su existencia, porque jamás debía encontrar el camino de vuelta a casa. Eso era lo que le había dicho su padre. No puedes volver a casa. Era algo que no era posible saber, pero él tenía que saberlo a pesar de todo.

—¿Por qué no has leído mi po po po po?

«Cariño mío», fue lo que le oyó decir al tiempo que pisaba el freno con su zapato blanco. El coche dio un bandazo acercándose al borde de la montaña. Su voz sonó realmente tierna al decir «cariño mío». Algo había cambiado en su voz. Le zumbaba la cabeza como si se hubiese tomado quince cafés expresos, uno tras otro. Y como si después se hubiese comido doce azucarillos. Apagó el motor, tiró del freno de mano y se recostó en el asiento. Al fin. Al fin estaba hablando con ella.

—Es poco honrado darme un poema y fingir que quieres saber mi opinión cuando en realidad lo que quieres son razones para vivir. O razones para no morir.

—Tú también quieres razones para vivir.

Se inclinó hacia ella y la besó en los ojos. Primero en el izquierdo y luego en el derecho, como si ya fuese un cadáver.

—Yo no soy el lector idóneo para tu poema. Tú ya lo sabes.

Ella reflexionó sobre esto mientras chupaba el ratoncito azul.

—Lo importante no es la muerte en sí. Tomar la decisión de morir, eso es lo que cuenta.

Él sacó el pañuelo para ocultar sus propios ojos. Se había jurado no mostrar jamás el pavor, la futilidad y el terror en sus propios ojos a su mujer y a su hija. Las amaba y jamás podría decirles lo que le rondaba por la cabeza desde hacía tanto tiempo. Las inoportunas lágrimas siguieron fluyendo de su ser de la misma manera en que habían fluido de Kitty Finch en el huerto repleto de atormentados árboles e invisibles perros ladrones. Tenía que disculparse por no pisotear sus propios deseos, por no luchar contra ellos hasta el final.

—Siento mucho lo que pasó en el Negresco.

—¿Qué pasó en el Negresco de lo que tengas que arrepentirte?

Su voz era dulce, segura y razonable.

—Sabía que te gustaba la seda, así que me puse un vestido de seda.

Sintió los dedos de Kitty en su mejilla húmeda y percibió el aroma de su propio perfume en su cabello. Haber intimado tanto con ella le había llevado al borde de algo veraz y peligroso. Al borde de todos los puentes en los que se había detenido en ciudades europeas. El Támesis, que fluía hacia el este por el sur de Inglaterra hasta desembocar en el mar del Norte. El Danubio, que nacía en la Selva Negra en Alemania y terminaba en el mar Negro. El Rin, que acababa en el mar del Norte. Tener relaciones sexuales con ella le había llevado hasta el borde de la línea amarilla de los andenes del metro o del tren, donde se había quedado pensando en ello. Paddington. South Kensington. Waterloo. Una vez en el metro de París. Dos veces en Berlín. La muerte le rondaba la cabeza desde hacía mucho tiempo. La idea, lo de tirarse a un río o bajo algún tren, le duraba un par de segundos, un temblor, un estremecimiento, un parpadeo y un paso adelante, pero hasta ahora, un paso atrás otra vez. Un paso atrás para volver y cinco cervezas por el precio de cuatro, volver y asar un pollo para Nina, volver y tomar un té, Yorkshire o Tetley's, nunca Earl Grey, volver junto a Isabel, que siempre estaba en alguna otra parte.

Él no era el lector adecuado para que ella le preguntara si debía vivir o morir, porque él mismo caminaba por la cuerda floja. Se preguntaba qué clase de catástrofe vivía dentro de Kitty Finch. Ella le había dicho que había olvidado lo que recordaba. Él quería cerrar, como la tienda de Mitchell y Laura en Euston. Todo lo que estaba abierto debía cerrarse. Sus ojos. Su boca. Sus fosas nasales. Sus oídos, que todavía oían cosas. Le dijo a Kitty Finch que había leído su poema y que no dejaba de retumbar dentro de él desde entonces. Era una escritora de una fuerza inconmensurable y más que nada deseaba que ella hiciera todas las cosas que deseaba hacer. Debía viajar a la Gran Muralla china, a la vitalidad y el ensueño de la India, y no debía olvidarse de los misteriosos y luminosos lagos cerca de su casa en Cumbria. Todas esas eran cosas que merecía la pena anhelar.

Estaba anocheciendo y ella le anunció que los frenos del coche de alquiler estaban jodidos y que no veía un pimiento, ni siquiera veía sus propias manos.

Él le dijo que mantuviera los ojos en la carretera, solo eso. Y mientras hablaba, ella le besaba y conducía al mismo tiempo.

—Sé lo que estás pensando. La vida solo merece la pena porque tenemos la esperanza de que irá a mejor y de que todos llegaremos a casa sanos y salvos. Pero tú lo intentaste y no llegaste a casa sano y salvo. Ni siquiera llegaste a casa. Por eso estoy aquí, Jozef. He venido a Francia para salvarte de tus pensamientos.

Sábado

Nina Ekaterina

Cuando Nina se despertó justo después de que amaneciera el sábado por la mañana, supo enseguida que todo había cambiado. Las puertas de su terraza estaban abiertas de par en par, como si alguien hubiese estado allí durante la noche. Cuando descubrió en la almohada un trozo de papel amarillo enrollado como un pergamino, supo que sería más prudente volverse a dormir y esconderse durante todo el día. Las palabras en el papel amarillo estaban escritas con una letra temblorosa por alguien que tenía prisa y a quien, a todas luces, le gustaba anotar las cosas. Terminó de leer la misiva y bajó las escaleras lentamente hasta las puertas acristaladas que daban a la piscina. Ya estaban abiertas, tal y como se lo figuraba. Sabía lo que iba a ver.

Algo flotaba en la piscina y no le extrañó. Tras un segundo vistazo, advirtió que el cuerpo de Kitty, más que flotar, estaba sumergido en vertical en el agua. Iba envuelta en una bata escocesa, pero la prenda se había desprendido. La colchoneta amarilla rebotó contra el borde de la piscina y flotaba hacia el cuerpo. Se escuchó a sí misma gritar:

—¿Kitty?

La cabeza estaba hundida bajo el agua, echada hacia atrás con la boca abierta. Entonces vio los ojos. Los ojos aparecían vidriosos y abiertos, y no eran los ojos de Kitty.

—¿Papá?

Su padre no respondió. Pensó que le estaba gastando una broma. De un momento a otro emergería del agua y le soltaría un rugido.

—¿Papá?

Su cuerpo parecía tan grande y silencioso. Todo el ruido que era su padre, todas las palabras, balbuceos y aseveraciones que habitaban en él habían desaparecido en el agua. Lo único que sabía es que estaba gritando, que se oían muchos repentinos portazos y que su madre se había tirado a la piscina. Mitchell también se tiró al agua. Juntos llevaban el cuerpo rodeando la colchoneta y con gran dificultad intentaban sacarlo de la piscina. Nina oyó que su madre le gritaba algo a Laura. Miró cómo Mitchell dejaba el cuerpo sobre las baldosas y le presionaba el pecho con las manos. Podía oír el sonido de agua salpicando cuando su madre arrastró la bata fuera del agua. No comprendía por qué pesaba tanto, pero entonces vio que su madre extraía algo de los bolsillos. Era un guijarro

del tamaño de su mano y tenía un agujero en el centro. Nina vio cómo luchaba con otras tres piedras de las que ella había cogido en la playa con Kitty, y pensó que debía de ser más tarde y que el sol ya se elevaba sobre la piscina, porque el agua había cambiado de color. Se estremeció y buscó el sol en el cielo, pero no podía verlo.

Mitchell hundió los dedos en la boca de su padre. Después, le tapó la nariz. Mitchell jadeaba y besaba a su padre una y otra vez.

—No lo sé, no lo sé.

Laura entró corriendo en la casa gritando algo acerca de la ficha técnica. ¿Dónde estaba Jurgen? Todo el mundo llamaba a Jurgen a voz en cuello. Nina notó que alguien le tocaba la cabeza. Kitty Finch le estaba acariciando el pelo. Después, Kitty la empujó por las puertas acristaladas y la mandó sentarse en el sofá mientras ayudaba a Laura a encontrar la ficha técnica. Eso fue lo único que oyó durante los cinco minutos siguientes. ¿Dónde estaba la ficha técnica? ¿Había visto alguien la ficha técnica? Aunque Nina todavía no estaba segura de si era su padre o Kitty quien estaba vivo o muerto, se sentó obedientemente en el sofá y se quedó mirando las láminas de Picasso en la pared. Una espina de pez. Un jarrón azul. Un limón. Solo al oír a Laura gritando «Es amarilla. La ficha técnica es una hoja de papel amarillo» fue cuando se dio cuenta de que llevaba en la mano una hoja de papel amarillo y la agitó hacia Laura. Laura la miró desconcertada y después se la arrancó de la mano y corrió hasta el teléfono. Nina la observó mientras examinaba los números.

—No sé, Kitty. No sé a qué número llamar.

Kitty decía algo con voz monótona e indolente.

—El hospital está en Grasse, en el Chemin de Clavary.

Comenzó a llover. Nina se oyó sollozar. Estaba de pie fuera de sí misma, contemplándose desde las puertas acristaladas.

La ambulancia y la policía llegaron en ese momento. Madeleine Sheridan también apareció. Gritaba a Mitchell:

—¡Levántale la cabeza, tápale la nariz!

Y Nina vio cómo la mujer hundía los dedos en el cuello de su padre mientras le buscaba el pulso.

—No le pongas en la posición lateral de seguridad, Mitchell. Creo que tiene una lesión vertebral.

Y después oyó a la vieja que chillaba:

—¡Ahí está...!

Nina comenzó a llorar bajo la lluvia porque seguía sin estar segura de lo que había sucedido. Mientras corría hacia su madre, se dio cuenta de que era una llorona muy ruidosa. Sonaba un poco a risotada, pero no lo era. Enseñaba los dientes y podía notar pequeños pinchazos en el diafragma. Fruncía el ceño, y cuanto más lloraba más lo fruncía. Sintió que su madre la estrechaba entre sus brazos y le acariciaba la nuca. Su madre llevaba puesto un camisón, y estaba mojado y frío y ella desprendía un olor a cremas caras. De niña, había jugado una vez a un juego macabro en el que se retaba a sí misma a elegir a cuál de sus padres preferiría ver muerto. Se había atormentado con ese

juego y ahora hundió la cara en el vientre de su madre porque sabía que la había traicionado.

La suavidad contra su mejilla le hizo llorar con más fuerza y pensó que su madre sabía lo que estaba pensando, porque oyó que le susurraba al oído unas palabras que apenas estaban ahí, como una hoja de otoño mecida por el viento:

—No pasa nada. No pasa nada.

Acostaron a su padre en una camilla. La policía había comenzado a vaciar la piscina. Jorgen también estaba allí. Tenía una escoba en la mano y barría con frenesí alrededor de las macetas. Incluso había conseguido ponerse un mono azul que le daba aspecto de encargado de mantenimiento.

Las noticias

Isabel caminó hasta donde se encontraban los sanitarios y tomó la mano de Jozef en la suya. Al principio le pareció que una hilera de hormigas avanzaba en formación militar hacia sus nudillos. Después, advirtió las desvaídas vocales y consonantes negras que llevaba tatuadas y se fundían unas con otras.

L
L
U
E
V
E

Podía oír el zumbido de las abejas en la cercanía y se oyó a sí misma insistir en que su marido necesitaba una ambulancia aérea. Pero lo que sobre todo repetía era su nombre.

—Jozef. Por favor, Jozef. Jozef. Jozef, por favor.

¿Por qué se había cortado en la mano de esa manera? ¿Dónde lo había hecho y cómo pudo soportarlo y qué significaba? Le apretó los dedos y le pidió que se explicara. Le prometió que a cambio ella se explicaría también. Lo haría ahora mismo. Le dijo que le habría gustado sentir su amor cayendo sobre ella como la lluvia. Esa era la clase de lluvia que más había ansiado a lo largo de su peculiar matrimonio. Los médicos le dijeron que se apartara, pero no se movió, porque siempre se había alejado de su camino. Amarle había sido el mayor riesgo de su vida. La cosa, la amenaza acechaba en cada una de sus palabras. Lo había sabido desde el principio. Siempre lo había sabido. Había enterrado bombas sin explotar y granadas por las carreteras y los caminos de todos sus libros; estaban en cada uno de sus poemas. Pero si ahora moría, su hija caminaría por un mundo que siempre estaría dañado y ella se sentía todo lo enfadada que cabía estar.

—Jozef. Por favor, Jozef. Jozef. Jozef. Por favor.

De pronto comprendió que alguien la estaba apartando y percibió un olor a sangre.

Un hombre corpulento con la cabeza afeitada y un revólver atado al cinturón le hacía preguntas. Ella no tenía una respuesta clara y directa a todas las preguntas que le hacía. ¿Cómo se llamaba su marido?

Jozef Nowogrodzki en su pasaporte. Joe Harold Jacobs en el resto de su documentación. De hecho, ella no creía que su apellido fuese Nowogrodzki, pero ese era el apellido que habían escrito sus padres en el pasaporte. Tampoco les dijo que su marido tenía muchos otros nombres: JHJ, Joe, Jozef, el famoso poeta, el poeta británico, el

poeta gilipollas, el poeta judío, el poeta ateo, el poeta modernista, el poeta post Holocausto, el poeta mujeriego. ¿Y cuál era el lugar de nacimiento de Monsieur Nowogrodzki? Polonia. Lód'z. 1937. Lód'z en inglés se pronuncia *wodge*, pero ella no sabía cómo decirlo en francés. ¿Nombres y apellidos de sus padres? No estaba muy segura de cómo se escribían. ¿Tenía hermanos? Sí. No. Tenía una hermana. Se llamaba Friga.

El inspector parecía perplejo. Isabel lo hizo lo mejor que pudo.

Ella le dio las noticias, aunque quedaran un poco viejas. Su marido tenía cinco años cuando lo introdujeron ilegalmente en Gran Bretaña en 1942, medio muerto de hambre y con documentación falsa. Tres días más tarde, deportaron a sus padres junto con su hermana de dos años al campo de exterminio de Chelmno, en el oeste de Polonia. El inspector, que no entendía bien el inglés, levantó la mano ante su cara como si estuviese deteniendo el tráfico en una carretera muy transitada. Reconoció a la mujer del poeta judío que había sido una desgracia que los alemanes ocuparan Polonia en 1939, pero tenía que señalarle que ahora mismo se veía inmerso en la investigación de un crimen en los Alpes Marítimos en 1994. ¿Estaba ella de acuerdo con que Monsieur Nowogrodzki, o Monsieur Jacobs, le había dejado una nota de despedida a su hija? ¿O era un poema? ¿O era una prueba? Fuese lo que fuese, iba dirigido a Nina Ekaterina. Guardó la ficha técnica amarilla en una carpeta de plástico. En una cara estaban las instrucciones para hacer funcionar el lavaplatos. En la otra cara aparecían cinco líneas escritas con tinta negra. Se trataba, por lo visto, de instrucciones para su hija.

Aún no eran las seis de la mañana, pero todo el pueblo ya se había enterado de la noticia. Cuando Claude llegó a la casa con una bolsa llena de pan, Mitchell, quien por una vez no estaba interesado en un bocadito, le despachó con los ojos todavía escocidos por el cloro del agua turbia. Los sanitarios se gritaban órdenes unos a otros e Isabel explicó a Nina que iría en la ambulancia también. Iban a poner tubos por la nariz de su padre y bombearle el estómago de camino al hospital. La ambulancia se puso en marcha por la carretera de montaña. Nina notó que Claude la llevaba a la casa de Madeleine Sheridan, que se llamaba Maison Rose aunque estaba pintada de azul. De camino divisó a Jurgen, que abrazaba a Kitty Finch, y cuando escuchó a Mitchell que gritaba «¡Lárgate y no vuelvas jamás!», todo el mundo oyó lo que ella respondió. No era más que un murmullo, pero bien podría haber estado gritando, porque lo que dijo era algo que ya sabía todo el mundo.

—Se pegó un tiro con una de tus armas, Mitchell.

El robusto cuerpo de Mitchell estaba doblado por la mitad. Algo le pasaba en los ojos, la nariz, la boca. Lágrimas, mocos y saliva manaban de los agujeros de su cara. Sin haber recibido un disparo, su cara presentaba cinco agujeros. Agujeros para respirar, para mirar y para comer. Todo el mundo le estaba mirando, pero lo único que él lograba ver era una mancha borrosa. Formaban una turba llena de agujeros, al igual que él. ¿Cómo iba a

protegerse de la turba cuando le señalaran con el dedo? Contaría la verdad a la policía. Cuando el arma de marfil persa desapareció, creyó que la chica demente la había robado para castigarle por cazar animales. El teléfono sonó y luego enmudeció, y pudo oír los gemidos de Laura. Le dolían los músculos tras arrastrar el cuerpo fuera del agua. Pesaba tanto. Pesaba tanto como un oso.

Nina Jacobs

Londres, 2011

Cuando tengo mi sueño del siglo veinte sobre mi padre, me despierto y enseguida se me olvidan mis contraseñas de EasyJet y Amazon. Es como si hubiesen desaparecido de mi mente para ir a la suya, y en algún lugar del siglo veinte él está sentado a mi lado en un autobús que cruza el puente de Londres mientras contemplamos la lluvia que cae sobre las chimeneas de la Tate Modern. Las conversaciones que mantengo con él no pertenecen a este siglo en absoluto, pero aun así le preguntó por qué nunca me habló realmente de su infancia. Me responde que desea que mi propia infancia no haya sido tan mala y me pregunta si me acuerdo de las gatitas.

Las gatitas de nuestra familia (Agnieska y Alicja) siempre desprendían un olor un tanto salvaje, y el placer de mi infancia consistía en cepillarles el pelo con el cepillo de mi padre. Se quedaban tumbadas en mi regazo y yo los peinaba mientras ronroneaban y me daban golpecitos en la mano con sus suaves patas. Cuando me acercaba a sus traseros, el pelo solía estar pegado y enmarañado porque todavía eran demasiado pequeñas como para lamerse y limpiarse. A veces dejaba las pelotillas de pelo en el sofá y mi padre fingía que se las tragaba. Abría la boca muchísimo y hacía como si se tragara una y esta se le quedara atravesada en la garganta y se ahogaba. Mi padre se pasó la vida intentando averiguar por qué la gente tenía un gallo en la garganta, mariposas en el estómago, hormigueos en los pies, una espina clavada en el corazón o la cabeza llena de pájaros, y si hubiesen escupido bolas de pelo desde luego que las habría estudiado también.

—No —dice—. No habría estudiado las bolas de pelo.

Estamos de acuerdo en que ambos aprendimos a ir tirando juntos. Él me lavaba las camisetas interiores, los leotardos y las camisas, me cosía los botones de las rebecas, buscaba los calcetines desaparecidos e insistía en que nunca temiese a la gente que hablara sola en el autobús.

—Sí —dice mi padre—. Eso mismo es lo que estás tú haciendo ahora mismo.

—No —le respondo—. Eso no es lo que estoy haciendo ahora mismo. Eso sería una locura. Nadie en este autobús puede oírme hablar contigo.

—Bueno —asiente—, pero tampoco importaría, porque todo el mundo está hablando en voz alta por sus móviles.

Todavía conservo la toalla de playa que él me compró en una tienda de recuerdos en Niza. Las palabras «Côte d’Azur, Nice, Baie des Anges» atraviesan un enorme cielo azul

en una tipografía amarillo chillón. Los turistas en la playa aparecen como puntitos negros y justo detrás hay una carretera bordeada de palmeras. A la derecha se ve la cúpula rosa del hotel Negresco con una bandera francesa ondeando en el mullido cielo azul. Lo único que falta es Kitty Finch con su melena cobriza que le llegaba hasta la cintura, esperando a que mi padre leyera su poema. Si le habían puesto el nombre de un pájaro, es posible que emitiera un extraño canto, quizá un canto pidiendo auxilio a mi padre. Pero no puedo pensar en ella, ni en los guijarros que cogimos juntas, sin querer caer por sus agujeros fuera del mundo. Por ello la sustituiré por mi padre caminando por la quinta ciudad más grande de Francia mientras se dirigía, pasando delante de los monumentos y las estatuas, a comprar un trozo de panal de miel a mi madre. Corre el año 1994, pero mi padre (que lleva un helado en la mano y no un teléfono) mantiene una conversación consigo mismo y sin duda se trata de algo triste y grave que tiene que ver con el pasado. Nunca he conseguido tener claro cuándo comienza o acaba el pasado, pero aunque las ciudades cartografían el pasado con estatuas moldeadas en bronce detenidas para siempre en una postura de dignidad, por mucho que yo intento inmovilizar el pasado y cuidar de sus modales, se mueve y murmura conmigo día tras día.

La próxima vez que me siente en un autobús que cruce el puente de Londres y que la lluvia caiga sobre la Tate Modern, tengo que decirle a mi padre que cuando leo biografías de gente famosa, solo me interesan si huyen de su familia y se pasan el resto de su vida intentando superarla. Por eso, cuando yo doy un beso de buenas noches a mi hija y le deseo felices sueños, ella comprende que mi deseo es noble, pero sabe, tal y como lo saben todos los niños, que resulta imposible que nuestros padres nos digan cómo han de ser nuestros sueños. Saben que han de soñarse a sí mismos fuera de la vida y de nuevo en ella, porque la vida siempre debe recuperarnos. Aun así, yo siempre se lo digo.

Se lo digo todas las noches, sobre todo cuando llueve.

Notas

¹ *Snap*: Juego de naipes en el que se trata de decir primero *snap* cuando aparecen dos cartas iguales y al mismo tiempo verbo que significa «quebrar». (*N. de la T.*)

² En castellano en el original. (*N. de la T.*)

³ En castellano en el original. (*N. de la T.*)

⁴ En castellano en el original. (*N. de la T.*)

Índice

Portadilla	2
Créditos	4
Dedicatoria	5
Cita	6
NADANDO A CASA	7
Alpes marítimos, Francia	8
Sábado	10
Domingo	37
Lunes	44
Martes	62
Miércoles	78
Jueves	84
Viernes	92
Sábado	105
Nina Jacobs	112
Notas	115